

**Subjetividades políticas desde la representación:
Fotografía documental del campesinado en Colombia
(1965-1975)**

Monografía
Requisito para optar al título de Sociología
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Sociología
Universidad Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario

Presentado por
Susana Restrepo Díaz

Dirigida por
Adolfo Chaparro Amaya
Danghelly Zúñiga

Semestre II-2016

Contenido

Lista de Tablas	3
Lista de Ilustraciones	3
1. Introducción	6
2. Genealogía de las representaciones sobre campesinos	16
2.1. La fotografía como objeto de la historiografía	16
2.2. Estudio preliminar	20
2.3. Metodología	32
3. Significaciones en el archivo histórico	39
3.1. Circulación social de los enunciados	39
3.2. La mirada arqueológica	93
4. Lectura socio-histórica de las representaciones	104
4.1. Lucha de representaciones	104
4.2. Realidad y representación	119
4.3. Subjetividades políticas desde las representaciones	123
5. Conclusiones	129
6. Bibliografía	139
Anexos 1 Matriz de identificación del archivo fotográfico	
Anexos 2 Matriz de temporalidades a partir de algunas representaciones visuales	
Anexos 3 Matriz de hemerografía	

Lista de Tablas

Tabla 1 - Fuentes del análisis de archivo.....	37
Tabla 2 - Agentes del discurso (1965-1975).....	37
Tabla 3- Valores a partir de los enunciados del discurso.....	100
Tabla 4 - Los enunciados de la época.....	102

Lista de Ilustraciones

Ilustración 1 - Rostros de campesinas boyacenses con sombrero. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1967, fotógrafo Egar. Consultada en el Museo Nacional de Colombia.	59
Ilustración 2 - Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Fuente. Catálogo oficial de la exposición temporal, curaduría por Catalina Ruíz Díaz. Año: 2012, el registro es propio. Consultado en el Museo Nacional de Colombia.	62
Ilustración 3 - Recuperación de la Hacienda Cobló, Cauca. Fuente: Fundación cine documental investigación social. Fotografía y fotograma de los documentales Campesinos y Nuestra voz de tierra, memoria y futuro. Año: 1974, fotógrafos: Jorge Silva y Marta Rodríguez.	64
Ilustración 4 - Plataforma mínima de la ANUC. Fuente: Fundación cine documental investigación social. Año: 1971, fotografías de Egar.	67
Ilustración 5 - Periódico Carta Campesina. Fuente: Archivo de prensa de la Fundación cine documental, investigación social. Fechas. Octubre de 1975.	70
Ilustración 6 - Padre Camilo Torres en el proyecto Tolima. Entrega de Premios en Villa Rica Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año.1965, fotógrafo Egar. Consultado en el Museo Nacional de Colombia.	71
Ilustración 7 - Familia campesina de Bomboná Nariño. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1970, fotógrafo Egar. Consultado en el Museo Nacional de Colombia.	73
Ilustración 8 - Niñas en la escuela. Fuente: Archivo fotográfico salvado en Buga. Año (?), Anónimo. Consultado en el flickr de Margarita Gómez Jaimes.....	74
Ilustración 9 - Los condenados de la tierra. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1965, fotógrafo Egar .Consultado en el Museo Nacional de Colombia.	76
Ilustración 10 - Marcos Avirama. Fuente: Fundación cine documental investigación social. Año. 1972, fotógrafos Marta Rodríguez y Jorge Silva.	79
Ilustración 11 - Por la unidad obrero campesina y popular & Resurgen las luchas campesinas. Fuente: Unidad Indígena y Carta campesina. Años: 1973-1976, fotógrafos, anónimos. Consultado en la Fundación cine documental investigación social.....	81
Ilustración 12 - Campesinos de la serie movimiento agrario, Año: 1975 (?) Fotógrafo: Marta Rodríguez y Jorge Silva. Consultado en: Fundación cine documental investigación social y cuadernos de cine colombiano (17A, 2012) Cine y vídeo indígena: del descubrimiento al autodescubrimiento	82

Ilustración 13 - Mamá joven en Saravena. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1970, fotógrafo Egar. Consultado en el Museo Nacional de Colombia.....	85
Ilustración 14 - Manos en los bolsillos. Fuente: Album de Villa de Leyva. Año: 1967, fotógrafo Abdú Eljaiek. Consultado en http://www.colarte.com/colarte/conspintores	86
Ilustración 15 - La última etapa. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1965, fotógrafo Egar. Consultado en el Museo Nacional de Colombia	88
Ilustración 16 - Campesino de Villa de Leyva. Fuente: Album de Villa de Leyva. Año: 1967, fotógrafo Abdú Eljaiek. Consultado en http://www.colarte.com/colarte/conspintores	91

**Subjetividades políticas desde la representación:
Fotografía documental del campesinado en Colombia
(1965-1975)**

«El análisis del archivo comporta, pues, una región privilegiada: a la vez próxima a nosotros, pero diferente de nuestra actualidad, es la orla del tiempo que rodea nuestro presente que se cierne sobre él y que lo indica en su alteridad (...)» (Michel Foucault, 1970: p. 172)

Resumen: Esta investigación explora arqueológicamente el saber constituido sobre el campesinado en Colombia, en el período de 1965-1975, tomando como material empírico principal un archivo fotográfico documental que relacionaremos con hemerografía y las reconstrucciones socio-históricas de la década. Nuestro propósito es relacionar el archivo, sus condiciones, su porvenir, medios y definiciones con la constitución de subjetividades políticas. Las subjetividades son entendidas aquí en tanto procesos que al referir universos simbólicos socialmente compartidos, dotan al sujeto de un lenguaje cultural que a continuación internaliza, y adquiere así una singularidad que lo caracteriza y finalmente lo representa como “ser colectivo”.

Descifraremos, a través de lo visible y lo oculto de las representaciones fotográficas, los enunciados posibles y las aproximaciones desde la sociología. Veremos como los discursos, por demás contradictorios, fungen a manera de proyectos de homogeneización de la cultura campesina efectuándose en la esfera de la heterogeneidad: campesinos marcados por diferencias entre sí, multiplicidad de subjetividades implicadas políticamente en los procesos inscritos dentro de la reforma agraria.

Palabras Clave: Cultura, época, campesinos, representación, archivo, fotografía, enunciado, subjetivación política, arqueología del saber

Abstract:

This research explores archaeologically the knowledge constituted on the peasantry in Colombia, in the period 1965-1975, taking as main empirical material a documentary photographic archive that we will relate to hemerography and the socio-historical reconstructions of the decade. Our purpose is to relate the archive, its conditions, its future, means and definitions with the constitution of political subjectivities. Subjectivities are understood here as processes that refer to socially shared symbolic universes, endow the subject with a cultural language that then internalizes, and thus acquires a singularity that characterizes it and finally represents it as "collective being." We will decipher, through the visible and the hidden of the photographic representations, the possible statements and the approaches from the sociology. We will see how discourses, which are otherwise contradictory, function as homogenization projects of peasant culture, taking place in the sphere of heterogeneity: peasants marked by differences, multiplicity of subjectivities politically involved in the processes inscribed within the agrarian reform.

Keywords: Culture, period, peasants, representation, archive, photography, statement, political subjectification, archeology of knowledge

1. Introducción

Nos proponemos rastrear cómo surge el campesinado en Colombia. Partimos de la premisa de que el campesino *no existe* como entidad ontológica "objetiva", sino que *es construido* a través de procesos de identificación y representación; de atribución externa de cualidades y de auto-definición. El lapso de 1965 a 1975 aquí nos resulta una década crucial para entender la emergencia y constitución del campesinado como actor social y sujeto político. Es precisamente esta década, en plena implementación de la reforma agraria en Colombia, cuando vemos que el campesino se vuelve un objeto de representación (para el Estado, principalmente, aunque también para organismos

internacionales interesados en impulsar el “progreso” rural) y a la vez un sujeto de representación, en tanto decide apropiarse de los modos de representación de su imagen, bien, por ejemplo, porque se anima a manejar cámaras para registrar su propia memoria (son creadores de su representación) o bien porque se interesa por los registros que de sí mismo se realizan (son espectadores de su representación).

La apropiación ocurre en un contexto en el cual empezaban a gestarse nuevos modos de identificarse como comunidades; modos de ser representados que empezaron a ser usados, ya no bajo un mero interés por documentar la vida religiosa y familiar como únicos núcleos de los pueblos, sino también con el ánimo de denunciar y protestar, registrar y conmemorar, en últimas para legitimar la lucha organizada. A estos procesos yace un valor simbólico decisivo otorgado a la tenencia de la tierra, valor que va más allá de su materialidad en tanto cobra un sentido fundamentalmente cohesivo.

Nos concentraremos en la relación *subjetividades-representación*, donde el sujeto parece constituirse en dinámicas continuas de transformación, que incluso, los patrones representativos no alcanzan a abarcar. Ahora, el simbolismo instalado en las experiencias mismas de constitución expresa en los diversos discursos que circularon en el país sobre el campesinado, y quedó consignado hasta nuestros días en soportes visuales, textuales y audiovisuales, en un inmenso espectro de documentos y fuentes, testimonios, crónicas, leyes y registros; en fin, una memoria de cómo se transformó el mundo rural en dicha época.

En nuestro caso de estudio, usaremos una colección de documentos de la época compuesta por varios soportes (fotográficos, de audio, hemerográfico, entre otros). Esta colección será llamada, con Foucault, un “archivo”: un *sistema general de la formación y de la transformación de enunciados* (Foucault, 1970: p. 171). Un enunciado es la unidad fundamental del discurso que en su práctica moviliza los significados que pueblan la vida social. Significados consagrados por las instituciones a través de las fuerzas mediáticas que confirman el código generalizado o la convención interpretada.

La manera de proceder en el estudio, brevemente por fases, es la siguiente. Reunir documentos para la colección que nos interesa, esto es el campesinado de la reforma agraria de 1970 en Colombia; seguir con la valorización de contenidos del archivo audiovisual (imagen fija, imagen en movimiento, sonido, hemerografía, entre otros) disponibles en el ámbito público para la visualización y apreciación del archivo histórico en cuestión. A continuación se abstraen los enunciados, como si se tratase de una exegesis de la palabra dentro del discurso. Aclarar las contradicciones que le son inherentes a esta búsqueda de documentos. Finalmente, el análisis del archivo nos conduce irrefutablemente al estudio de las representaciones, porque estas son el eslabón primordial entre los significados y la cultura que los concibe.

Las significaciones de las que hablan las fotografías en relación con las demás prácticas discursivas, parecen sin embargo efectuarse de modo distinto al de la palabra. Pese a que las representaciones pasan por ciertos visos politizados, ideologías hechas ícono, formas de hacer ver, la fotografía como medio y luego, como enunciado, atraviesa las definiciones, por su capacidad, limitada claramente, de ajustarse al texto. La fotografía es transversal a las contradicciones forjadas en el interior del archivo, y es

esta naturaleza la que nos deja ver en la representación visual de las fotografías que rescatamos, un enigma que permanece abierto sobre la identidad del pueblo campesino.

¿Son las fotografías un hecho signico, un mundo simbólico independiente? ¿Es su ejercicio político el significar la realidad que invocan? ¿Qué vínculo nos revela la fotografía entre la subjetividad y los significantes que yacen en la captura? ¿En qué instancias de los procesos de significación se encuentra la experiencia? Por ahora, podemos afirmar que aquello que comunican, en tanto medio y enunciado, depende de un universo simbólico compartido, significados previos a la experiencia visual que posibilitan las asociaciones entre signos; significados que tienen en común estados de consciencia subjetivos.

La generación de sentido pasa por el dominio del saber. Los tratamientos que expanden y rigen el sentido, hacen del saber un lazo que cohesiona sociedades; procedimientos que marcan los conceptos: intenciones, usos sociales, construcción de memoria, estrategias de divulgación, gestión, intervención, sistematización de la información y reescritura de los conceptos son de este modo, puentes comunicantes entre los universos simbólicos y los fotógrafos que deciden tomar en su dominio el lenguaje visual de lo que estos universos significan. Factores que edifican consigo una fenomenología de las imágenes, dando lugar a las fotografías mismas, y por tanto, registros que pueden ofrecernos claves importantes en la aproximación a los significados que los enunciados en su encuentro vislumbran.

Resulta imprescindible una perspectiva particular en su entendimiento, un enfoque para abordar las fotografías conforme al estado de intencionalidades que actuaron en las mismas, pero aún, en virtud de lo que las fotografías dicen, tratar de entender lo que callan u ocultan. La construcción entre imagen y cultura es mutua. El universo simbólico que las fotografías suscitan cobra validez en razón de las voces de quienes experimentaron el hecho, o sea, los fotógrafos, quienes iluminados al momento de tomar la fotografía, deciden el poder que la imagen contiene, ignorando sin embargo, las medidas en que lo documental desborda tantas veces las propias intencionalidades del artista. Esto, en cuanto al reconocimiento de los hechos, pero también, la experiencia vivida convertida en signo, cargada de relaciones simbólicas que a través del archivo circulan como objetos exteriorizados del sujeto al que aluden.

Tras una breve exposición epistemológica de la semiología y métodos más contemporáneos que han superado algunas debilidades de este proceder, tendremos una primera aproximación, si se quiere, un eclecticismo metodológico, desde el cual, distintas perspectivas sobre los estudios de la representación nos permiten conciliar, la arqueología del saber con el estudio semiótico de los signos. Las herramientas de cada uno de los desarrollos teóricos que tomo son, por parte de la semiótica, la diáfana distinción entre signo y significante; por parte de la arqueología del archivo, la puesta en escena de múltiples enunciados que en su encuentro forjan el saber.

El factor ideológico está presente en la fase de institucionalización de las prácticas discursivas, en la denotación del lenguaje que les da énfasis, sea en virtud de

los medios que las producen¹ o los ocasionales textos que las acompañan. Esta experiencia sucede bajo una doble configuración entre el sujeto y las disposiciones a su alcance: la producción del sujeto en su dimensión ontológica está marcada por el régimen de signos organizados en la espacialidad que experimenta. Por ende, habrá que escudriñar de dónde vienen las denotaciones acerca poblaciones campesinas que son representadas por ejemplo, como sociedades “vulnerables”²; signo característico de una ideología dominante, y tras el cual la mirada cobra también su forma ideológica.

Si la semiología inicia su búsqueda en los modos de procedencia de los signos que se nos presentan y su correlato cultural, la arqueología del saber concibe las fotografías como parte del establecimiento de formas de tecnocracia, disposiciones y visiones que hablan de proyecciones de identidad antes que de “imágenes fijas” del campesinado retratado y el paisajismo recreado. Desde esta mirada, las fotografías son objeto y paradigma de la objetividad, al revelar realidades documentales a fuerza de la más exacta imitación de lo real, pero que pronto terminan por descubrirse producto de una realidad diferente.

¿Cómo ubicarnos entre las diferentes perspectivas que nos ofrece la semiología, para comprender sociológicamente las fotografías del presente estudio, su función y ontología? ¿Cuál es el lente ideal por el que mirar para entender su impacto

¹ Ver, Marcela Guerrero Bustos. “Los Campesinos Más Allá de la Victimización, la Criminalización y la Invisibilización: Un Estudio de las Representaciones de los Campesinos en la Prensa” Monografía. Dirigida por Nadia Margarita Rodríguez (2009).

² “La vulnerabilidad” de la población campesina es un patrón recurrente en la lectura de las fotografías, según las voces de espectadores que registran su opinión en los cuadernos que se disponían al público luego de las exposiciones de Efraín García. Valga considerar la influencia de otros medios o bien, la complicidad de los medios para generar a través de la imagen, visual o radial, tergiversaciones de la realidad de los mundos campesinos dentro del imaginario colectivo.

y lo que estas buscan reconstruir? Consideraremos tres dimensiones transversales a la arqueología del archivo: 1) *registro histórico* como fuente de memoria y documento histórico material análogo, uso de cámaras compactas Reflex y Leica de 35 mm, fotógrafos cuya única escuela fue la experiencia; negativos en estado de riesgo a falta de procesos de conservación; 2) *acontecimiento* refiere a los momentos, autores, instituciones e intereses que permearon el registro fotográfico un contexto envuelto en el fervor político de los movimientos campesinos durante procesos de reivindicación de tierras en la historia agraria de Colombia; 3) *representación* refiere a los signos referenciales contenidos en la imagen, ciertas intencionalidades que subyacen a la fotografía y las diferencias estéticas que determinan la experiencia visual.

Las representaciones en las fotografías contribuyen a la construcción de subjetividades políticas del campesinado, porque fundan en la imagen documental del mundo rural de la época, expresiones políticas y signos que evocan su realidad social, símbolos cuya fuerza efectiva parece corresponder con su propia historia, dejando ver tantas contradicciones como certezas en el vaivén de la pobreza y la rebelión, de la organización y la identidad colectiva, la nostalgia del rostro envejecido o la inocencia del pobre rostro infante que trabaja.

Nuestra primera fuente son fotografías de Efraín García cuyo contrato con el INCORA en 1961 consistía registrar la entrega de predios a los campesinos. En el 2012 se expone parte de este registro en el museo nacional de Colombia bajo el título de *Campo revelado. Tierra y campesinos (1960-1972)*³. La segunda fuente aquí escogida es el

³ El total de fotografías que conserva Efraín García en película fotográfica suma 30.000 imágenes, de las cuales, 95 fotografías entre compradas y donadas al ministerio de cultura

archivo *Villa de Leyva* de Abdú Eljaiek publicado en 1977 por el ministerio de cultura y acompañado del texto de Jorge Alejandro Medellín. La tercera fuente es el archivo fotográfico de Jorge Silva⁴ (Girardot, 1941), ahora conservado por Marta Rodríguez en su Fundación de Cine documental e investigación social. La cuarta fuente es un reciente hallazgo en Buga, donde cerca de 3000 fotografías anónimas abandonadas fueron digitalizadas por Margarita Gómez Jaimes, historiadora de la Universidad Javeriana.

Las fotografías en tanto documento componen un archivo histórico que habla del paso de las identidades a los imaginarios y viceversa. Distinguimos el ethos⁵ de la representación que la expresa, o sea, entendemos la ética y la estética integradas simétricamente a la experiencia visual. El vínculo comunicativo de la fotografía radica ahí, en cómo el significante expresa en tanto que otra realidad, ahora fija en el registro, parte del ethos cultural que parece identificar, en la anomia del pasado, comunidades campesinas cuyas insignias del reconocimiento perseguido terminan disueltas en la lucha de representaciones donde participan. El análisis de esta primera dimensión, o

pertenecen a las Colecciones Colombianas, catálogo del Museo Nacional de Colombia, curaduría de Catalina Ruiz Díaz.

⁴ Martha Rodríguez & Jorge Silva: 2008. Fundación cine documental. Bogotá, Colombia: http://www.martarodriguez.org/martarodriguez.org/Jorge_Silva_-_Mov._Agrario.html

⁵ La palabra designa, como Fals Borda la usa en “campesinos de los Andes”, el estado de ánimo colectivo y las pautas interactivas que modelan los constructos de preservación cultural. En su estudio delimita aún más el concepto «ethos», al brillo de las etnografías realizadas en Saucío, donde los constructos de preservación cultural, en sus dimensiones negativas anulan las capacidades del campesino a la posición victimaria ejemplar del cristo en la cruz; en sus dimensiones positivas, las facultades de recios trabajadores de los campesinos. Primordialmente, los constructos de preservación cultural se organizan en la familia o el núcleo per se del modus vivendi tradicional, las instituciones religiosas en pro del statu quo, y por último, las situaciones políticas y de conflicto que operan desde las distintas instituciones. (Fals Borda, 1961)

sea, de la fotografía como archivo histórico, consta de otras prácticas discursivas que le son simultáneas en el contexto histórico político de la cultura campesina.

Las fotografías son consideradas en el presente estudio enunciados transversales que componen parte del archivo que estudiamos, y son aquí repensadas a manera de una tabla museográfica en la que podemos datar cada fotografía o bien, una matriz tipo “cédula de objetos” que tendremos en cuenta durante el análisis. La lectura que podemos aportar desde la sociología para hallar las relaciones entre imagen y sociedad, o bien, las categorías sociológicas que parecen responder a una construcción social de las subjetividades campesinas estará basada en principio, en tres diacronías bajo las que están organizadas las fotografías en dicha matriz.

Tales categorías responden a criterios de generalización que comprenden un común acuerdo sobre las unidades de codificación: (i) el tipo de documento (fotografías) y el tema (documentalismo rural), (ii) el referente (documentos y soportes historiográficos de las políticas agrarias en Colombia durante 1965-1975), los personajes (campesinos) y (iii) la situación (retratos, eventos, paisajes, vida cotidiana). Esas unidades de codificación son indicadores de valor para la interpretación del archivo seleccionado. Sin embargo, el documento, el referente y la situación parecen atravesar dimensiones de la realidad aún compleja para pensarlo como un ejercicio de ilustración, de los vestigios que hoy reconstruyen una época.

«Por bien que se diga lo que se ha visto, lo visto no reside jamás en lo que se dice (...) Pero si se quiere mantener abierta la relación entre el lenguaje y lo visible, si se quiere hablar no en contra de su incompatibilidad sino a partir de ella, de tal modo que se quede lo más cerca posible del uno y del otro, es necesario borrar los

nombres propios y mantenerse en lo infinito de la tarea»
(Foucault, 1969: Pp. 145-197).

Se trata pues, de pensar las representaciones visuales en relación con los modos de la palabra, sin que un lenguaje u otro se imponga frente a la vastedad de fuentes y documentos relacionados, anexos de un gran acervo que no deben ser reducidos a especulaciones o resultados absolutos, antes que preservados como una memoria inédita y abierta, cuyo acceso esté marcado por las heridas del tiempo pero permanezca siempre lo más fiel al registro sin intervención de terceros o restauradores. Tampoco es nuestro objeto contemplar las imágenes cual fieles convenciones que la historia despliega en el escenario del mundo. Son las imágenes aquí, ficciones realizadas donde los significados allí visibles nos llaman a una arqueología del saber, o sea, al descubrimiento de las epistemes, conjunto de relaciones comunes en las diversas ciencias, las expresiones culturales y modos del lenguaje propios de una época.

Ahora, no existe un momento fundacional del sujeto campesino, ni tampoco una definición genérica de su modo de vida; como tal, carece de una imagen previa y sufre diversas entradas en este ejercicio simultáneo de discursos que alcanza a imponer tipos ideales inamovibles a manera de imágenes a las que en adelante, habrían de responder subjetividades involucradas allí. La contraposición se refiere en este sentido a una constante lucha de representaciones que permea y a veces logra moldear los hechos mismos, o sea, la realidad sobre quien es el «campesino», quién debería ser o quien ha sido.

Múltiples paradigmas, actualizándose constantemente en las prácticas discursivas y los medios de comunicación de los que estas se valen, nos deja ver la

compleja trama de una época histórica específica, sus manifestaciones, contradicciones y acontecimientos. Prácticas son así variaciones del pensamiento que reviven ahora en el archivo: fijaciones que alteran la linealidad del tiempo dado para traer a nuestro porvenir representaciones y universos simbólicos propios de un tiempo que nos interesa, no como una realidad ajena, sino como lugares desde donde nuestro propio pasado parece cobrar sentido.

2. Genealogía de las representaciones sobre campesinos

2.1. La fotografía como objeto de la historiografía

Ante los abismos que preexisten de la historia vivida respecto a la historia construida, y de la necesidad de encontrar una reconstrucción sin cisuras, bajo la narrativa o percepción de los hechos, encontramos fuentes, generaciones y calendarios como parte del archivo en el acervo cultural de una población específica. Necesidad frente a la cual hemos de asumir una postura quizá más sutil, y antes que detallar lujosamente reconstrucciones de la época que nos interesa y la sociedad de campesinos allí inscritos, será preciso provocar una lectura en los intersticios del texto, una interpretación del mismo, sus silencios y omisiones.

El contenido de los documentos que en esta investigación nos preocupa, es producto de procesos de generación de identidades en plena fase de autodescubrimiento. Los contenidos culturales del pasado hispánico e indígena escapaban a las formas de representación importadas de Europa. El pasado había

sintetizado la cultura al dominio de las costumbres provincianas y el paisaje bucólico de las sociedades campesinas.

El humanismo republicano, como nueva tradición, debía pasar primero por una crítica de las costumbres. Como tal, el costumbrismo traducía literariamente la novela, determinaba los conflictos de una sociedad más compleja, caracterizando al héroe que con su energía hace girar lo demás, y quien tras acaecimientos de una lucha, acababa estrellándose o reconciliándose con esa sociedad⁶.

El estilo de lo provincial sería constantemente desdibujado por la hegemonía de la representación sobre cómo pensar el campesinado. Al advenimiento de tal dominio, todo intento de preservación de las costumbres propias de su cultura contradecía su realidad social. Los “fragmentos de eternidad” que refieren los archivos (Foucault,1970:171), contradicen el pasar del tiempo, el hecho de que las subjetividades en las representaciones creadas sean de tal manera mutables que, teórica y pragmáticamente, deben hablar de estos procesos bilaterales, si se quiere, entre las

⁶ «Las representaciones alegóricas que querían perpetuar por encargo un instante solemne del Estado naciente, una batalla, el gesto confiado y decisivo de una asamblea de próceres y, de otro, la búsqueda de tipos populares. Los recursos del realismo literario, que apelan a la información de detalles superfluos para crear un ambiente, se introducían para procurar un reconocimiento de lo cotidiano (...) el desprecio convencional por lo humilde y lo rústico, que en el costumbrismo poseía un tono menor y un subjetivismo romántico, adquirió una virulencia inusitada en la contraposición de “civilización” y “barbarie” (...) En tanto que la burguesía europea podía universalizar sus pretensiones de racionalidad, conciliar el pasado y el presente, y hacer que este último fuera el resultado de un desenvolvimiento, el criollo americano sentía que debía partir de cero. Él no era, como el burgués europeo, una “víctima triunfante”. Había nacido a la vida política de querellas filiales y había justificado su existencia por la rebeldía. Su identidad se había forjado en y por la revolución» (Colmenares, 1987: p. 151)

fuerzas del enunciado y la constitución de diversas realidades donde el sujeto se transforma.

Vemos ahora que la asimilación de subjetividades políticas de parte de los campesinos, es un proceso diverso donde la imagen no se limita a las obviedades que la hacen recuerdo. Menos aún termina por inhibirse esta asimilación siempre que la descripción apela a los aspectos técnicos y formales, pero no a manera de un enunciado que cierra las posibilidades de lectura, o acaso referentes que funcionan como estigmas, alusiones falsas o absolutismos.

Tengamos en cuenta el análisis de Colmenares a la hora de situar la distribución de muchas obras y expresiones culturales en la cadena de producción y tensión política que segregan el conocimiento y la educación. Pues, a las dinámicas de segregación pertenecen también las demandas de inclusión de subjetividades. En el proceso de reemplazar la lucha contra el sistema de explotación económica, los esfuerzos de la revolución tienen respuesta apenas en actos de intervencionismo, muchas veces fundamentados en políticas de identidad. Emerge bajo esta lógica un sistema de políticas de identidad, que una vez globalizadas impiden que las «tramas históricas particulares urdan creativamente en el “tiempo heterogéneo” y rico de la nación» (Colmenares, 1987: p.184).

Las formas de alteridad disponibles se trasladan a la lógica de la representación, configurando los modos de reconocimiento al servicio de la Nación. La alteridad es concebida por la imaginación de las élites, incorporada como forma de vida a través de narrativas maestras, endosadas y propagadas por el Estado, las Artes y

la cultura. Fruto de una “hegemonía de la representación”, que pese a responder los intereses de las élites, cobran sentido eventualmente y son actualizadas por la ideología de los sectores subalternos.

Pese a la segregación y distribución desigual de la cultura, parece aún posible tratar las obras también como objetos de la cultura y expresiones de esta, signos que adolecen situaciones visibles o previsibles. Esta perspectiva nos revela la obra de arte desde las convenciones del lenguaje o códigos culturales. El lenguaje cumple con reflejar los sentidos del mundo y expresar los sentidos de su autor, pero además, es por medio del lenguaje que el sentido es construido: esquemas mentales previos marcan el reconocimiento del mundo, relaciones complejas de los objetos en el espacio inducen también a la significación.

Las funciones del lenguaje en el archivo fotográfico comprendido, nos remontan a la historiografía de un pasado que dota de significado las imágenes. Este archivo, tan valorado como olvidado –a propósito de las fotografías digitalizadas en Buga⁷-, cumplen una labor promocional sobre alteridades campesinas, por ser el campesinado, receptáculo de subjetividades políticas, unas veces para legitimar el orden de las cosas según la huella de la cotidianidad, otras veces para intervenir autónomamente en las problemáticas mismas que los acosan como comunidades campesinas.

⁷ La digitalización de esta fuente carece de autoría y su muy reciente descubrimiento (2013) peca de falta de difusión o estimulación mediática. Ahora el archivo permanece guardado en el archivo histórico de Buga y fue montado en flickr como trabajo de pasantía en el ICANH.

«El discurso ya no puede hablar de lo que está determinado: tiene que respetar muchas posiciones y solicitar muchas influencias. En este caso, lo no dicho es también lo no confesado de textos convertidos en pretextos. La externalización de lo que se hace en relación con lo que se dice, y el desvanecimiento progresivo de un lugar donde la fuerza se apoyaba sobre el lenguaje» (De Certau, 1978: p.143).

Se trata pues, de superar la ambivalencia histórica del presente respecto a lo ausente, y hallar las diferencias en los hechos, como si fuesen desviaciones significativas respecto a posiciones particulares. La pregunta por la “heterogeneidad cultural” es también una búsqueda de sentido sin una búsqueda de autor. Pensar desde las historias en las que se involucran los sujetos sin tener necesariamente un lugar en los constructos de la Historia.

Al estudiar los discursos, debemos advertir de cada cual, su propia lógica dentro de las eventualidades que suelen ocurrir para su pronunciamiento. Es necesario desafiar los estudios de la historia social de la cultura en vez de adoptar una historia cultural de lo social. Recordar las capacidades inventivas de los agentes contra las determinaciones inmediatas; las estrategias propias de la práctica contra la sumisión mecánica de la regla. Es necesario cuestionar la razón de dependencia entre el mundo que acaece y las representaciones según realidades preconcebidas. Reivindicar los propósitos de la historiografía es dirigir la búsqueda histórica hacia el descubrimiento de lo heterogéneo.

2.2. Estudio preliminar

Dentro de las fuentes documentales abordadas, las fotografías serán leídas bajo las contradicciones que yacen al archivo y el espectro de enunciados que contiene, provengan de la ley 135 de 1961 sobre la reforma agraria o las emisiones de radio

Sutantenza a la voz de los líderes de la Asociación de campesinos. Estos soportes a su vez, harán parte del análisis junto a los aportes que una nueva literatura colombiana emprende desde las ciencias humanas.

Procederemos en el análisis primero con una breve reseña de las representaciones recogidas en los anexos. Fragmentos en todo caso que traducimos a los enunciados operantes dentro de estos procesos de constitución de subjetividades. Las representaciones son la fuerza motriz de las prácticas discursivas, vehículos de significación que nos permiten en su lectura y contraste entre soportes y fuentes, una aproximación al campesinado, esencialmente a la luz de las transformaciones históricas habidas en el lapso de 1965-1975.

Si bien, las representaciones visuales aparecen en un doble advenimiento, entre lo que ha sido pronunciado y afirmado en los umbrales de la cultura, y aquello que ha sido silenciado, pero además cuya naturaleza es el silencio, es decir, la notación insignificante; signos que componen la imagen sin significarla. Notación que guarda vínculo con la descripción, porque esta no tiene ninguna marca analógica o predictiva; hace parte del estado de las cosas en su existencia práctica, su singularidad entrama la narrativa, y de ella depende cierta única finalidad, y es la de su función estética, de la retórica de lo bello⁸; La verosimilitud⁹ habla de la «representación pura y simple de lo real», el relato desnudo de «lo que es» aparece así como una resistencia al sentido; esta

⁸ La retórica de lo bello se remonta a la neoretórica alejandrina del S. II d.c. en que sólo cuentan las exigencias del género descriptivo

⁹ Lo verosímil no es aquí referencial sino abiertamente discursivo: son las reglas genéricas del discurso las que dictan la ley. Ver: *Le Vraisemblable, Communications*, n° 11, 1968.

resistencia confirma la gran oposición mítica de lo vivido y de lo inteligible, el haber-estado-allí es un principio suficiente de la palabra” (Barthes, 1972: p.82).

La reflexión alrededor de la imagen y los objetos a que refiere, las realidades que puede evocar la imagen posible, ciertas o no, encamina ahora nuestro esfuerzo hacia la exploración de una poética de la semejanza. La creación infinita de miradas, inasibles en nuestro estudio, finalmente realizan la experiencia perceptiva en el acto de ver, un despliegue imaginario pasado el instante de la toma, de una realidad que con el tiempo se aparta de su registro o si no, conserva un único vínculo con la memoria. La dualidad por la que pasa la obra, en nuestro caso conformada a manera de archivo documental, memoria de la reforma agraria en Colombia durante cierta década, entre el mensaje pretensiosamente realista y verídico y las formas intencionadas que lo expresan, dispone la significación a los vaivenes de la comunicación.

El archivo que los enunciados reconstruyen en su esencia, se encuentra si bien, condicionado a los fenómenos históricos que le dieron lugar. Veremos que temáticas como la dotación de tierras y el levantamiento de las organizaciones campesinas predominan en el archivo como pilares centrales de la reforma agraria, y aunque brillen en lo explícito, los detalles descriptivos de la realidad documentada no bastan para una lectura sociológica de la representación. Hemos de acudir a las relaciones que subyacen al archivo, sus contradicciones y posturas ideológicas compartidas.

La paradoja de la fotografía reside aquí en la misma medida en que los aspectos simbólicos de la cultura del campesinado se transmiten a través del recurso meramente formal, poses y disposiciones; objetos, gestos y miradas deformadas en el

instante de la fotografía. Es la construcción de lo visible a costa de lo invisible, y pronto, la mitificación de unos sujetos políticos quienes nunca terminan por constituirse.

Una primera fase del análisis, propia de la iconografía, se formuló en la primera matriz o cédula de objetos aquí anexada: 50 fotografías entre un archivo que comporta alrededor de 50.000 negativos, entre otros soportes del archivo que dotan de múltiples relaciones las representaciones visuales. A partir de las descripciones denotativas, nos aproximamos a las connotaciones implícitas en la composición del archivo. A continuación aplicamos la iconología, o sea, el estudio de los aspectos simbólicos. La conciliación entre lo formal y lo simbólico es pues la primera fase de la realización del significado y como tal, la fuerza social que está constantemente actualizando nuestros esquemas culturales de percepción. Labor a la que sucede la arqueología del saber, correlacionando los discursos textuales identificados durante la presentación del problema.

Desde Tuluá en Valle del Cauca hasta Bogotá donde dice llegar por casualidad, Egar era “el fotógrafo del pueblo”. En la capital entabla un contrato de fianza de sus fotografías al INCORA, gracias a Enrique Peñalosa Camargo, gerente de la organización estatal. La entidad por cierto, no especificaba nada sobre la toma o condiciones estilísticas. Egar, vive su travesía fotográfica cruzando los valles de Repelón, las montañas de Boyacá y Nariño, las trochas de Sumapaz y Atlántico. Aunque no leía el periódico, ni adoptó una posición política frente a la reforma, apenas oía ocasionalmente la radiodifusora nacional y veía a los campesinos leer *El Diario Campesino*, se siente seguro al afirmar que su trabajo era la denuncia. Su concepción del

mundo tiene origen en la población que retrata, pues es en el campo y con los campesinos donde convive alrededor de 10 años desde su rol como fotógrafo, y es el campesinado quien da a conocer a Egar, sus crisis permanentes y problemáticas sociales ligadas a la violencia y la modernización sin un control adecuado.

Las representaciones visuales obtenidas vacilan entre la espontaneidad y el artificio de la pose; como Egar diría: “quería conocer el mundo por un trasatlántico haciendo oficios sencillos”, “reflexionar las injusticias de la gente rica”, “poder despertar sentimiento con las imágenes”, predicando al final de su carrera el pensamiento de Guayasamin... “He utilizado un arma poderosa –la plástica- para denunciar y protestar por la mala conducta del hombre. Digo la verdad de mi tiempo, sin tintorerismo ni anécdota. No busco lindura sino verdad. Ningún artista que se respete busca la belleza sino el drama del hombre. Como usted ve utilizo todo el cuerpo del hombre para mostrar su realidad presente e histórica, sin eufemismos académicos” (Egar, Comunicación personal, noviembre del 2014).

La denuncia de Egar se dirige precisamente al rechazo de situaciones como la marginalidad de vivienda, desplazamiento, prostitución, indigencia, trabajo infantil. Temáticas que finalmente aparecen en el análisis más allá de las intencionalidades del autor, pues además de que la técnica fotográfica permite el uso de lentes que amplifican y crean una mimesis de la realidad, éstas una vez capturadas, se incorporan al saber desbordando toda intencionalidad, al espectro de una suerte de imitaciones poéticas, las cuales, nos conducen irremediamente a observar el despliegue de significaciones posibles que un solo paradigma provoca: el hecho de que una fotografía, bajo su propia verosimilitud, denotada en su única descripción, suscite

múltiples usos de la palabra e incluso se acomode a los intereses de discursos contrapuestos.

Efraín García inicia su trabajo con una réflex alemana, empleado en fotos Mult durante cinco años (1950-1955). Luego se dedica a fotografiar deportes, fiestas, eventos y aprende en fin, lo mínimo necesario de la técnica fotográfica, revelado y laboratorio. *Campo revelado*, la exposición temporal de Egar en el museo Nacional, que tuvo apertura en el 2012 rescata 95 fotografías con un guión de exposición de 35 fotografías que hace énfasis en su trabajo para el INCORA y las vías latentes de modernización que atraviesa la sociedad campesina en Colombia. Muchas veces, familias que portan un título de propiedad o cooperativas que trabajan con una misión común.

Distritos de riego, embalses y diques para el control de las inundaciones, avenidas y delimitaciones geopolíticas describen la ruralidad, pero también son el escenario donde los líderes campesinos son exaltados frente a la parafernalia política, o sea, las festividades, los saludos de mano entre campesinos y personajes de la élite política. El arado es más común con tracción de bueyes, burros o mulas. Estas, herramientas que coexisten paulatinamente junto a otras más sofisticadas, y surcos regando a lo largo de la periferia cercada. De la lectura curatorial de *Campo Revelado: tierra y campesinos (1960-1972)* por Catalina Ruiz Díaz, historiadora de la Universidad Nacional, se desprenden detalles expresivos que denotan la tristeza o la esperanza, la nostalgia o el olvido, como parte del estilo que domina en las fotografías de Egar¹⁰:

¹⁰ «Como fotógrafo, Egar logró capturar la esperanza compartida entre campesinos y funcionarios del gobierno colombiano con la puesta en marcha de la reforma, la profunda soledad de los que no pudieron ser cubiertos por los programas, las protestas de las

La experiencia de Egar, su obra y su estilo abarcan más que la reforma agraria o el documentalismo rural, capturando paisajes, retratos o escenas que tendríamos que reconsiderar en el marco de la denuncia; pues en la construcción de subjetividades del campesinado, síntomas como la pobreza o la ardua labor son parte de su vida cotidiana, condiciones que han naturalizado, habituándose al trabajo infantil o la miseria sin que tales parezcan “denunciables”. De modo que la identificación del «campesino» desde la mirada del otro, responde a figuras politizadas como tipos ideales, más que a identidades reales.

La entrevista con Egar tuvo ejes de profundización que es preciso reconstruir. Tres entrevistas de tipo abierto llevan a Egar al recuerdo de su vida como fotógrafo, a veces con algunas obnubilaciones que afectan su memoria, por carecer de varios recuerdos o confundir las temporalidades, de modo que las aproximaciones a su archivo y el esclarecimiento de sus intencionalidades estéticas, temáticas, técnicas, en fin, de su labor artística, presentan en nuestro análisis, algunas incoherencias testimoniales del fotógrafo, por cuanto hemos preferido evitar inferencias o deducciones a partir de sus palabras, y más bien abstraer sus intencionalidades tal como él las formula.

Los ejes son: 1) La experiencia, viajes y trayectoria de vida del fotógrafo; 2) Percepción ante el contexto de la reforma agraria y postura política; 3) Percepción del

trabajadoras sociales del Sena que manifestaban que un programa de vacunación no bastaba para asegurar la salud de las comunidades, y de Camilo Torres, quien reclamaba a las instituciones gubernamentales la insuficiencia de la reforma agraria, entre otros acontecimientos. *Campo revelado, Tierra y campesinos (1960-1972)*¹⁰ expone además las cámaras Leyca y Réflex, con las que Egar capturó a un campesinado pobre a la espera de un proceso de cambio» (Ruíz Díaz, Catalina, 2012).

campesinado y de cómo deciden representarlo según sus propios juicios sociales. Del deseo tácito por identificar al campesinado, vienen ideas asociadas por el principio de identidad –semejanza, copia, equivalencia-, que relacionan al campesino y la tierra, el trabajo, la familia, la fiesta, la agricultura. Pero subyace también un sentimentalismo pronunciado, una especie de melancolía que en la obra de Egar hace incluso parte de la composición y organización de los signos.

Egar aprende fotografía “por necesidad” en Tuluá con su amigo Luis Martínez, época en que recibía de la embajada de Estados Unidos la revista *Cuba*, el único medio informativo al que accede por su cuenta. Pronto fue enfocando su interés profesional en la denuncia y la manera en que la fotografía podía cumplir esta función. Fue fundador y reportero gráfico de la revista *Diners Club*, a cuya renuncia empieza a tomar fotografías, ahora de índole social, dejando atrás las fiestas y matrimonios en los que trabajaba. Es contratado en el INCORA durante 1961-1972, y viaja del Sur a lo alto de la Guajira, divulgando por primera vez su obra¹¹.

Por su lado, Abdú Eljaiek ha expuesto en Polonia, Yugoslavia, Bélgica y Francia. *Villa de Leyva* es un trabajo hecho, a manera de álbum y fotos sin título, en 1970 sobre el campesinado de la región. Divulgado por primera vez en 1981 cuando

¹¹ “Aparentemente son espontaneas, el título es el que usted quiera. Todas despiertan un sentimiento. Tomar una foto por tomar no sirve de nada, hay que tener un fin. Por lo menos dos elementos. Yo capturo la soledad, la pobreza, el trabajo. Yo denuncio las injusticias que los ricos de este país cometían con los pobres. Es un tema que nunca pasa de moda. Aquí el pobre campesino es de tercera categoría, siendo el que nos da de comer. Pero ellos creen que son pobres y no tienen derecho a nada, ¡esa pobre gente! Viendo esas fotos se le despierta a uno el nacionalismo, porque así como yo, usted debe serlo. Nosotros somos las tres razas... llegaron los españoles a explotar los indios y los esclavos” (Efraín García, entrevista personal, octubre 2014).

obtiene condecoración al “mérito artístico” del instituto distrital de cultura y turismo. Entre tanto, su obra circulaba en las redes de la federación de cafeteros, en cuyo seno político se habían empezado a gestar estímulos para la educación, otorgando por año alrededor de cinco becas a campesinos, quienes reflejarían el perfil de los aspirantes casi en completa alusión a las fotografías de Eljaiek. En nuestra entrevista con él, deslumbramos ciertas intencionalidades que marcarían su estilística, dedicado al documentalismo, el modelaje y la arquitectura. Eljaiek cree en el poder de la memoria a través de la imagen. A lo que advierte en seguida, que no se trata de la imagen por la imagen, sino que es preciso desarrollar estados de sensibilidad que hagan al fotógrafo prever la belleza de la realidad.

En sí mismas, por su forma y el estado de anomia de las subjetividades que se nos aparecen, las fotografías no alcanzan a decir si se trata de un pueblo en sumisión o resistencia. Es necesario relacionar las intencionalidades del fotógrafo, las formas inscritas allí, símbolos de primer orden, personajes y “telones de fondo”... con las muchas connotaciones y usos que la representación contiene. Ver en ellas, el registro histórico que conforma el corpus semiótico. El relato de Eljaiek esclarece en esta instancia algunos puntos focales que en las representaciones son patentes.

Abdú contempla la belleza de quienes han sido desposeídos de ésta, por la actualidad de discursos que pretenden opacar la heterogénea cultura campesina. Sin embargo, la obra de Abdú y su búsqueda por anticipar la belleza de la realidad que fotografía, tiende los elementos estéticos en procura de reformar la alteridad del sujeto, logrando que aquel “complejo de inferioridad” al que alude sea más bien una cualidad

invisible, y rescatando en cambio, al sujeto campesino como el retrato vivo de la tradición, las costumbres y las poses referidas a su identidad, no la negación de esta¹².

Las representaciones visuales no son consideradas aquí como una evidencia cerrada de la cual únicamente podría opinar el fotógrafo. La estética que las rige, y las cualidades que responden a la sensibilidad del artista, determinan así el cuadro histórico transpersonal que le permite finalmente decidir el mensaje. Veremos que al contrario de Abdú Eljaiek y Egar, Jorge Silva y Marta Rodríguez trabajaban específicamente con comunidades vulneradas a través del cine como su principal herramienta; su documentalismo estaba basado en la observación participante y la sociología de la acción que había planteado Fals Borda. Si bien, el estudio de las fotografías en cuanto registro histórico y archivo documental, nos lleva también a los baúles donde Marta Rodríguez conserva los negativos de Jorge, quien como

¹² “Queríamos salvar Villa de Leyva y la Calendaria. Porque Villa de Leyva estaba decreciendo, íbamos a hacer algo colonial como era antes. Las casas de la ventana de fierro son las mismas de la tradición. El libro *Villa de Leyva* no gusto entre los campesinos, porque siempre alpargatas, pañolones y sombreros. Qué complejo de inferioridad el de esa gente: van a ir a misa y todos se visten como creen que se debe vestir en Bogotá. Llegan y entran a la iglesia ocupando los puestos de adelante para no mezclarse con la “indiamenta”. Lo de *Villa de Leyva* fue puros campesinos. Pero en el campo no. Porque allá llegan hasta los comunistas que asustan al campesino. Pero eso sí, tenían la bandera roja. Se cantaba la internacional, el himno de los comunistas. Yo prefería el pueblo. Ráquira también lo fotografié. Lo que más había era cruz. La iglesia estaba dividida en dos, el atrio coral y donde el cura daba misa. Adelante los ricos que mantenían la iglesia, atrás las clases bajas. Aquí todavía existe el clasismo, fuerte. La mayoría era condenada al infierno, los que daban la plata eran salvados, el resto no. Ellos no sabían que yo tomaba fotos porque yo era rapidísimo (...) Los campesinos son gente sencilla que vive del campo. Los tienen abandonados pero mientras tanto viven. Lo que hizo la guerrilla fue sacarlos a la ciudad para engrosar el cinturón de miseria. Preparan a ese “lumpen” que dicen los comunistas y creen que van a gobernar, pero cuando suben al poder ¿Qué pasa? Los ponen en lucha y los barren. El campesino vivía divinamente, sin radio ni televisión, porque a ellos les importaba un comino. Cosas que mantienen a la gente pensando en cosas sin importancia» (Abdú Eljaiek. Entrevista Personal, agosto del 2014).

antropóloga y cineasta, pero además como su esposa, puede ofrecernos una aproximación a las visiones que desde los medios audiovisuales y la fotografía se pensaba entonces al campesinado.

La voz de los sobrevivientes en la obra de Jorge Silva y Marta Rodríguez es la voz de los campesinos entre tantos líderes que han sido asesinados...Jorge Silva y Marta Rodríguez registran estas voces antes que con los ojos de denuncia, con ojos del mito que se redescubre a sí mismo al mostrarse doblemente enunciado, en la oralidad y en el simbolismo audiovisual. En esta memoria, las montañas orientales de Popayán y el indio mestizo, campesino por definición, se identifican en la textualidad como sujetos de temporalidad, cada vez más politizados en razón de la resistencia y la coerción que despertaba una violencia exacerbada que tantos odios desembocó fatalmente en las historias de vida de los campesinos¹³.

¹³ “Yo llego al Cauca y empiezo a filmar las tomas de tierra, yo le decía a Jorge, mira parecen mendigos. Era una fila de gente con unos azadones prehistóricos, descalzos, pobres... recuperaron muchas fincas. Solo cuando estuvimos Jorge y yo, fue Cobaló, Canan, La Estrella, El Nilo (grandes haciendas de gente dedicada a la leche, pero no industriales) a manos de terratenientes como ausentes. Cuando recuperan la tierra ya cambia. Se organizan en cooperativas y tierras colectivas que pronto se vuelve en que cada quien tiene su pedazo, y entonces mejora la alimentación. Ya tienen una economía más segura y son dueños de su pedazo, baja la mortalidad infantil, se vuelven autónomos. Al mismo tiempo se vuelven más políticos: se reúnen todos los días a planear como explotar la tierra y cómo avanzaban en la lucha. No creas que es fácil pasar de un terraje a un latifundio sin tractor o máquinas. Ellos tomaban la tierra y venía el INCORA y la legalizaba, tampoco era regalada, se iba pagando de a poco. En el proceso organizativo ellos aprendían. Ellos tenían una costumbre y era picar la tierra del terrateniente, la revolvían y la dañaban con los azadones. El terrateniente se aburría y se la vendía al INCORA. Se legalizaba la tierra y luego de trabajarla colectivamente empezaron a querer su pedacito para dejarles a los hijos, y así se repartía la tierra (...) Eso está en la película *Nuestra voz de tierra*. Yo vivía con ellos, no tenía que pedir permiso, estoy allá desde los 70. Su recuperación es entrando a cultivar, inician con unos cantos y gritos de vaquería. Los medios eran solo de represión y los discursos públicos estaban dirigidos a hacer enfrentar la represión. Policías escondidos que se camuflaban a matar por ver andar. Nosotros filmamos

Las diferencias intrínsecas del archivo, los posibles contrastes o comunes denominadores, nos hace repensar la dimensión estética de las fotografías, su valor historiográfico e impacto emocional de que son capaces. El campesino es representado según exigencias y tipos ideales que instauran los marcos dentro de los que puede actuar y ser, vemos enmarcado así un campesinado que se ha reivindicado desde la historia de la fotografía, y en especial desde los regímenes de sensibilidad que construyen el sentido, y desde los cuales, con todas las contradicciones y transformación de los enunciados que organizan y subyacen al saber, se constituye el sujeto político.

La muestra seleccionada obedece a dos criterios esenciales: primero, las condiciones de hallazgo a través de los artistas involucrados, fotógrafos y documentalistas, a quienes hemos podido contactar a lo largo de la investigación. Sus voces testimonian la condición del archivo en cuanto acontecimiento, revelando por lo demás, intencionalidades que actuaron en el momento de las fotografías. Excepto por la cuarta fuente del archivo elegido, las fotografías encontradas en Buga cuyo anonimato despierta sin embargo nuestro interés porque no solo en ellas reaparecen unidades de codificación comunes a las otras fuentes, sino que pueden suscitar una lectura independiente del testimonio y sin embargo considerarse memoria de las

los indígenas natos; los Nasas, Coconucos, Guambianos, Yanacones, que comparten la tierra con campesinos, o sea, paisanos sin lengua ni cabildos ni traje, no tienen el culto por la madre tierra, para los campesinos la tierra es billete. Aquí hay un mestizaje muy grande, indios, españoles, árabes, negros... somos hijos del mestizaje. Pero en el Cauca el Nasa es puro indígena, tiene lengua y tradición aunque convive con los campesinos. Pero mientras el indígena tiene resguardos colectivos, el campesino tiene su casa propia y una tierra que es de él" (Marta Rodríguez. Entrevista personal, Noviembre del 2014)

políticas agrarias y la coyuntura de la reforma del campesinado en la década que estudiamos. El segundo criterio para la recopilación de fotografías que aborda este estudio, es su contexto de emergencia: el hecho de que estas sean en efecto, archivo documental y no necesariamente ficción, enmarcadas así en un periodo socio-histórico específico de Colombia durante 1965-1975. Resulta preciso elaborar un recuento que nos ofrezca claridad frente a la frecuencia de aparición de ciertos elementos, su intensidad, el orden que suscitan en la imagen y la contingencia de los datos que operan en la posibilidad de cada toma, de cómo una época moviliza y articula los enunciados, forjando las vías constitutivas del saber, a través de un archivo que hoy revela las fuerzas generativas y procesuales de las realidades sociales construidas, pero aún más, revela el poder mismo de la palabra para modificar el espacio social donde se incorpora.

2.3. Metodología

Del método de aproximación en este estudio, y el carácter polisémico de las fotografías, revisamos la literatura acerca una sociología visual y su correlato etnológico. Esto es, propuestas que buscan ir más allá de la percepción fenomenológica de la imagen. Pensar la imagen como un ejercicio del lenguaje y la cultura. En tanto la imagen se convierte en representación, y llega súbita o no, a pertenecer a una estructura simbólica, así, los significados se incorporan y actualizan dentro del lenguaje visual de la cultura.

El método planteado por la sociología, desde la mirada de la razón, se trata pues de interpretar la interpretación. Pensar la imagen como fotografía-espejo en tanto

reflejo cultural; la fotografía-ventana como el horizonte etnográfico. El estudio de las representaciones desde la sociología radica también en la fotografía normativa, la cual yace en la relación misma entre el campo visual, cualquiera sea la imagen que allí se me presenta, y el observador que contempla en un acto edificante de su memoria aquello, encriptado antes en la naturaleza y descubierto por las variaciones de la cultura (Mario, 2009: Pp. 165).

En el camino es preciso aclarar cómo están codificados los procesos de subjetivación, y cuáles son los mecanismos del lenguaje que fungen en las prácticas del saber, constituido a su vez en las prácticas discursivas que circulan y se transforman en un lapso histórico concreto. Las fotografías rastreadas y seleccionadas si bien hacen parte de un gran archivo que se compone de fuentes diversas, en su soporte y dominio. Es posible desentrañar los enunciados de la fotografía a manera de “evidencias” visuales, los cuales suponen implícitamente, modos de ver y fuerzas históricas proyectadas en nuestro porvenir. Además, las representaciones visuales y fotográficas parecen respetar el hecho de que el enigma sobre quien es el sujeto político permanezca abierto, siempre que todo aquello que se pueda decir acerca de las fotografías no basta para colmar su coexistencia con los demás enunciados.

El análisis nos debe conducir por esto, a abrir el complejo espectro de relaciones que se despliegan a partir del archivo. Buscando así en la imagen, aquello que está al margen de sí misma, que la desborda incluso en lo que ella comunica. La escritura del análisis no cambia automáticamente la estructura visual de las fotografías, siempre que nuestro propósito es correlacionar y no traducir, significar y no visibilizar, ni siquiera ilustrar, más que comprender el impacto que las fotografías tienen en su

momento, y ver de qué manera, incorporadas en el archivo, posibilitan otras miradas alrededor del campesinado, y por esto, contribuyen a la emergencia de un saber.

Aclarado el enfoque de la investigación, acogemos el principio según el cual, la emergencia de este saber es determinante en la emergencia de subjetividades políticas. Pues, las prácticas discursivas se fundamentan en un saber constituido, y las relaciones allí extendiéndose se movilizan de modo tal, que los *procesos de subjetivación* resultan de las múltiples miradas y perspectivas, tan cruciales en el ejercicio de representar-identificar-categorizar e implementar la reforma integral agraria, cuyo grado de incidencia sobre el campesinado varía en el plano de lo político, es decir, allí donde el margen de transformación del sujeto campesino cobra eficacia.

Comprender las relaciones de significación cultural de las que están cargadas las representaciones, en consecuencia, es vital metodológicamente para comprender la naturaliza sensible del archivo, el cual nos permite situar los enunciados en un plano temporal que por su acontecer, podemos ahora referenciar. Proponemos en esta dirección una aproximación a los valores intrínsecos y símbolos específicos, característicos de una época, y las relaciones múltiples y complejas que subyacen al saber, su formación y constitución. Siempre que sea posible integrar -según valores culturales y las multivalentes formas de ver- el signo, significado y significante al corpus fenomenológico de donde provenían antes de intervenir con una lectura semiológica.

Antes de que en una primera fase del análisis empecemos aplicando un método propio de la semiótica, y este intento niegue las posibilidades teóricas y aproximaciones

del tipo socio histórico que en una segunda fase nos ofrece una arqueología del saber, al descubrir las relaciones inscritas en cómo se constituye el saber. Compartimos la postura de Umberto Eco, para quien la metodología adecuada debe hacer visible la dependencia entre los fenómenos semióticos y los fenómenos culturales: repensar la realidad social como el umbral superior de las relaciones simbólicas.

El argumento funciona como un prelude, para repensar los universos simbólicos propios del archivo, ahora, considerando el velo de significaciones culturales que lo ha convertido en fenómeno, objetivo y habitual. Los documentos preexisten a las posibles lecturas, su realidad está en hacer ver a través de las formas que suscita un acontecimiento, un detener del tiempo para forjar la memoria sobre el campesinado, para inhibir en la fugacidad de los hechos un registro que perdure, y sea así un instrumento para documentar de una u otra manera los tipos ideales y politizados del sujeto campesino. Se trata de una sintaxis que le es propia al archivo considerado, que puede existir antes de las miradas que le toquen. Se trata de conciliar un sistema de sintagmas –del mensaje denotado- con un sistema de paradigmas –del mensaje connotado-. Resulta crucial conocer dicha paradoja¹⁴ en el plano de las tres dimensiones, en cuanto la fotografía como *acontecimiento, registro histórico y representación*.

Si los significados dependen de la sociedad donde nacen, debemos renunciar a buscarlos fuera de los marcos históricos. En cuanto la fotografía enmascara el sentido construido bajo la apariencia del sentido dado, “... la naturaleza parece haber

¹⁴ Para Roland Barthes, habría que enfrentarse con la *paradoja fotográfica* entre mensaje denotado y mensaje connotado. Por ende, preguntarse cómo el “análogo” –“*como si la analogía fuese un factor de resistencia ante el asedio de los valores*”-, correspondiente al mensaje denotado, el cual carece de códigos, es compatible con el mensaje connotado, inmerso y producto de la sociedad que los enuncia de varias formas, a través de diversos significantes y medios de significación (Barthes, 1982. P. 92).

producido de forma espontánea la escena representada; una pseudo-verdad sustituye subrepticamente a la simple validez de los sistemas claramente semánticos...” (Barthes, 1982. p.43). Las fotografías impactan igualmente los medios de tipificación del campesinado, y cumplen su función documental, por querer denunciar y al mismo tiempo vindicar el mito que parece orientar los modos de ver.

De ahí, la arqueología del saber que termina por reconciliar en su formulación metodológica los estudios contemplados en el análisis a propósito de la semiología. Es precisamente el «archivo», el concepto que engloba la construcción de un saber común, engranado en los enunciados, funciones donde se cruza un dominio de estructuras y de unidades posibles, haciéndolas aparecer en “periodos enunciativos” o “épocas” específicas, las cuales constituyen el sistema general de la formación y transformación de los enunciados; modalidad de existencia que cumple con actualizar las formas a través de las prácticas discursivas que rigen el lenguaje.

Admitida la vacua veracidad de la imagen documental, la emotividad como principio rector de su nacimiento, la dualidad entre los significados y las relaciones que la representación puede entablar, los componentes estéticos que no necesariamente significan aunque sí transmiten parte esencial de ese sentimiento del que viene acompañada la mirada, nos proponemos a lidiar con el primer riesgo que presupone nuestro estudio, o sea, el riesgo de alterar la estructura visual de la imagen hacia la estructura textual de que es propia la escritura del análisis. Valga reiterar nuestro propósito, y con ello salvar el análisis de este riesgo, el cual, precisamente, no interrumpe nuestro proceder: indagar cómo las fotografías coexisten y afectan la emergencia de subjetividades políticas, a través de enunciados contradictorios,

operando sobre el campesinado a partir de prácticas enunciativas que se encuentran en lucha.

Tabla 1 - Fuentes del análisis de archivo

Fuente	Soporte	Autor
Fotografías	35 mm	Efraín García
Fotografías	35 mm	Marta Rodríguez y Jorge Silva
Fotografías	35 mm	Abdú Eljaiek
Fotografías	35 mm	Buga. Anónimo.
Ley 135 (1961):	Diario oficial	Congreso de la República de Colombia
Alianza para el progreso: Documentos oficiales	Documento oficial	Organización de los Estados Americanos (OEA)
Banca de desarrollo para el agro: experiencias en curso en América latina	Informe oficial	La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) - Organización de las Naciones Unidas (ONU)
Plataforma mínima (1971)	Cuadernillo	Camilo Torres
Prensa Nacional	Periódicos	<i>El Tiempo, El Espectador</i>
Prensa Regional	Periódicos	<i>Unidad Indígena, Carta campesina</i>
Radio Sutatenza	Cassettes de cinta magnética	ACPO

Fuente: Elaboración, recolección y selección propia. Los discursos de cada entidad fueron obtenidos por diferentes medios como Internet, el museo Nacional, la Fundación de cine documental investigación social, la colección de archivos de sonido de la biblioteca Luis Ángel Arango

Tabla 2 - Agentes del discurso (1965-1975)

Agente	Fuente empleada
Estado	Ley 135 (1961): Diario oficial Congreso de la República de Colombia
Organismo multilateral (CEPAL, Alianza para el Progreso)	Informe oficial de La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Banca de desarrollo para el agro: experiencias en curso en América latina. Alianza para el progreso: Documento oficial Organización de los Estados Americanos (OEA)
Medios tradicionales	Periódicos <i>El Tiempo, El Espectador</i> (Texto sobre representaciones campesinas)
Medios alternativos	Radio Sutatenza Cassettes de cinta magnética ACPO

Organizaciones autónomas campesinas
(ANUC, CRIC)

Plataforma mínima (1971) Cuadernillo Camilo
Torres Prensa Regional *Unidad Indígena, Carta
campesina*

Fuente: Elaboración, recolección y selección propia. Los discursos de cada entidad fueron obtenidos por diferentes medios como Internet, el museo Nacional, la Fundación de cine documental investigación social, la colección de archivos de sonido de la biblioteca Luis Ángel Arango

Se trata entonces Retratos de campesinos que se convierten en iconos de la belleza del campo, expresiones y gestos tipificados para suscitar sentimientos como la melancolía o la nostalgia, la esperanza o el pesar. Fotografías que representan tanto una alianza entre el Estado y la plataforma ideológica de la ANUC, como eventualidades en razón de legitimar poderes. Tratándose de las fotografías que Egar vende al INCORA cuando la dotación de tierras durante la reforma, que sin embargo, en virtud de lo visible, ocultan tras el momento celebre y la euforia de la entrega, los peligros que el campesino asume al poseer la tierra, ahora con un vínculo antes desconocido: el título como documento legitimador.

Veremos más adelante, que las voces de los fotógrafos iluminan otra serie de premisas más abstrusas que encontramos en fragmentos y fotografías de prensa. Así, sucesivamente y si se quiere, en varias composiciones posibles del archivo contemplado, el análisis suscita unos tópicos por descubrir en la individualidad del campesinado, o sea, la construcción de un “yo colectivo” a la que es ineludible la construcción de un “sí mismo”, afectado de una u otra manera por los procesos de subjetivación y la politización de sujetos. Para Simondon (1924-1989) el sujeto es la unidad hilemórfica y transindividual entre el “sí mismo”, el objeto de su experiencia y el ser colectivo. Atraviesa varias fases de existencia y aprehende la realidad no por

cuanto la forma y la expresión le comuniquen, sino según las relaciones que entabla. Justamente allí, residen las significaciones. *El lenguaje es instrumento de expresión, vehículo de información, pero no creador de significaciones. La significación es una relación de seres, no una pura expresión* (Simondon, 1964: p. 458).

Ahora, ver cómo estos procesos son atravesados por distintos medios, nos lleva en este caso a preguntarnos por el género documental característico en todas las fuentes recogidas. Ver cómo el documentalismo comunica problemáticas asociadas con la desigualdad; expresa una serie de recursos que envuelven, embroman, exaltan o hasta inventan una puesta en escena donde los contrastes de clase social, gestos sentimentales de victoria o derrota, o incluso quehaceres cotidianos que desnudan el reiterativo “deber ser” de los campesinos, marcan una indudable distancia conceptual entre aquello que se quiere evidenciar y a través de qué composición de signos o manifestaciones se comunica realmente. Aquí radica la entelequia de este arte fotográfico, en ocultar tras la semejanza y “la verdad” a la que atiende el documentalismo, una amplitud de sentidos y usos sociales que están actuando en su lectura e interpretación.

3. Significaciones en el archivo histórico

3.1. Circulación social de los enunciados

La década que nos interesa comprender (1965-1975), y las transformaciones políticas que acarrea, es una época fuertemente marcada, en la práctica y el discurso, por una propuesta *hacia* una nueva manera de entender la vida rural: básicamente, incorporando la formalidad de los derechos ciudadanos sobre la propiedad e insertando la tierra en el contexto del mercado global. Debido a la inserción de

tecnologías, la fuerza de trabajo de la producción agrícola se aproxima a la producción industrial. Miembros de la unidad económica familiar buscan ingresos complementarios, sea vendiendo su fuerza de trabajo o diversificando la producción. “El autoconsumo dejó de ser su principal actividad para volverse una actividad complementaria en el marco de la expansión de la pobreza en el campo y de la pluriactividad¹⁵ familiar” (Grammont, 2004: p.108). La desigualdad y marginalidad se evidencian por encima de las estrategias de inclusión lanzadas por el Estado, lo cual conduce a un auge de la movilización social.

El Capital extranjero incide en la economía por las funciones delegadas a financistas, industrias privadas e inversionistas dedicados a promover el desarrollo en los mundos rurales. De ahí, la paradoja de una sociedad ideal campesina capaz de ser dueña de su tierra, trabajarla y a su vez, coexistir con el mercado antes de convertirse en asalariados, o legitimar que sólo las empresas tecnificadas tuvieran derecho a la libre explotación de la tierra. La tensión se manifestó también en figuras que niegan la reforma y pasan a representar la oposición recalcitrante en favor de la renta territorial, como fue el caso del partido conservador y la Anapo, cuyas políticas públicas obedecen al desarrollo de sectores modernos en la sociedad (Kalmanovitz, 1978: p. 94). Razón que pone en juego las formas de inclusión y exclusión que tienen como eje las contradictorias representaciones actuando.

¹⁵ La pluriactividad hace referencia al hogar, al ámbito de la reproducción familiar en el marco de la pobreza. La multifuncionalidad del campo, es el ámbito de la reproducción social, en vías de trazar equidad, y alcanzar desarrollo sostenible. (Anotación final de Grammont en “la nueva ruralidad en América Latina”, 2004)

Las reformas agrarias y tributarias pasaron a primer plano como una forma de implementación instrumental para el aumento de producción y la diversificación agrícola. El propósito era estabilizar los términos de intercambio, primero entre los países regionales de América latina, y luego perseguir tal estabilidad a nivel global. Parte de este proceso fue la integración de la mujer al sector laboral, las respuestas a las exigencias de un salario más justo y el crecimiento de transferencias tecnológicas.

No debemos olvidar que esta época es la época del gran éxodo rural que determinará el tránsito de una Colombia predominantemente rural a una preponderantemente urbana. Este tránsito estuvo acompañado de varios correlatos discursivos: se acentuó el clásico contraste entre “barbarie y civilización”, de un lado, pero también emergieron nuevos vocabularios para la reivindicación y la resistencia social

En algunos casos estos vocabularios provenían de referentes internacionales que empezaban a circular localmente. El despertar de grupos “revolucionarios” y movimientos sociales que resurgirían con armas o sin ellas, del subsuelo de las políticas agrarias fallidas. La insurgencia en contra de la guerra de Vietnam, las revueltas del mayo del 68 en Francia, la revolución negra en Estados Unidos, el impacto de la revolución cubana y las ideas del Concilio Vaticano II en defensa de grupos marginados, inspiró por una relación de simpatía, la emergencia de grupos subversivos en Colombia de los que son ejemplo, las fuerzas armadas revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) o el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOIR). Grupos inspirados en las figuras del partido

comunista e ideas que luego tendrían eco en la figura de Camilo Torres y su visión socialista ante un cristianismo social radical.

Aunque aumentan las medidas correctivas e intentos de aplacar la insurgencia, estos grupos y modelos de subversión terminan por socavar la inevitable tensión entre un fuerte adoctrinamiento de las masas conducidas a la guerra, sean víctimas o victimarios, y un fuerte proceso de militarización de los campos y las ciudades. En la fundación de esta historia de violencia en Colombia, la industria cultural parece incidir, en cierto aire generalizado de terror, propiedad que luego la iglesia atribuiría a una sociedad secular más confirmada que nunca. Tal fue el caso de la prensa al referir los movimientos revolucionarios, apelando a términos de opresión y decadencia, al mostrar supuestamente, porque el pensamiento de izquierda contrariaba las aspiraciones de la Nación. Ahora, la izquierda, pese a sus variantes culturales e históricas puede llegar a definirse como la oposición al bipartidismo; comparte valores de equidad y cambio social que se acercan a los ideales socialistas predicados por el marxismo. La izquierda, nutrida de las disidencias de los partidos tradicionales pasa por periodos de exclusión política que la atrae la conformación de luchas armadas como única posibilidad de ser.

Vemos, entonces, que los cambios en el nivel de los modos de vida del pueblo campesino son indisociables de otros cambios no menos importantes: cambios en la manera en que son representados, desde afuera y desde adentro. Nuestro análisis recoge e identifica los significados culturales que representan la figura del campesino en este marco histórico singular, propio de los procesos de subjetivación que harían del campesino un “ciudadano campesino”. Identificamos, en primer lugar, un conjunto

de 4 “agentes del discurso” cuyas intervenciones en la escena pública construyen y reproducen las representaciones del campesinado: el Estado colombiano (que a su vez reproduce buena parte del planteamiento desarrollista de organismos multilaterales como la CEPAL y la Alianza Para el Progreso), medios tradicionales, medios alternativos y organizaciones autónomas campesinas (ANUC, CRIC).

Desde el Estado, las vías de construcción del sujeto campesino se ven marcadas por referencias a un conjunto de cualidades sociales como el atraso económico, el analfabetismo, la miseria, la barbarie, la ardua labor; en cierto modo esta visión es complementada por la de los medios de comunicación, que representan al campesino o como víctima o como subversivo¹⁶. Estas cualidades crean el marco de referencias simbólicas del que es receptor el campesinado como sujeto político, pero también frente a las que reacciona, apropiándose de una identidad que en adelante será el vehículo a través del cual llevar a cabo sus aspiraciones políticas. Nuestro análisis hace explícito que tal repertorio de cualidades atribuidas al campesino desde el Estado, y que en cierto modo operan como dispositivos homogeneizantes de su representación, no niegan sin embargo, la heterogeneidad propia del proceso de subjetivación del campesinado.

Las representaciones de la movilización social campesina parten del fundamento de que “la tierra es la madre, raíz de la vida. Defender la tierra es defender nuestras costumbres”, como resume la frase inicial de la película *Campesinos* (1975), realizada por Martha Rodríguez y Jorge Silva, y apropiada después por organizaciones autónomas campesinas, como el CRIC, para auto-representarse. La propuesta política

¹⁶ Guerrero Bustos, 2009.

detrás del lente y la imagen en movimiento del documental sugiere al visibilizar, el trance de la sumisión a la resistencia de las comunidades vulneradas. Conscientes de que están siendo filmados, procuran por los medios de la imagen participar en la forma en que son representados, dando lugar así al vídeo indigenista en Colombia, y de modo tal, el montaje al estilo de *Nuestra voz de tierra, memoria y futuro: Voces del campesinado* que alegan para no pagar terrajes, fortalecer los cabildos y trabajar su propia tierra; testimonios de comunidades que se apropian de la tierra por sus propios recursos para hacer justicia ante el despojo, protesta, cantos del campesino a la tierra, voces y primeros planos de rostros ajados y manos fuertes que aprietan con extraña devoción la tierra que desean.

En 1975 los porcentajes de desigualdad sobre la tierra son difundidos en diferentes medios de comunicación. Mientras el 4% de población representada por una élite terrateniente posee el 73% de la tierra, el 68% de la población campesina posee el 17% de la tierra. La desproporción es expresiva. El campesino se vuelve arrendatario de las compañías latifundistas y es forzado o chantajeado a firmar el contrato de la compra del uso de la tierra y el trabajo del campesino que la posee, quien es explotado en su propia tierra, supuestamente en gracia del salario estable que recibe de multinacionales a las que ha sido entregada gran parte del territorio nacional. *Campesinos* denuncia la sumisión a que es sometido el campesinado.

El elemento religioso es otro elemento decisivo en la representación del campesinado, tanto desde el Estado como desde las propias organizaciones autónomas. Con la visita de Pablo VI en 1968, el sentimiento religioso tiene un episodio de efervescencia en Colombia. El campesino se convierte en el enclave de las alianzas entre religión y

Estado, y a finales de 1970 castigos de antigua tradición se implementan a modo de corregir las desobediencias del campesino que no quiera firmar el contrato de arrendamiento con los latifundistas. Es sometido bajo el calor, el hambre y el dolor a unas máquinas de tortura llamadas “muñequero” o “cepo”, cuyos huecos atan de manos o pies al castigado, dejándolo a la completa intemperie durante días y noches sin tregua. Estas medidas, contra-revolucionarias y de gran coerción, son mostradas en la película paralelamente a la decadencia del campesinado por intervención de la iglesia y el fanatismo que esta promueve, porque “la religión hace creer al campesino que la autoridad es de origen divino” (habla el narrador, con las palabras “La religión es el suspiro de la criatura atormentada, el alma de un mundo desalmado, y también es el espíritu de situaciones carentes de espíritu. La religión es el opio del pueblo”, Marx en 1844, en su Contribución a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel).

En el juego de estos contrastes discursivos acudimos ahora al tipo de enunciados que desde los medios alternativos producen representaciones de quién es el sujeto campesino. Tomamos el caso de una radiodifusión nacional específica durante esta década: Radio Sutatenza¹⁷; materiales aún en soporte análogo o casetes en precario estado de conservación. En función de construir una identidad nacional, se realizan estudios sectoriales que hacen del problema del campesinado un problema “sub-diagnosticado”, emite el locutor, líder campesino de la ACPO, “La iglesia quiere a Cristo en la cruz y la virgen en el calvario (...) Pero el campesino ya no es solo el de

¹⁷ José Joaquín Salcedo inicio desde la pequeña parroquia de Sutatenza, un pueblo ubicado en el corazón del valle de Tenza (Departamento de Boyacá, Colombia), un proyecto de escuelas radiofónicas, bajo una organización denominada Acción Cultural Popular, ACPO que mantuvo una importante presencia entre 1954 y 1978 y terminó en 1989 cuando Caracol Radio compró la emisora. <http://www.banrepcultural.org/radio-sutatenza>

ruana y alpargatas” (Radio Sutatenza (Ramón y Cajal) [1975] Vidas ilustres (Acción Cultural Popular) [registro sonoro: 9 carretes de cinta magnetofónica (ca. 197 min.); 1/4 de plg.]).

La radiodifusión busca en este sentido educar, orientar económicamente y formar conciencia sobre la rentabilidad de tierras. La escuela radiofónica asocia además el subdesarrollo con la incapacidad de utilizar los recursos al alcance de los campesinos. El camino de las premisas, imperativos y conclusiones consiste en hacer ver el atraso como “un problema mental”: el desarrollo cambia estructuras mentales donde “el hombre se tiene que ver a sí mismo diferente a los animales” y ver el mundo como el objeto que se le ha dado para transformar. Se trata de superar la economía de subsistencia para generar ganancias que se puedan invertir y ahorrar. Usar el ocio productivamente, calcular según ingresos cuántos hijos se pueden sostener, etc.

En más de 20 oficinas ACPO mantiene transmisiones que descentralizan los servicios. En la emisión de 1969, pronuncian casi idílicamente cuál es el objetivo de la escuela radiofónica... “iluminar la mente de los campesinos”. ACPO justifica sus motivaciones con frases como “acción popular es la fuente de luz preparando la comunidad ante las habilidades que es necesario poner en práctica, ayuda a adecuar el campo a la iniciativa y el ingenio de los campesinos”; “al que madruga Dios lo ayuda”; “Somos pobres porque somos perezosos”; “la ignorancia es el peor verdugo de un pueblo”, o “la educación permite ser mejores a la patria y al cielo” (Radio Sutatenza (director Manuel Zapata Olivella) [1970] Las múltiples caras de la cultura colombiana (Acción Cultural Popular) [registro sonoro: 1 carrete de cinta magnetofónica (29:09 min.); 1/4 de plg.]).

ACPO se considera a sí un sistema de cooperación para mejorar la calidad de vida de los campesinos, atendiendo necesidades de orden biológico (alimento, vestido y vivienda) y orden social (servicios, salud, trabajo, familia, recursos) bajo un contenido programático. Las predicas están fundamentadas en la comprensión de los fenómenos para su pronto avance según los caminos de Cristo, tipo ideal del hombre sacrificado. Radio Sutatenza educa como “vía a la libertad” porque “nunca es tarde para aprender”; el campesino debe colaborar con la empresa familiar y la industria domestica para el bienestar y el desarrollo. Radio Sutatenza se presenta a sus oyentes como “El medio y el remedio” para emprender la iniciativa en el espíritu de los campesinos, sembrando la disposición de seguir contando con su propio esfuerzo en el trabajo de mejorar sus vidas y con ello, la vida social. Acción cultural popular contempla dentro de sus planes la descentralización de la difusión Nacional, promoviendo los medios de comunicación radial y llevando consigo como principio las palabras de Pablo VI (1963-1978): “El desarrollo es el nuevo nombre de la paz”. Educando a las masas populares, ACPO cree que el problema reside en la falta de comunicación, y por ende, el remedio es la radiodifusión, para que el campesino que no sabe seleccionar las semillas, tira al surco las otras y confía el resto a una oración por la lluvia, aprenda en adelante a utilizar el crédito y explotar la tierra que le ha sido dada (Radio Sutatenza. Cuadros campesinos (Acción Cultural Popular) [registro sonoro: 4 carretes de cinta magnetofónica (ca. 381 min.); 1/4 de plg.]).

La construcción de esta representación también refiere al campesino que evita los excesos, y quien accede a la salud, la educación, los recursos, el trabajo y la participación. Es el campesino que sabe ahorrar, el que sabe comprar y distinguir las

urgencias, de quien se espera en adelante el propio dominio de la pobreza. “Él” debe estar satisfecho con el Dios y la Ley por el que jura el Estado. El tipo ideal no es el campesino rebelde, ni siquiera el que pide auxilio al gobierno, cuya población promete cobijar, mientras bajo el artificio de la creciente burocracia, el campesino termina pronto en volverse mano de obra proletarizada.

Acción cultural popular promueve a través de Radio Sutatenza, en la programación de 1969, música colombiana con arpa y violines, frases evangelizadoras como “el hombre encuentra plenitud en su entrega a los demás” y comparsas campesinas que suenan alternadamente a la guía propuesta. De la necesidad de arar, emparejar la tierra, cultivar hortalizas se sigue el uso efectivo de las fases de la cosecha y el tratamiento de plagas. Así, el tramo del evangelio al avance, conforme a las doctrinas de Pablo VI y el desarrollo integral del campo, es necesario para la consolidación de la Nación, la actividad y resurgimiento de prácticas agrícolas. Se quiere así constituir alianzas al servicio del progreso, grupos en las veredas que se ayuden en el manejo de suelos y la diversificación al trabajo agropecuario. Líderes en acción dirigen su búsqueda a la promoción regional de bibliotecas y correspondencia, y en especial a expandir las escuelas radiofónicas a nivel local para enseñar el progreso y las claves de una fuerte economía familiar.

El análisis de estos enunciados nos lleva a una lectura cuidadosa de esas muy diversas estrategias de homogeneización según las claves del progreso impartidas por Radio Sutatenza. Si bien, existe una evidente asimetría entre la construcción de tipos ideales ejercidos en las prácticas discursivas, su representación, y el alcance efectivo que tales cobran en la politización de sujetos. Pues, al relieve de las contradicciones

que aparecen al contrastar estas prácticas discursivas parece regir una lucha por orientar el porvenir de las acciones populares y homogeneizar las diferencias culturales con el objetivo de controlar los fines del campesinado en tanto agricultor y sujeto de políticas públicas. Los discursos operan así desde entidades gubernamentales, subversivas o como parte del complejo modernizador para reproducir las estructuras de desigualdad. Fuerzas opuestas documentan, inspiradas en un individualismo manifiesto, las rupturas culturales del pueblo campesino, mientras, organizaciones militantes que aunque persisten, han corrupto el altruismo del que nacieron.

El presente estudio y la reconstrucción de las prácticas discursivas que tienen estímulo a través de Radio Sutatenza, recupera las emisiones de 1965 a 1975 en casetes de sonido magnetofónico en la biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá, donde oímos entre tanto las presentaciones tituladas “cuadros campesinos”: una serie de cuadros costumbristas del mundo rural que dramatiza problemas ocurrentes cuya solución señalan, en el uso de reglas que ACPO recomienda. En su generalidad, los programas se enfocan en enseñar el cristianismo “bien ejercido”, programas de promoción de valores patrios, el modelo de la casa campesina, adecuada con acueducto, alcantarillado, calefacción o ventilación, e iluminación.

Los programas dominicales se centran en la juventud campesina y el pentagrama tropical, el cual elige y transmite ritmos populares y estampas sonoras y zarzuelas que dejan moraleja en los oyentes. El pesar y la lástima deben ser derrocados por el saber religioso, y no alimentados por la imagen del Cristo agonizante y judaico que pide la salvación a costa de su propia sangre. Pero, antes de simplificar la milenaria

liturgia, hay que racionalizar la demografía de los pueblos marginados. El proyecto es claramente un intento por regionalizar la economía y el trabajo del campesinado.

A los propósitos de la comunicación radial se suman las promociones y servicios que ofrecen institutos como IDEMA, INDERENA o Caja Agraria, para la prestación de bienes e inversiones que el campesino puede aprovechar en la aplicación de una nueva productividad agraria, ciertamente tecnificada y eficaz. Radionovelas educativas y expresiones musicales de folclor hacen de los cuadros campesinos espacios de vida “más dignos”, los cuales traducen una ruralidad efectiva en términos de hombres capacitados, hogares unidos y sociedad participante. Pues, ante los desastres de la colonización, depende solo de la voluntad propia del campesino su renacer social e integración a la vida política y económica del país.

Los medios de comunicación alternativos, posibilitan así el ejercicio de las prácticas discursivas, el debate, los estudios y perspectivas desde las cuales se piensa el campesinado como sujeto político. Ante la precariedad de la reforma agraria, se temía efectuar las prometidas vías democráticas hacia el desarrollo capitalista en el campo, lo que pronto conduciría a la organización de un pueblo que clama ser libre, de la pobreza y la desigualdad, la muerte y la opresión. Reclamos de parte del campesinado llaman la alianza de clases subalternas organizadas en torno a procura del bienestar colectivo de las zonas rurales.

Como hemos mencionado antes, en este trabajo nos centraremos especialmente en las representaciones visuales, fotográficas del campesinado. El acto de fotografiar dota de una nueva forma, ahora fija y estetizante, aquella realidad que se predica. En este acto, el porvenir de la imagen se disocia del porvenir del pueblo

campesino, porque mientras el primer porvenir es ontológicamente inmóvil y realista, el segundo está siempre expuesto a cambios aunque responde a sedimentaciones. El porvenir de las representaciones es hacerse archivo histórico, registro documental, y al tiempo, fijar los términos cualitativos de su existencia dejando que su enigma permanezca abierto.

Las fotografías fueron organizadas en tres diacronías a través de las cuales podemos distinguir ciertos fenómenos culturales que predominan en las definiciones del «campesino»:

1) *Modernización*. La reforma agraria, los pactos socio-estructurales, las organizaciones comunales muchas veces expresadas en cooperativas, son todos fenómenos de profundo impacto en las transformaciones de la década que nos interesa. Políticas internacionales para estimular el desarrollo económico, simultaneo a un desplazamiento abrupto del campo a la ciudad y con ellos, los procesos de urbanización y ciudadanía, marcaron en la descripción de la *modernidad* un ápice de conspiraciones que socavaron en las relaciones sociales y estallaron en un desmesurado efecto, de la desigualdad y la movilización, como también, nuevos performances en la esfera del lenguaje o del manifiesto de parte de un pueblo unido que se iba desintegrando de a poco en la institucionalidad de los acuerdos pactados.

Si bien, la *modernización* en nuestro caso de estudio entendida como diacronía, se restringe a estos efectos desmesurados de los procesos de modernización, y nos concentramos en una visión mucho más acoplada al ideal de la sociedad moderna que el Estado o las instituciones interventoras proyectaban sobre una Colombia impune y al mismo tiempo herida por su sangriento pasado. De modo que

la *modernización* la veremos aquí reflejada en las fotografías, por ejemplo, en las mesas del INCORA y la entrega de títulos de tierra. Aunque, no vemos como tal, la tierra trabajada por subtenencia o signos que nos hablen sobre el sistema de rotación y proletarización del campo. Quizá, la serie de representaciones de los álbumes encontrados en Buga, la fuerza colectiva de los campesinos que se registran en las jornadas sea evidencia de lazos de solidaridad forjados al interior de las comunidades y no precisamente fruto de las intervenciones de agentes externos con intereses particularistas.

2) *Movilización social*. Encontramos bajo esta diacronía campesinos en masas, reunidos por diferentes causas, desde religiosas hasta de protesta en nombre del PCC y el MOIR, procesos de colectivización que suelen ocurrir en la confluencia de campesinos a las plazas públicas, lugar del discurso y el debate entre proferir unas u otras ideas, sintetizadas en los enunciados que aborda con inusitada fuerza el vocero impreso de las organizaciones. La *Movilización social* parte del vínculo estrecho con la tierra que los campesinos forjan desde la memoria, la autosuficiencia y las consecuencias morales que supone una reforma dentro de una sociedad donde se incorporan de manera crucial e imprescindible, al ser la agricultura finalmente el sustento básico de toda población.

La recuperación de tierras a la cabeza de líderes indígenas y campesinos es en esta dirección otro de los símbolos y apariciones significativas en las representaciones visuales, siempre que su personalidad, una vez convertida en emblema de lucha o el rostro del justiciero, se torna paradigma y en el recuerdo resulta embellecido ante la entrega fatal, el último umbral de quien por los ideales del pueblo

está dispuesto incluso a los riesgos de un sistema represivo e inestable. Dentro de esta diacronía, encontramos también la apropiación de los medios audiovisuales de parte de los pueblos como una de las expresiones máximas de su movilización, al optar por los caminos de la imagen antes que al camino aparentemente tan fácil y casi ineludible de las armas o la victimización. Es así que las comunidades campesinas trascienden la tiranía de los estigmas y dominios representativos que antes se les imponían, casi hasta naturalizar dicotomías radicales sobre identidades en juego, y se empoderan de nuevas tecnologías para documentar una realidad más fiel a sus narrativas, desde su perspectiva y sus imaginarios, para emanciparse de la imagen sacra del “indio bárbaro” o el “campesino ignorante”.

3) *Vida cotidiana.* Fotografías enfocadas en rostros y perfiles de campesinos idealizados, de quienes podemos identificar vestimenta, sombreros, ruanas y mantillas típicas de su cultura. Su cultura interiorizada y la valoración de sus prácticas por austeras que parezcan. Vemos miradas siempre perdidas en el horizonte, pieles mestizas y ajadas, el gesto infante que suaviza el mordaz barro. Vemos el tabaco y los pies descalzos, líderes campesinos y madres criando mientras trabajan. Con cierta frecuencia la figura del héroe o la personificación de los campesinos bajo fondos distorsionados o la inmensidad del cielo. Aquí, los telones de fondo ocurren en paisajes abiertos, campos despejados, la tierra, las colinas y la naturaleza. Lo inteligible respecto a lo vivido marca aquí una significativa ruptura entre el registro y aquello, elementos determinantes pero transitorios, que constituyen al campesino como sujeto político.

Situaciones protagonizadas por los acuerdos formales entre Estado y campesinado, son fotografiadas con ánimo de evidenciar y con ello, legitimar el trabajo de redistribución de tierras que le fue encargado al INCORA. Esta puesta en escena anticipó la emergencia de la ANUC en 1967, y pronto, su debilitamiento con el pacto Chicoral (1972) que buscaba la garantía de grandes propietarios. Los intentos fallidos de integrar a la reforma agraria, políticas públicas simétricas con las expectativas del progreso, inducen a la rivalidad y el desacuerdo entre el pueblo y el gobierno. Más, la politización del sujeto campesino en esta instancia se representa en las fotografías acorde a los ideales que marcan nuestro periodo histórico, la década de 1965-1975, desde la perspectiva de los fotógrafos, quienes atentos a las transformaciones sociales del mundo rural retratan la singularidad de los campesinos.

Los documentos fotográficos responden al registro -entre tanto- de rostros anónimos de campesinos cuyas particularidades nos son por completo veladas. A sacrificio de tales y tales particularidades y las interpretaciones que urden en la riqueza de la heterogeneidad, vemos cual estática ficción, momentos propios de su vida cotidiana, entre signos de magnífica espontaneidad, que fieles o no a la realidad, marcan la continuidad del espacio sensible y las emociones sugeridas. Así, las labores del agricultor, las actividades del comercio en el mundo rural, las clases de mecanografía, culinaria y costura, los talleres sobre primeros auxilios o las campañas de vacunación se suman al bagaje simbólico que utilizan los fotógrafos en sus planos.

Ninguna de estas características es suficiente para detallar la multiplicidad y las diferencias que quizá la categoría de «campesinado» termina por anular; ninguna que dé cuenta absoluta de las transformaciones que cada uno de ellos, incluso

participes de los procesos colectivos, experimenta en tan álgida época. Sin embargo, los alcances del estudio de las representaciones puede sugerir nuevas preguntas a la sociología, siempre que esta disciplina puede arrojar tendencias importantes para comprender o crear aproximaciones a un fenómeno cultural, que en nuestro caso son las formas de constitución de un saber específico acerca de cómo se van forjando los procesos de subjetivación, y qué prácticas discursivas actualizan constantemente este devenir, en la definición misma de identidades avasalladas por las pretensiones de un nuevo sistema económico que se quiere imponer a toda costa.

Signos que marcan el enunciado, y las representaciones organizadas según diacronías, son nuevamente organizados, según criterios de semejanza y cualidades simbólicas determinantes en la comunicación de un primer mensaje, que a veces, suele colmar las cualidades sensibles u orden de los elementos meramente formales. Elementos como la conglomeración de los rostros campesinos reunidos en razón de la misa o el discurso en la plaza pública, están asociados simbólicamente con la noción de lo colectivo o la tradición, el sentido de la participación del pueblo o su postura en tanto audiencia. Otro modo de ser partícipes -activistas, quizá- se revela en la fotografía de los campesinos que levantan los azadones sobre una colina, entre el cielo y la tierra, victoriosos tras la recuperación de la hacienda Cobaló en Cauca, sin duda, una imagen paradigmática de la resistencia campesina contra el régimen terrateniente.

Llamemos la atención sobre otro tipo de ambivalencias que le son inherentes a las fotografías, donde la resistencia puede manifestarse por dos vías rituales de recuperación de la tierra y por ende, recuperación de la cultura campesina: el primer rito consiste en la configuración de cooperativas que se fundamentan en una economía

colectiva cerrada entre los campesinos, para ser ellos los compradores de sus propios productos, y que sus propios productos vengan de tierras que les pertenecen. El segundo rito consiste en la recuperación de la tierra por sus propios medios y fuerza de trabajo, pues entran violando la cerca de la tierra que desean, pican hasta dañar el suelo con palas y azadones, y una vez el latifundista vea el daño venda al Estado para forzar la redistribución por precios mínimos, entregando las tierras que los campesinos después de haber picado, entran ahora a trabajar y cuidar hasta volver a cultivar.

La fuerza de trabajo pasa así por la ambivalencia de quien interpreta los intereses en juego, pues o bien, es la fuerza de trabajo el medio y el modo de subsistir de los campesinos, o bien, significa el medio por el que los campesinos se toman a la fuerza la tierra y se valen de la fuerza bruta para acomodarse económicamente y a costa de los poderes establecidos, actuando como un rebelde en diversas narrativas, como el líder irreverente que encabeza una colectividad, o un pueblo unido que por sus condiciones está dispuesto a arriesgar la vida. Asociaciones más complejas devienen a esta cualidad, expresada en los elementos formales repetidamente, como la lucha por la tierra y la protesta popular, tan controvertida como simbólica, por estar inspirada precisamente en signos universales de la revolución, como el puño de los Kulak rusos o el rostro de los pensadores de la ideología de izquierda, Karl Marx y Ernesto Che Guevara.

Los mundos rurales documentados cargan además otro género de connotaciones culturales que permean los esquemas perceptuales a la hora del análisis. Se trata de los cielos abiertos y espacios vacíos en conjunción con el ángulo en contrapicado del fotógrafo que suele enaltecer al campesino, subvirtiendo la tabla de

valores que naturalmente les asignaba el lugar inferior en la sociedad, o la condena divina que los hacía vivir en la miseria según las predicas más tradicionalistas de la iglesia, pues la salvación, que está en el cielo donde vive Dios, es un designio exclusivo para las clases altas (retomemos la entrevista de Eljaiek).

El campesinado prevalece, pese a dichas ambivalencias, bajo la pose y la mirada extraviada en un estado de idealización. Los medios inciden a manera de un muro de contención, sobre los discursos que a través de ellos pretenden reproducirse; al corporeizarse en la imagen pierde transparencia. Esta incidencia es multidireccional y abierta. En el encuentro de múltiples representaciones que el medio genera, residen a su vez, los procesos de subjetivación.

El espectro fenomenológico de los mundos rurales respecto al espectro de la representación, se ofrece ahora bajo cierta ubicuidad, pues allí donde su presencia se piensa previsible, el campesino sale un instante de su contexto para anticipar el enunciado, y retorna pronto a su quehacer. Por ejemplo, aunque muchas fotografías en su título aludan a una región, el ejercicio de la enunciación no trata tiempos ni espacios exactos, y más bien tiende a ajustarse a una existencia transregional. Esta ubicuidad nos permite ver una parcial transversalidad de las imágenes, sí, pero también una serie de sesgos políticos y convenciones culturales que codifican las relaciones incluso entre entidades que al agenciar el discurso, caen en determinismos.

Para dilucidar el saber específico de una época sobre el campesinado en Colombia, tomamos a continuación nuestro material empírico, fragmentos del archivo fotográfico junto a fragmentos del archivo de prensa, e identificamos durante su

exposición los conceptos y enunciados presentes en sus representaciones. Una vez los enunciados se esclarecen en el análisis, esperamos que las fuentes recolectadas sustenten en el camino, el modo en que, no solo su mera expresión sino sus relaciones con las otras fuentes, gestan y actualizan la significación.

Veremos de qué modo las fotografías incorporadas al archivo devienen en la formación de un saber, más allá del recurso textual o la pregunta siempre abierta sobre las interpretaciones que la representación en tanto imagen, sugiere por su propia naturaleza. La mirada arqueológica en nuestro caso de estudio, contempla así las condiciones de ejercicio de la función enunciativa que actúan sobre el discurso y de cómo este a su vez, determina también la emergencia de la representación visual. Metodológicamente, la arqueología del saber nos permite tender un puente entre el análisis histórico, y los procesos de constitución del campesinado como sujeto político.



Ilustración 1 - Rostros de campesinas boyacenses con sombrero. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1967, fotógrafo Egar. Consultada en el Museo Nacional de Colombia.

La lectura a continuación acompaña estos fragmentos de memoria, fotografías documentales de una historia difícilmente sintetizada y en cambio sí, dispersa en complejas narrativas que nos prestan un inmenso espectro de perspectivas y testimonios a veces más fieles al recuerdo, a veces matizadas por ideologías que pretenden obnubilar la experiencia misma. Por eso, hemos de medir el alcance de la función enunciativa, en tanto cada una de las fotografías, como principal fuente de análisis, se aproxima en cierta instancia a los muy diversos dominios del lenguaje.

No basta simplemente contrastar uno a uno los enunciados y luego estudiarlos bajo la presencia de la imagen. La arqueología nos ofrece datos históricos

sobre la cultura campesina de Colombia entre 1965-1975 que resultan ahora claves vitales. Son efectos instalados en el universo simbólico en el cual se enmarcan los procesos de constitución del campesinado, mientras los significados se confunden y coexisten finalmente en un continuo intercambio.

La Ilustración 1 es una de las fotografías expuestas en *Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972)*, parte de una serie de retratos colectivos de campesinos que se reúnen en eventos públicos generalmente en las plazas centrales de los pueblos. La colectividad es representada fotográficamente a manera de registro, documento que enuncia la fuerza unida de mujeres campesinas que entre tanto, hacían un llamado a la participación legítima de su género, tras años de violencia reflejada en las estructuras familiares, que como tal pesaba exclusivamente en los roles femeninos.

La fuerza de la tradición se documenta, de quienes vemos representando un campesinado unido, un pueblo que mira al orador en silencio, y a la vez, cuyas miradas perdidas logran extraviarse entre tantos otros rostros, que sin embargo nosotros vemos detalladamente, y vemos así la singularidad de los gestos que sobresalen pese a la uniformidad de su pose. La jornada informativa en Miraflores Boyacá a la que asisten estas mujeres, enaltecidas en las gradas de una escalera que desde nuestro punto de vista ascienden, expresa un momento crucial de su propia significación, despliega más allá de las intencionalidades del fotógrafo, una razón de ser que resulta integrada e incorporada a la palabra inteligible.

La plaza pública significa el lugar de participación, y la participación significa de nuevo, la noción de lo colectivo. A diferencia del campo, la reunión allí anticipa una presencia de códigos específicos, como la vestimenta o el ángulo del lente que captura;

pero también el lugar donde el pueblo campesino es quien escucha en silencio. Silencio que la fotografía invierte al ser ellas en su conglomeración el punto de atención en la imagen. Son el testimonio de rostros en comunión. Asisten a la plaza, posan en las escaleras de espaldas a la iglesia, pero esencialmente asisten a una acción política más pronunciada: su reunión es un llamado a la democracia, y el fotógrafo lo exalta al hacernos volver a ver las mujeres campesinas, antes que a quien ellas se prestan sobre la faz de lo cotidiano.

Se invierte desde la perspectiva del fotógrafo la relación arriba-abajo: dentro de la misa, por cierto, era común que arriba, o sea, más cerca del altar donde predica el cura, se ubicara la clase alta, llamados por los fotógrafos “la gente rica” y abajo, o sea, atrás de las primeras filas, se ubicara la clase baja, por cierto, la mayoría, quienes por su pobreza, según los principios morales que entre ellos pre-existen a la representación, están condenados al infierno. La inversión permite que las miradas del campesinado se extiendan con tal cohesión y unidad, que paradójicamente sentimos allí su “ser colectivo”: su singularidad nos conduce de nuevo a la imagen de su comunión, sus ritos por la tierra, sus biografías y emociones extraviadas literalmente en la individualidad de quienes fueron.

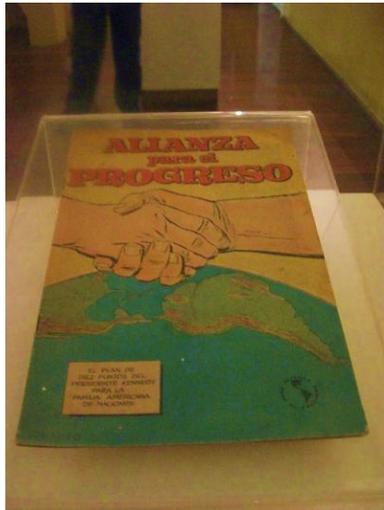


Ilustración 2 - Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Fuente. Catálogo oficial de la exposición temporal, curaduría por Catalina Ruíz Díaz. Año: 2012, el registro es propio. Consultado en el Museo Nacional de Colombia.

Ahora, si vamos a las fuentes del archivo, y nos dirigimos especialmente a la exposición temporal *Campo revelado: Tierra y campesinos (1960-1972)* vemos al archivo en su esplendor, la simultaneidad de las políticas ejercidas junto a los movimientos colectivos del campesinado. Acudimos a los enunciados, y encontramos intersecciones entre los discursos del Estado, los cuales declaran a través de la *Alianza para el progreso* y sus cuerpos de paz, la necesidad por modernizar la nación. Más, las declaraciones de parte de organizaciones autónomas como la ANUC, quienes surgen en 1967 (decreto número 755) y en efecto, comparten las políticas del progreso dictadas por archivos oficiales de la *Alianza para el progreso*, ya que, en principio, la ANUC nunca fue un aparato revolucionario, como sí una asociación dedicada a la reforma agraria, el fortalecimiento de las organizaciones campesinas y el cumplimiento a cabalidad de las políticas de intervención social.

Aparentemente el lazo comunicante entre ambas entidades se basa en una relación de lucha, de poderes, intereses y representaciones. Más, la ideología que funda esta visión, y el hecho de que dos instituciones en conflicto compartan sus enunciados, es la ideología de la modernización a través de la fuerza productiva en el campo. Los mundos rurales se vuelven la clave para el crecimiento económico. El enunciado se dicta a manera de imperativo a futuro, proyectando el tipo ideal de campesino con quien era necesario contar para este propósito. La modernización y los procesos de colectivización que se van tejiendo en respuesta a estas proyecciones, se visibilizan en el campesinado y el llamado universal para que los sujetos campesinos entraran a ser partícipes y conscientes de su politización por los mecanismos de la ley y otras fuerzas coyunturales determinando sus posibilidades de ser y estar en el mundo.

Posibilidades que vemos desplegarse aquí en la medida en que la curaduría de la exposición acude a varios recursos estéticos y semánticos característicos en la obra de Egar. Campesinos profundamente sensibles a las ambivalencias que acarrea consigo la aplicación de políticas públicas, los diagnósticos regionales de la población para medir las necesidades por cierto relativizadas entre los pueblos; como también, esperanzados por la llegada de una era casi profética que auguraba otra realidad distinta a la suya. Se trataba a través del discurso, no menos que de una evasión en múltiples direcciones coronada por la ilusión de la modernidad. Lo que por otro lado, derivaba en una continua reflexión muchas veces frustrada alrededor de su modo de vida y de cómo tender “positivamente” a las transformaciones sociales experimentadas hasta ese momento con un rumbo tan incierto.



Ilustración 3 - Recuperación de la Hacienda Cobaló, Cauca. Fuente: Fundación cine documental investigación social. Fotografía y fotograma de los documentales *Campesinos y Nuestra voz de tierra, memoria y futuro*. Año: 1974, fotógrafos: Jorge Silva y Marta Rodríguez.

Esta fotografía, *Recuperación de la Hacienda Cobaló*, es paradigmática en la historia de las nuevas imágenes del pueblo campesino en Colombia. Marta Rodríguez y Jorge Silva pactaban códigos culturales de tipo ideológico con los pueblos campesinos e indígenas para hacerlos partícipes de sus representaciones y conscientes de los medios para su reconocimiento. El origen de esta fotografía tiene lugar de este modo en los procesos de resistencia que cuestionaban con intensidad la sumisión a la que habían sido sometidos los pueblos desde mucho tiempo atrás; remontando también las estrategias de lucha por la tierra que sucedieron en la hacienda cafetera en 1930. Para los colonos ricos, generalmente ausentistas—ocupantes de terrenos baldíos— el diálogo con el arrendatario era imposible porque se trataba del encuentro entre un sujeto racional y un sujeto irracional.

En tanto irracional, el indígena-campesino puede ser explotado, engañado, o utilizado como mano de obra barata para la colonización de la tierra. Todo esto en un proceso de confinamiento del indígena a territorios cada vez más pequeños de llanura, para finalmente, sin importar que se trate de sus territorios ancestrales, despejar y dejarlo listo para la entrada de las exploraciones petroleras realizadas por compañías extranjeras. Se trataba de un proyecto con unos objetivos de orden territorial, jurídico, cultural y educativo, que provocaría el surgimiento de la organización indígena.

De manera similar a la “cooperativa” organizada por Jaramillo y los Guahibos en Planas, sus organizaciones son reprimidas y sus búsquedas aplacadas violentamente. El objetivo de la represión, según la denuncia que presentan los indígenas, es acabar con el movimiento del CRIC, asesinando a sus dirigentes. Para ese momento los campesinos e indígenas que se resistían habían sido considerados *La Voz de los sobrevivientes* (documental de Marta y Jorge en 1980); sobrevivientes entre quienes habían sido asesinados, a manos de “pájaros” –asesinos a sueldo–, un total de 48 indígenas, entre ellos Floro Campo, Abelino Hule y el vicepresidente del CRIC, Benjamín Dindicué (a quien está dedicada “*Nuestra voz de tierra, memoria y futuro*”).

Cuando Jorge Silva y Martha Rodríguez viajan y conviven en el lapso de 7 años (1973-1980) con los campesinos-indígenas del Cauca, filmando su modo de vida y dándoles la palabra que documentan, transmiten durante este mutuo aprendizaje, nuevas tecnologías a nuevas identidades. Visibilizarían en adelante los caminos posibles de emancipación, los cuales el sujeto campesino decide o no tomar en vías de su politización.

En la captura de secuencia: La bestia-hombre maldice mágicamente a los indígenas envueltos por la niebla del volcán Puracé. Montajes y transparencias entre el fogón el ardor del fuego bajo las voces de tierra. El INCORA compra tierras a hacendados y en los corredores de las oficinas esperan temerosos el murmullo de los demonios que alucinan. Surge el CRIC y con esta organización 7 puntos del proyecto político por el que lucha el indio Quintín Lame¹⁸. Pacto entre El diablo y El terrateniente. Mina de azufre y empresa multinacional. Condena de muerte para el indígena obrero que ingresa a la mina. Niño en ataúd. La bandera del CRIC. Fogón. Voces, cantos a la tierra... vemos una expresiva secuencia que enmarca y contextualiza a través de símbolos la *Recuperación de la hacienda de Cobaló*.

La constitución de subjetividades políticas sucede aquí en el intercambio de saberes entre documentalistas y campesinos-indígenas. Porque los documentalistas, al registrar cómo una comunidad basada en la agricultura asume un programa de siete puntos para recuperar su tierra y su historia, sugieren una doble mirada: la naturaleza de un “yo colectivo” -que se patentiza en una forma de intersubjetividad¹⁹-, y la oralidad expresada en los testimonios de resentimiento y confrontación de parte de las

¹⁸ "Pero el blanco es enemigo acérrimo del indígena que no golpea a la puerta del engaño; que no quiere las promesas que le venden barato; que huye del empleado público, quien se une con el latifundista, y con el abogado, para hacerle perder la finca y el semoviente." "Los hombres no indígenas del departamento del Cauca, unidos, pidieron se me condenara al panóptico de Tunja." (Frasas de Quintín Lame) La última voz de una raza, Quintín Lame, Por Gregorio Hernández de Alba. Lecturas dominicales, El Tiempo-21 de enero, de 1968. Revisar: <http://andaquies.blogspot.com/2008/07/manuel-quintin-lame-chantre.html>

¹⁹ “La intersubjetividad es representada e investida de nuevos sentidos por las narraciones, cualesquiera que sean sus soportes tecnológicos o géneros. Bajo esas realizaciones surge entonces una re-codificación creativa de significados sociales manifiestos en la intersubjetividad” (Perez La Rotta, 2013. Aportes de Merleau Ponty y Shutz)

masas populares. Las voces determinan la estética de la imagen, desenvuelta en medio de la participación consciente de la comunidad que se ve a sí misma, prolongando su revelación en el propio desarrollo narrativo del programa que desean movilizar.



Ilustración 4 - Plataforma mínima de la ANUC. Fuente: Fundación cine documental investigación social. Año: 1971, fotografías de Egar.

«La ANUC es una organización autónoma de campesinos asalariados, pobres y medios, que lucha por una reforma agraria integral y democrática; por la reivindicación del trabajador agrícola, por la elevación de su nivel de vida económico, social, cultural, y el desarrollo pleno de sus capacidades y que entiende que para superar el atraso económico del país y lograr el bienestar general del pueblo colombiano es necesario romper las actuales estructuras de dominación internas y externas que han beneficiado a una reducida clase explotadora, mediante la lucha organizada y permanente del campesino colombiano con la clase obrera y demás sectores populares comprometidos con el cambio estructural y la liberación total de nuestra patria de toda forma de dominación o coloniaje».

La plataforma mínima ideológica sintetiza en sus enunciados un proyecto de ley, a manera de un proyecto de vida que incide directamente en los procesos de subjetivación, a partir de los cuales, la relación entre el campesino y la tierra que trabaja

se vuelve cada vez más compleja en el marco de la reforma. ¿Garantiza el título de posesión un cambio de vida al margen de la explotación? ¿Son efectivas las campañas de alfabetización dictadas por ACPO a través de medios alternativos de comunicación? ¿Saben los campesinos leer el título que se les concede por medio de un sistema de crédito?

La implementación de políticas públicas que vienen de este proyecto de reforma social agraria, integra dentro de sus acciones políticas un modo de ser del campesinado que ahora debe reaccionar ante los cambios en mira a promover su eficacia. Por esto, la agencia que recupera en la esfera misma de su singularidad no refiere exclusivamente a la protesta prolongada, antes bien, que al porvenir voluntarioso de su enriquecimiento a través de la explotación de la tierra que le ha sido otorgada por medio de otro tipo de ritual, el cual ya no consiste en violar las cercas del terrateniente para obligarlo a vender sino en un acuerdo legitimado entre Estado y pueblo, efectivo en términos del recibimiento y el triunfo que Egar y otros fotógrafos deciden retratar.

Sin embargo, encontramos que la ANUC, representante de la plataforma ideológica y vocero de la *Carta Campesina*, aboga por el bienestar del campesinado y el progreso dentro de los mundos rurales sea cual sea la vía para lograrlo. Pues además de entablar ideológicamente códigos y valores comunes con la *Alianza para el progreso* y admitir abiertamente su compromiso con las políticas emprendidas por el Estado, se permite también nombrar al gobierno como su enemigo a través de medios más alternativos. Si bien, las asociaciones destacadas que giran alrededor de la figura de campesinos, reúnen en toda la magnitud de sus diferencias, narrativas que se

contradicen respecto a las vivencias. La *Carta Campesina* determina en esta dirección los procesos de reivindicación que atraviesa un pueblo engranado en abruptas y tantas otras paulatinas transformaciones.

El vocero impreso repite a lo largo de sus páginas, en varias de las publicaciones que revisamos, la premisa de fortalecer el vínculo entre pueblos. Además, es preciso resaltar la visión generalizada de estos medios alternativos al formular estrategias de mejoramiento frente a la labor agrícola. Estos son así procesos formativos pensados para fortalecer simultáneamente los procesos de resistencia. Mientras, múltiples identidades en juego se encuentran allí disputando siempre una fuente de reconocimiento. En consecuencia, el ejercicio de sus enunciados se ve modificado por el bagaje de valores que deciden difundir u opacar, según el medio o la esfera donde resultan idealizadas prácticas de solidaridad, resistencia y paradójicamente, obediencia a instituciones o entidades del Estado que muchas veces solapan las iniciativas del pueblo campesino.



Ilustración 5 - Periódico Carta Campesina. Fuente: Archivo de prensa de la Fundación cine documental, investigación social. Fechas. Octubre de 1975.

Veamos entonces el registro fotográfico de las ilustraciones previas junto al texto del periódico *Carta Campesina* y valoremos a partir de rasgos distintivos y composiciones espaciales propias del archivo documental, cuáles de los enunciados de los discursos que se profieren, terminan por ajustarse mejor al significado de las representaciones. El texto del titular aquí presentado reza de la siguiente forma:

“Celebremos combativamente el día de la lucha campesina. El 21 de febrero se realiza en todo el país el día de la lucha campesina en conmemoración de la primera recuperación masiva de la tierra que realizaron los campesinos organizados de la ANUC el 21 de febrero de 1971 y que marcó prácticamente la tarea central de nuestra organización en defensa de intereses de los pobres del campo, señaló el poder terrateniente como uno de los enemigos fundamentales del campesinado y demostró el gran poder de masas cuando luchan organizadas y con correcta orientación (...)”.

Los voceros de la ANUC por los medios alternativos hacen un llamado a la movilización de masas para los procesos de resistencia que se toman la organización como una opción legítima de reclamación de derechos y en especial de autonomía. Se trata no menos que de una autonomía utópica y velada por la coyuntura de la reforma. Aunque los pueblos reclamen ser dueños de su justicia y las maneras en que esta se imparte, las vías de reclamación e incorporación de su bienestar a la agenda política internacional, implica por definición un espacio de participación de los pueblos en que las polaridades han podido conciliar. Se espera en este sentido un régimen menos desigual, que permita no solo la apertura económica o la democratización de tales intereses, sino también modos de subsistencia con antiguos sistemas de explotación y tenencia.



Ilustración 6 - Padre Camilo Torres en el proyecto Tolima. Entrega de Premios en Villa Rica Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año.1965, fotógrafo Egar. Consultado en el Museo Nacional de Colombia.

Camilo Torres en esta fotografía significa la presencia de un aliado del Estado por promover las políticas de tierra lanzadas por el INCORA (fue representante de la iglesia ante la junta directiva del INCORA durante 1962-1964), así como un aliado de grupos subalternos consolidados como organizaciones legítimas dentro de las ramas del poder, supuestamente descentralizado y abierto a los miembros campesinos que considerasen su actividad política una herramienta cultural. Tal fue el caso de la ANUC, cuya plataforma mínima, antes sintetizada en este texto, Camilo Torres redactó e implementó.

La razón por la que acudir a la vida y pensamiento de Camilo Torres resulta crucial para indagar las significaciones en el archivo, consta precisamente de los principios que subyacen a su modo de hacer sociología, interactuando con las comunidades que para él, desde la teología de la liberación, debían romper la condena del sufrimiento a la que ellos mismos creían estar encadenados. Para Camilo Torres, el sufrimiento no es un designio de Dios. El campesinado es capaz de recuperar unas condiciones de vida más dignas en cuanto menos expuesto este a la violencia que sobre los pueblos ejerce el Estado concretamente, desde tiempo atrás vinculado con la clase terrateniente que despoja al agricultor y fomenta la pobreza extrema. Su enseñanza a los pueblos, dictada por su propia filantropía, tiende de nuevo el puente entre mundos que se contradicen y ambivalencias entre las cuales, Camilo Torres se ve de tal manera involucrado, que la acción social que promueve se torna hacia nuevos modos de resistencia, que ya empezarían a cobrar vitalidad desde ceremonias como la que vemos en la anterior fotografía.



Ilustración 7 - Familia campesina de Bomboná Nariño. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1970, fotógrafo Egar. Consultado en el Museo Nacional de Colombia.

El mito de la posesión de la tierra, la contienda ritual de un documento que adscribe los nombres de los campesinos beneficiados. La imagen amable del campesino que se muestra satisfecho ante el título de propiedad que recibe y por ende sumiso y apacible, se halla en tensión con la mirada propagandística del pueblo que se conforma con poco y sin otras garantías que le permitan trabajar libremente. La escena rescata la importancia de la familia como núcleo de supervivencia. Ante el paisaje majestuoso de las montañas, la familia aquí representa la estructura fundamental de la vida social, descubiertos en la eventualidad de lo que consideran su bienestar, protagonistas en cuanto grupo familiar de los procesos llevados a cabo durante la reforma.

La fotografía *familia campesina de Bomboná Nariño*, es otra de las representaciones paradigmáticas en la lectura de aquella conciliación pueblo-Estado. El

recibimiento del título y su porte paternalista en manos del campesino, significa el culmen de un proceso ideológico que habría de completar la reforma agraria con un acuerdo tácito entre las mesas del INCORA y las familias que allí aceptarían su nuevo vínculo con la tierra, ahora menos inmediato, y no solo mediado por el documento oficial de la tenencia sino también por el orden de la palabra en el que aceptan que la tierra sea suya parcialmente, hasta poder cumplir con el total de cuotas para pagarla.



Ilustración 8 - Niñas en la escuela. Fuente: Archivo fotográfico salvado en Buga. Año (¿?), Anónimo. Consultado en el flickr de Margarita Gómez Jaimes.

Las fotografías pueden interpretarse a la luz del contexto socio histórico de la década. Son precisamente las diversas fuentes de documentos en el archivo lo que ya nos permite tener herramientas de lectura ante las representaciones visuales, cargadas por cierto del sesgo político y las iniciativas de cambio social que permean el modus vivendi de los campesinos en Colombia. Sin embargo, advertimos ante la notación insignificante de la imagen una brecha de posibles lecturas que escapan de las nociones

comunes de la interpretación. Si bien, una brecha donde el reparto de lo sensible multiplica las significaciones.

Las niñas en la escuela, de pie sobre la pared y con sus cuadernos en mano, colman todos los elementos espaciales para atender en su simplicidad una razón evidente en la fotografía. De nuevo, la función legitimadora de la fotografía cumple con hacernos volver a ver, no tanto la expresión en sus rostros distraídos o la ternura que de sus miradas emanan, como sí el hecho explícito de una eventualidad jamás antes vista en los términos de la reforma agraria: que las niñas accedan a la educación igualitariamente, que las mujeres campesinas amplíen sus posibilidades de ser dentro de la transformación.

Las políticas de inclusión de identidad que la reforma integral alcanzaba a contemplar, son parte de la promesa por la modernidad. Los enunciados que dan forma al discurso apuntan a configurar nuevas perspectivas, vías de conciliación o solución de intereses opuestos. De modo que la puesta en escena de tales políticas de inclusión, parte de presupuestos en conflicto, donde la modernidad puede significar para el campesinado la llegada de sofisticados métodos de explotación que los mantiene al margen como sujetos de alteridad, o todo lo contrario, la oportunidad última de mejorar su estilo de vida, gracias al deseo de superación de la pobreza y mengua de la violencia. Se trata pues, de un campesinado esperanzado, pero finalmente, ubicado en la frontera decisiva entre asumir el cambio o evadirlo.



Ilustración 9 - Los condenados de la tierra. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1965, fotógrafo Egar .Consultado en el Museo Nacional de Colombia.

Lo colectivo no refiere únicamente o exclusivamente a las masas reunidas o el pueblo unido, pues a lo colectivo suceden símbolos que terminan por coordinar el sentido de las relaciones e interacciones, si bien, un universo simbólico compartido dentro de cual, la tierra lo es todo y los pensadores revolucionarios su biblia, por ser quienes con la fuerza de la razón argumentan a favor de la vida digna que el campesino reclama en sus intentos de movilización social.

Como tal, en la literalidad de la representación fotográfica, estas narrativas son invisibles. Más, elementos como el cielo nublado tras el imponente puño que aprieta la tierra justo por encima de la línea de horizonte, simulando la icónica imagen de los Kulak rusos de la revolución, son elementos que hacen alusión a la lucha de manera metafórica, porque aunque no vemos un personaje definido, ni mucho menos un “campesino”, vemos aquello que lo insinúa con claridad: su relación de arraigo con

la tierra, símbolo de identidad de las organizaciones campesinas, por ende, del “ser colectivo” de los campesinos.

Connotaciones positivas respecto al arraigo del campesino a la tierra están aquí cargadas de la denotación negativa del enunciado *los condenados de la tierra*. Negativa en cuanto la tierra puede significar también “la condena”, y se trata no menos de una condena colectiva al hacer plural la expresión, suscitando, aunque sea del todo ausente en la fotografía, el dolor y la miseria que han experimentado históricamente los campesinos, quienes de una u otra forma son objeto de políticas nacionales que parten de cuestionar el trabajo del agricultor, sus medios y la posesión de la tierra, su sostenibilidad y el estado naturalizado de la pobreza generacional.



Ilustración 10. Entusiasmo usuario y Saludo al congreso de ANUC. Fuente: Archivo de prensa de la Fundación cine documental investigación social. El Periódico y La Ruptura. Agosto de 1974. Fotografía: Bernardo Ospina.

El arraigo a la tierra figura isotrópicamente en las representaciones a manera del mito de la posesión. Entre la legalidad y la relación ontológica del campesinado con la tierra, existe pues, un difícil trecho que es preciso elaborar para comprender cómo tantas veces los procesos de subjetivación dependen de la relación de arraigo o desarraigo entre tierra-campesino. La complejidad del archivo va desentrañando en sus enunciados, significantes que provienen de otras fuentes. Sea el caso de la jurisdicción implementada o los principios detrás de las políticas públicas. Dice la Ley 135 “Sobre la reforma social agraria” de 1961 (Diciembre 13. Diario oficial. Año XCVIII. N. 30691; Página. 801. El Congreso de Colombia decreta), a propósito del campesinado y el proyecto de ley:

- «Crear condiciones bajo las cuales los pequeños arrendatarios y aparceros gocen de mejores garantías, y tanto ellos como los asalariados agrícolas tengan más fácil acceso a la propiedad de la tierra» (Capítulo I. Objeto de esta Ley. Art. 1, número 4).
- «Hacer dotaciones de tierras en las colonizaciones (...) y dar a los cultivadores, directamente o con la cooperación de otras entidades, la ayuda técnica y financiera para su establecimiento en tales tierras, la adecuada explotación de éstas y el transporte y venta de los productos» (Capítulo II. Instituto Colombiano de reforma agraria. Art. 3).
- «Las cooperativas de trabajadores agrícolas que hayan recibido aprobación del Gobierno podrán obtener asignaciones dentro de las tierras destinadas a “unidades agrícolas familiares”, y la superficie que se les señale se fijará tomando en cuenta el número de personas que las integran» (Capítulo IX, Colonizaciones. Art. 45).

- «Se entiende por "unidad agrícola familiar" a) Que la extensión del predio, conforme a la naturaleza de la zona, clase de suelos, aguas, ubicación, relieve y posible naturaleza de la producción sea suficiente para que, explotado en condiciones de razonable eficiencia, pueda suministrar a una familia de tipo normal ingresos adecuados para su sostenimiento, el pago de las deudas originadas en la compra o acondicionamiento de las tierras, si fuere el caso, y el progresivo mejoramiento de la vivienda, equipo de trabajo y nivel general de vida» (Capítulo X. Unidades agrícolas familiares. Art. 50).

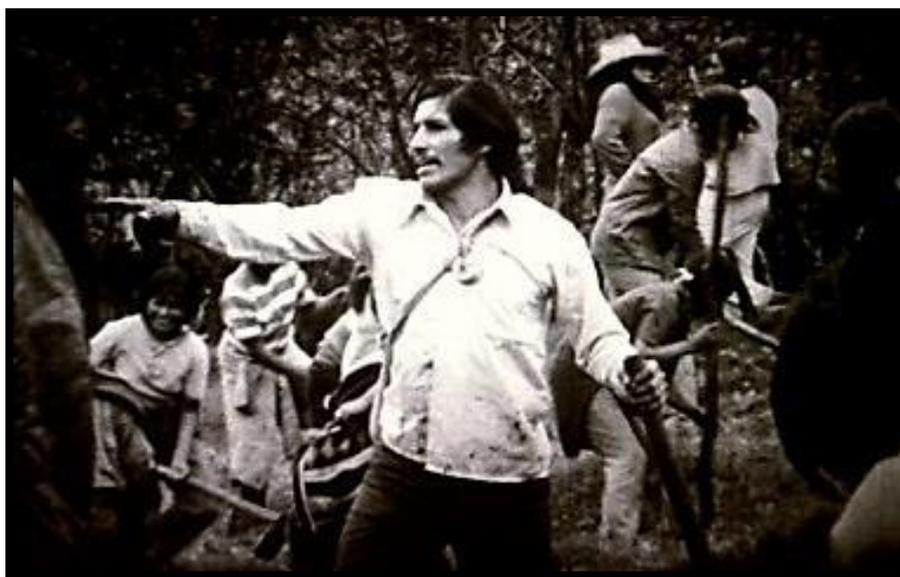


Ilustración 11 - Marcos Avirama. Fuente: Fundación cine documental investigación social. Año. 1972, fotógrafos Marta Rodríguez y Jorge Silva.

Líderes campesinos que marcaron cual hitos las organizaciones políticas al ir al frente de las recuperaciones de tierra. Bajo las narrativas de la rebeldía “recuperaban” lo que les pertenecía y lo que finalmente los unía en tanto comunidad. Así, Marcos Avirama, enfocado entre la distorsión de cuerpos se muestra irreverente en la cometida de la acción política. Los ritos de recuperación constan de las fases: organización, toma de la tierra, picar el suelo con azadones hasta obligar al terrateniente a ceder las propiedades que ha obtenido por el despojo, y el rito culmina

con el trabajo del agricultor que sabe cómo trabajar la tierra hasta volverla fértil de nuevo. Esta fotografía de Marcos Avirama capta la primera fase del rito, pero también es el retrato de un líder aliado principalmente con las comunidades indígenas.

Este retrato es utilizado también en la declaración del mismo Marcos acerca de las torturas que sufre por encabezar el CRIC. Su voz aparece en el periódico *Unidad Indígena* como testimonio de la represión, aunque la imagen habla más de la resistencia, por ser ese momento y no otro un documento memorable de lo que fueron los ritos de recuperación. La declaración reza: “yo Marcos Aníbal Avirrama de 33 años de edad con cédula de ciudadanía de Popayán, indígena del resguardo de Coconuco²⁰ de profesión agricultor, trabajo para mantener 6 pequeños niños y mi mujer. Soy presidente del consejo regional indígena del Cauca CRIC y el día 9 de febrero de 1979 fui detenido con mi hermano por agentes del B2 del ejército con engaños (...)” (Marzo 6 de 1976, cárcel Villa Nueva. Publicación en *Unidad Indígena*).

La fotografía cambia de significación junto al testimonio, y el medio que la publica influye directamente sobre el énfasis que la representación cobra. Como vemos en las fuentes y documentos recogidos, medios cargados por ideologías, vengan del establecimiento o del sector alternativo, terminan por tergiversar en el ejercicio de la enunciación las interpretaciones posibles, de cualquier modo limitadas al acontecimiento que determina la fijación, simbólica aquí en cuanto la reivindicación de los héroes que el campesinado imagina como aquél que sin importar la represión opta por la resistencia.

²⁰ Algunas comunidades indígenas como los coconucos, guambianos y yanacones son considerados comunidades campesinas al ser “paisanos sin tierra, ni lengua, ni cabildos, ni traje, ni cultos a la tierra”



Ilustración 12 - Por la unidad obrero campesina y popular & Resurgen las luchas campesinas. Fuente: Unidad Indígena y Carta campesina. Años: 1973-1976, fotógrafos, anónimos. Consultado en la Fundación cine documental investigación social.

Estos registros son tomados de la *Carta Campesina* con el objetivo de ilustrar el perfil de los campesinos que reiteran esta búsqueda, por la reivindicación de sus acciones políticas y el deseo por convertir sus identidades en colectivos con una serie de valores compartidos que los voceros de la ANUC habrían de encabezar en su programa de reforma expuesto antes en la plataforma ideológica. Sin embargo, es curioso observar los puntos de conciliación y conflicto en el discurso que mediatizan como asociación de campesinos, pues mientras en el vocero impreso manifiestan cierta radicalidad y expresiones de fulgor y rebelión, en la plataforma deciden avalar los postulados de la alianza para el progreso, siendo un decreto encausado por organismos multilaterales, a quienes consideran abiertamente enemigos de sus luchas por la autonomía.



Ilustración 13 - Campesinos de la serie movimiento agrario, Año: 1975 (?) Fotógrafo: Marta Rodríguez y Jorge Silva. Consultado en: Fundación cine documental investigación social y cuadernos de cine colombiano (17A, 2012) Cine y vídeo indígena: del descubrimiento al autodescubrimiento

La fotografía nos resulta impresionante: Campesinos idealizados por su dedicación a la tierra, a veces incluso por su culto mismo a lo que la tierra significa, las regiones colombianas, los valles de siembra, la Colombia diversa que ya se defendía...cómo de violar las cercas para recuperar lo que los terratenientes les habían quitado, con azadones o gritos colectivos, cantos autóctonos y serios índices de analfabetismo, pasan los pueblos así al conocimiento del audiovisual y la apropiación de nuevas tecnologías a las cuales se supone solo podían acceder ciertas “elites”.

El que se representa es pues un momento crucial, aún incierto en cuanto la fotografía pertenece a un vasto archivo o detrás de cámaras de *Nuestra Voz de tierra, memoria y futuro* (1974-1980), cuando bien, es la mirada antropológica y etnológica la que en lo procesual determina las posibilidades de la representación. Artistas cuya filantropía, por compartir un dolor ajeno, convalecientes pero decididos a participar en

la resistencia a través de herramientas “pacíficas” que en todo caso, fuera a su vez herramientas para la memoria colectiva.

El cine y vídeo indígena-campesino, pueden ser leídos ahora desde dos etapas. Una, cuando los miembros de las comunidades eran objeto de atención en algunas películas, la segunda, cuando se les dota de conocimiento, herramientas y necesidades por construir las narrativas que les son propias. En cuanto a la primera etapa, si se quiere fundadora de la anterior podemos encontrar grandes aportes en “El indígena en el cine y el audiovisual colombianos: imágenes y conflictos” (Angélica Mateus Mora, 2013) y “Poéticas de la resistencia: el vídeo indígena en Colombia” (Pablo Mora (ed.), 2015). Ambas obras describen un panorama histórico de lo indígena en el cine y vídeo colombianos- Cuadernos de cine colombiano (17A, 2012).

Vemos gracias a estos aportes a la investigación, un género cinematográfico preocupado desde comienzos del cine en Colombia, un archivo sobre los pueblos, identificado patrimonio y asegurado en el Archivo Histórico de la Nación, un “primer documento visual en movimiento del Chocó” de los hermanos Acevedo o la “expedición al Caquetá” (1930) de Uribe Piedrahita; tras migraciones diversas de la película en 16 y 35 mm y súper 8, los desplazamientos esporádicos de ciertos recursos y las vías legitimadoras de este arte de la imagen y la imagen en movimiento, vemos cómo muchos autores cruzan fronteras para documentar incluso en los intersticios de la selva las comunidades indígenas, que como hemos venido observando, son comunidades campesinas, agricultores sometidos a mismo régimen de injusticias.

Tal es el caso de Vidal Antonio Roza en 1964 con “Arhuacos”, cine de evangelización que miramos en nuestro caso de estudio como un fenómeno supremamente influyente en la imagen fija y el archivo fotográfico que nos interesa. Pues, las nuevas identidades inscritas de un modo eficaz en la movilización social, ahora por los medios que prestan las nuevas tecnologías, emergen justamente después de esta primera etapa, cuando un redescubrimiento define consigo las posibilidades y formas por las que se constituyen subjetividades. Este giro fue en 1970, por cierto favorecido hasta 1975 por la legislación de la industria del cine y los estímulos económicos. Se trató de un giro estético, técnico, moral, vocacional y formativo. Pues, luego del cine indigenista basado exclusivamente en la dicotomía entre barbarie y civilización, o la vida entre la evangelización y el terror de “ser indio”, viene el autodescubrimiento de las comunidades inspiradas en la obra de Marta Rodríguez y Jorge Silva, quienes crean la perspectiva del lenguaje visual para testimoniar la violencia y procesos de resistencia.

Pero no solo la obra cinematográfica de los documentalistas posibilitó este autodescubrimiento, también el encuentro de varias etnias y pueblos campesinos –no necesariamente caracterizados por su historia racial- que reunidos alrededor de nuevas tecnologías empezaban a reconocerse en los rostros perfiles e ideales de otros asistentes., considerados en su dialecto, hermanos. En la representación fotográfica confluyen de este modo los símbolos de la modernización y la movilización social, trazándose unos a otros en la escena de los campesinos que a través del lente se miran a ellos mismos.



Ilustración 14 - Mamá joven en Saravena. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1970, fotógrafo Egar. Consultado en el Museo Nacional de Colombia

Paradigma de la maternidad permanente de las campesinas. *Mamá joven de Saravena* es la representación del infante adulto ideal del campesino. La niñez o la vejez como signos de repetición dentro del registro visual aluden al “ser colectivo” como un “ser trabajador”, un “ser útil” desde niño que determina así los procesos de subjetivación política. La vida cotidiana está escenificada en la maternidad desde joven y el trabajo desde niño, una condición irrefutable de los signos que van edificando la cultura campesina, un devenir en sujeto político que está por configurar su fuero interno sin un punto estático o un destino.

La niña hace de madre por todas las que atraviesan la misma situación. Su imagen revela una problemática aún difusa e insible, el saberse madre sin recursos arrojada a la intemperie de la injusticia, como diría Egar, quien al admitir abiertamente el sentimentalismo que la fotografía provoca, admite también la duda sobre la maternidad temprana como un problema en el marco de valores que el campesinado acoge a sus prácticas. Antes bien, el rostro de esta niña, la rudeza de su postura, y sus ojos turbados que parecen mirar hacia dentro, son la expresión máxima de la femineidad de las campesinas, quienes han nacido y sido educadas para la crianza.

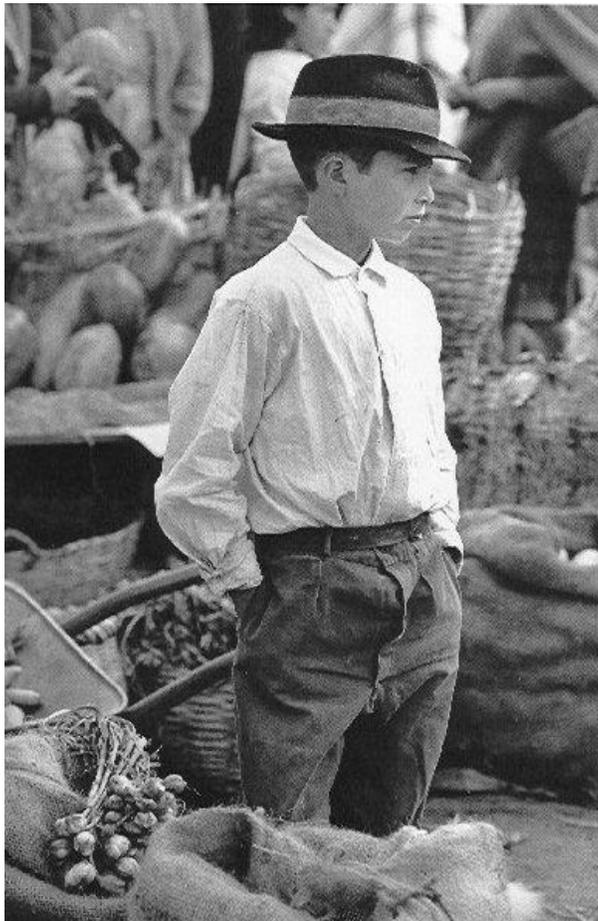


Ilustración 15 - Manos en los bolsillos. Fuente: Album de Villa de Leyva. Año: 1967, fotógrafo Abdú Eljaiek. Consultado en <http://www.colarte.com/colarte/conspintores>

Iconos de la belleza del campo, paradójicamente, sin que el campo esté presente del todo. La infancia no era más que un reducto de la utilidad que constituía la economía familiar. Sin embargo, las categorías niño-adulto pronto se radicalizaron. Las imágenes hablan de este trance, acerca de cómo concebir al niño y en qué instancias es un agente activo en la politización del campesinado. Las políticas de la infancia estaban sectorizadas, según espacios y tiempos distintos a los que solían suceder por ejemplo, en los estratos altos de la ciudad. Estas políticas de la infancia determinan así el trato hacia el niño como un “ser” que era deber proteger y educar.

Las representaciones visuales se caracterizan de este modo por un verdadero abismo, entre la perspectiva del fotógrafo y la perspectiva de su modelo. Este último, al contrario de considerar la infancia un lugar de victimización o decidida explotación, encuentra en su rol de niño un lugar no-condicionado a la edad, e incluso lejos de la protección como una política. El niño, según la narrativa del fotógrafo, asume ser educado a costa del trabajo y la indiferencia del adulto, que por cierto, eran en su mayoría madres ocupadas en otros tantos hijos y otras tantas labores que le eran asignadas.

Sin embargo, las experiencias vividas respecto al registro histórico, como podemos observar en virtud de los testimonios recogidos y el contexto histórico, conservan un grado de invisibilidad en las representaciones, connatural al desvanecimiento mismo del acontecimiento que transcurre mientras la imagen se fija en la memoria. Pese a las ambivalencias e interpretaciones que la presencia del infante suscita, logramos prever el dominio de una nostalgia del tiempo perdido que solo la niñez o la vejez protagonizada pueden convertir en convención.

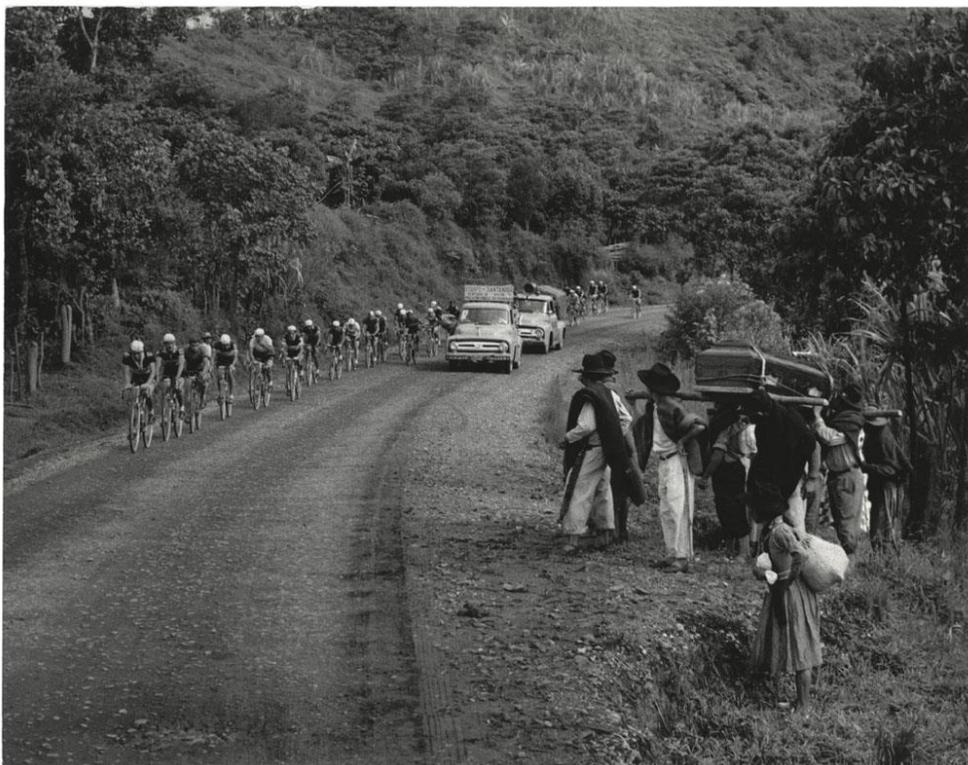


Ilustración 16 - La última etapa. Fuente: Campo revelado: tierra y campesinos (1960-1972). Año: 1965, fotógrafo Egar. Consultado en el Museo Nacional de Colombia

Vemos en *La última etapa* el rito funerario tradicional del campesinado: cargar ceremoniosamente el ataúd por el sendero de la carretera. La fotografía es paradigmática, porque así como captura la frontera exacta donde deportistas y campesinos se encuentran; así, Egar dedicado a fotografiar ciclistas en su trayectoria, tiene la ocasión inesperada del cruce, donde visibiliza los campesinos que pronto serían objeto de su obra dentro del documentalismo rural. Este encuentro inesperado y eficazmente espontáneo evoca significaciones de primer orden en la constitución de sujetos. Porque entre la velocidad –de la carrera de ciclistas– y la lúgubre ceremonia de muerte, reside una metáfora para todos asible, la modernización y el fugaz “ser” que atraviesa los procesos de subjetivación.

La significación de las imágenes documentales, de protesta, pobreza, heroísmo o represión presentes en el cine soviético de los años treinta, configuran el retrato de un “realismo-socialismo” efectuado a través de las artes, y tal vez con menor fuerza, por los medios de comunicación y campañas militantes de enseñanza, o bien, las colectivizaciones en Colombia. El impacto de estas representaciones, salva todo intento de dilación, sus alcances y su valor atañen a la historia del arte. A esta rapsodia de imágenes, pero también de imaginarios fundadores del campesinado, le siguen disputas doctrinales que ponen en duda el relativo pluralismo intelectual. Se estaba produciendo en satisfacción de estas, una revolución cultural caracterizada por el simbolismo y el realismo literario. Entraron en escena de debate temas censurados como el aborto y el divorcio, iniciativas por erradicar el analfabetismo y abrir los espacios públicos y laborales donde las mujeres antes no podían entrar.

Condiciones que llevadas a las mesas del INCORA²¹, declarada institución de la reforma agraria desde 1961, propician la formulación de la ley 135, con ánimo de organizar las posibles “soluciones”, dotando de tierras y brindando acceso a inversiones de parte del Fondo Nacional Agrario y la Unidad Agrícola Nacional, para explotar en beneficio de la Nación la tierra otorgada.

Ahora, la forma de los enunciados de esta ley, axiomas y proposiciones, parten de definiciones previas sobre la problemática, claramente, desde el punto de vista de la política pública. Los enunciados suscitan a su vez imágenes que desde el marco de una

²¹ Las tierras confiscadas por cultivos ilícitos o terrenos baldíos abandonados, más tierras adquiridas por compra, expropiación o cesión ingresan al INCORA a través del Fondo Nacional agrario, legalizando la propiedad a nombre del Estado para la plausible redistribución, que dotaría tierras a las familias campesinas.

ley, tienden a negar en su propia inmediatez, formas y signos de un universo simbólico que erra en la comunicación, que se abre al vacío y vuelve de sus incoherencias un instrumento meramente pragmático. Los enunciados modifican con el transcurrir de una época las especificidades del campesinado, quien se considera en adelante, desde cualquiera de las instancias mencionadas, sujeto de políticas que tienden a homogeneizar su organización, razón social o sus múltiples modos de ser.

Los tipos y perfiles que sobresalen entre estas fijaciones no se encuentran al margen de otros discursos políticos. Es precisamente en la variedad de los soportes del archivo, donde encontramos ahora esos discursos, en una variación de formas que describen tanto formal como simbólicamente el campesinado allí enunciado. Así, las condiciones del archivo conforman aquí la realidad de la representación, desplegándose en medio de una lucha por constituir sujetos políticos, quienes actúan no solo ante el reducto útil al sistema de enunciación, sino bajo el despertar de una tensión crucial: la lucha misma de las representaciones del campesinado durante la década que estudiamos; signos que ocultan al mostrar; gestos, esteticismos e intenciones que significan la cultura campesina con todas las contradicciones que allí, en el registro histórico, podemos dilucidar.



Ilustración 17 - Campesino de Villa de Leyva. Fuente: Album de Villa de Leyva. Año: 1967, fotógrafo Abdú Eljaiek. Consultado en <http://www.colarte.com/colarte/conspintores>

Curiosamente, en el estudio de campesinos de los Andes realizado en Saucío (1961), Fals Borda utiliza una serie de dibujos que tipifican gracias a algunas consideraciones, categorías tales como “tamaño de la familia”, “sistema de compadrazgo”, “el parto y la infancia”, “la vejez y la muerte”, o “el Mito y la evidencia”, todas en función de la religión y la política, para leer la cultura campesina y entenderla desde adentro. El estudio revela estigmas y signos en la composición social, los cuales trasgreden continuamente el orden mismo de las relaciones, pero en especial, a través de los cuales el enunciado cobra su forma y define las proyecciones del ser, al idealizar a continuación símbolos referidos a una identidad colectiva, en el umbral

mismo del mensaje connotado donde el campesinado es el actor principal de los escenarios rurales.

«El fatalismo inexorable de la vida campesina, la llamada melancolía indígena (...) el campesino no es estúpido ni melancólico. Ha sido obligado a convertirse en un ser casi imbécil, austero y pasivo, por la concatenación de factores culturales negativos preservados en la familia (...) entre esos factores que conducen a la pasividad los de mayor importancia son las experiencias letárgicas y las adversidades causadas por sistemas políticos» (Fals Borda, 1961:Pp.330).

Ahora, la tipificación de las edades para resaltar el paso del tiempo, y con el tiempo, el paso de una cultura campesina a una cultura ciudadana, cada vez más en vías hacia la idílica modernidad, es una condición característica de los enfoques preferidos de Abdú en el álbum *Villa de Leyva*. Quizá sin más pretensiones, que la de convertir un rostro anónimo en icono de la belleza que el fotógrafo ya intuía de los pueblos campesinos, logra en esta fotografía, un gesto preparado, calculado y exacto, de quien en silencio también calla la mirada bajo el sombrero, y sobre la ruana posa en quietud su mano.

Estas impresiones, interpretaciones de la interpretación –la nuestra sobre la mirada del fotógrafo, que a su vez convierte su sensibilidad en la sensibilidad del personaje que fotografía-, develan en principio un retrato de la vida cotidiana de un campesino, elegante pese a sus ropas andrajosas y su rostro envejecido. Sin embargo, el silencio como símbolo dominante en la fotografía es significativo en desmesura por cuanto anula consigo cualquier posible enunciado que trate de cerrar en las lecturas inscritas la imagen ilustrativa y ejemplar de quienes representa aquí este hombre, que en su soledad expresa una infinita simpatía con los pueblos campesinos donde él pertenece. Es la relación de pertenencia en este sentido, una relación de identidad.

3.2. La mirada arqueológica

El problema metodológico que entraña el presente estudio, dado el inmenso archivo documental que se puede rastrear entre 1965-1975, en principio es un problema de selección. Pues, diversos son los enfoques, tanto de la sociología como de la filosofía, que nos entregan las herramientas para proceder con el análisis de las fotografías incorporadas en el archivo, consideradas aquí el centro mismo y eje transversal a las demás prácticas discursivas. El costo de preferir un enfoque a otro es sacrificar quizá modos de interpelar las representaciones, según el fin que tengamos en mente y que acota así una reconstrucción de lo sensible, en tanto la imagen excede los alcances del mensaje que se quiere comunicar y sin embargo funciona como testimonio de hechos que legitimarían el establecimiento o incluso sus rupturas.

Nuestro argumento presupone que la constitución de subjetividades se da a partir de un saber propio de una época específica, pero ¿Cómo damos cuenta de los procesos de subjetivación a través del saber que en el archivo se configura? ¿Cómo las fotografías, representaciones visuales paradigmáticas del campesinado en la década de estudio, se convierten en partes constitutivas de ese saber?

Superar la distinción conceptual y categórica entre sujeto-objeto, nos permite así pensar en las subjetividades políticas que se desenvuelven en el devenir de la historia. Son estas subjetividades, la “fijación” atemporal de quienes mutan bajo procesos diversos, abiertos a la constitución y subjetivación. Las subjetividades no están limitadas a lo colectivo o a lo individual, sino que se definen indeterminadamente en un marco cultural dentro del cual se desenvuelven unas y otras singularidades,

tantas veces negadas por la proposición impenetrable, o el dogma que se inserta en el discurso.

En esta dirección, se han recogido las visiones sobre el campesinado y sintetizado las prácticas discursivas más paradigmáticas en el lapso que estudiamos. Prácticas discursivas ejercidas desde el Estado y políticas públicas diseñadas para enfrentar la pobreza que apenas habían empezado a medir institutos como el DANE u otros organismos internacionales. Desde la ONU y demás organismos multilaterales como la CEPAL, abogando por el desarrollo rural a través de la tecnificación del trabajo agrícola.

También, la voz difundida por las organizaciones campesinas independientes como la ACPO, comprometida con la radiodifusión para enseñar al campesino a mejorar su calidad de vida y crecer prósperamente. Encontramos la prensa Nacional a propósito de las representaciones del campesinado, que lo muestran víctima y victimario, o en el caso de los periódicos independientes *Carta campesina* y *unidad indígena*, cuyo vocero es el pueblo, mostrándose héroe en tanto comunidad, donde líderes de la ANUC, reafirman los proyectos que nacen con la alianza para el progreso instaurada por Kennedy.

Vemos a través del análisis de las fuentes del archivo, ambivalencias que generan en las representaciones modos de ser sensibles propios de la obra de arte, propio del régimen estético, contradictorios usos del discurso que rigen la poética, correspondencias entre la obra y la cultura que rigen la ética y de manera intensa, un espectro de elementos y composiciones que abren la indeterminación de identidades

según el régimen político²². Ambivalencias que se manifiestan por ejemplo en la mezcla entre lo bello y lo agreste, o bien, el embellecimiento del dolor humano, o la quietud circunscrita en la agitación.

Las representaciones no solo son abordadas desde los documentos oficiales, ni aluden estrictamente el tema de las políticas de tierras; otros modos discursivos coexistiendo con los medios, en pleno auge de la tecnocracia en el país, conformaron un corpus de representaciones, dentro del cual, el registro fotográfico-documental atendería a ciertas transformaciones y formas de subjetivación. El campesinado actuaba en el marco de políticas agrarias ante la utopía de una nación; condicionado al trabajo de mayor utilidad del que fuera capaz, y finalmente, cuyos fines entran en diálogo con las políticas instauradas sobre su labor y sus proyecciones.

La arqueología del saber que parece pertinente en el archivo aquí contemplado, nos devuelve una y otra vez a revisar los anexos y notas recopiladas que acompañan la lectura. Las fotografías se repiten en el estudio, tanto en una matriz de identificación a manera de una cédula de objetos, como en una matriz de temporalidades que adelanta los antecedentes de la representación y los cortes de tiempo o “periodos enunciativos” que las especifica.

²² Vale rescatar los aportes de Jaques Rancière, aunque teóricamente anacrónico a nuestro caso de estudio, frente a la investigación de las representaciones y la configuración de subjetividades políticas. Su propuesta hace un llamado a estos cuatro regímenes de sensibilidad simultáneos que están configurando las vías de subjetivación, pues: “Las artes nunca prestan a las empresas de la dominación o de la emancipación más de lo que ellas pueden prestarles (...) posiciones y movimientos de cuerpos, funciones de la palabra, reparticiones de lo visible y de lo invisible (...) la política y el arte, como saberes, construyen ficciones como re-agenciamientos materiales de los signos y de las imágenes, de las relaciones entre lo que vemos y lo que decimos, entre lo que hacemos y lo que podemos hacer. Las ficciones del arte y de la política constituyen, en este sentido, más bien heterotopías que utopías” (Rancière, 2009. Pp.11-130).

Es preciso encontrar un principio de cohesión que organice los discursos, siempre que estos yacen en un entrecruzamiento de influencias que no pueden conciliar: cada discurso “se inmoviliza por fragmentos, astillas precarias de eternidad”, emergen a condición de las contradicciones, y estas, de efectos pasan a ser causas (Foucault, 1970: p.197). Del archivo dependerá la formación del saber, como también, los términos y enunciados que configuran la realidad socialmente construida, la memoria y el olvido.

Por ende, podemos reconsiderar el lugar del «archivo» a partir de su ejercicio en nuestro tiempo. Pues, cabe cuestionar por qué su lugar se hallaría fuera de nuestra existencia y no, integrado y parte constitutiva de las subjetividades. En tanto más desconoce los límites de su descripción, más aparece el saber actualizado. Pese a que se encuentra confinado muchas veces por las industrias culturales, vuelve el saber a aparecer disponible, y retorna a sus formas originarias para prestarse de nuevo a la indagación y la mutabilidad de sus contenidos y significaciones.

«[E]l archivo despliega sus posibilidades (y el dominio de sus posibilidades) a partir de los discursos que acaban de cesar precisamente de ser los nuestros; su umbral de existencia se halla instaurado por el corte que nos separa de lo que no podemos ya decir (...) nos desune de nuestras continuidades: disipa esa identidad temporal en que nos gusta contemplarnos a nosotros mismos para conjurar las rupturas de la historia, rompe el hilo de las teologías trascendentales, y allí donde el pensamiento antropológico interroga el ser del hombre o su subjetividad, hace que se manifieste el otro y el exterior» (Foucault, 1970, Pp. 172-197)

En nuestro caso, el saber exalta la ruralidad y la reforma agraria en concreto, como un fenómeno clave para la memoria del país. Este saber se halla así plasmado ahora en razón de las inmensas colecciones al respecto, unas sometidas a la impunidad y al abandono de sus soportes, otras difundidas en medio de pequeñas élites que

tienden a exotizar el rostro de campesinos, dolientes de guerra o héroes del pueblo. Se trata acaso de una dinámica por imponer los modos de representación hegemónicos, de quien los fotógrafos hacen volver a ver, cuando al fotografiar *fijan* en la temporalidad de la historia, inmortalizando escenas mutables con la fuerza de lo inmóvil, subjetividades que se producen desde contextos por el contrario cambiantes e impalpables.

Los fragmentos del archivo para la lectura que nos interesa, responden a narrativas y situaciones que esclarecen en su documentación los signos evocados en las representaciones visuales, sin los cuales, los hechos y la evidencia no tendrían vínculo alguno. Signos tales, son el mundo rural en su fulgor, campos enormes de cultivo y tierras que están siendo trabajadas con las más tradicionales prácticas agrarias o el uso de la “sofisticada” herramienta que cuestiona la misma tradición; signos de pobreza y necesidad, signos de un campesinado inconforme y revolucionario, comunidades que se levantan en protesta contra el hambre y la desigualdad. Hay signos que revelan un despertar de las mujeres en espacios que antes no solían ocupar como la escuela o el trabajo; vemos también signos que sugieren de manera directa el asistencialismo y paternalismo cometido en las zonas rurales por la iglesia y el Estado, por ejemplo en las campañas de alfabetización y vacunación realizadas por el SENA; también signos de una teología de la liberación en pro de la emancipación del pueblo, al retratar el cura activista, o al campesinado en comunión desafiando la convencional predica cristiana cuya tradición ha contribuido de forma sustancial al mantenimiento de la sumisión de los pueblos.

De modo tal, las significaciones codifican culturalmente los esquemas de percepción que rigen la acción política del campesinado. Bajo las mismas codificaciones del lenguaje representacional, se da el entendimiento colectivo sobre el mundo y las relaciones que a este yacen, las cuales por cierto revitalizan y reinstauran el significado de aquello que se nos presenta con una sola apariencia y muchas connotaciones. Bagaje impredecible de referencias a las que alude nuestra selección de fragmentos, en virtud de cuya arbitrariedad, podemos formular apenas una aproximación a una época, esto es, sus cambios políticos y poblaciones involucradas.

Siendo al margen del sentir subjetivo donde residen los procesos de subjetivación, vemos cómo surge la experiencia del campesinado a partir de un saber colectivo, un saber inteligible conformado por significados y valores culturalmente compartidos. Los procesos, evolución, desarrollo y tratamiento que atraviesan las individualidades del pueblo campesino, se deben en esta dirección a cambios formales en las representaciones textuales y visuales que interpelan al campesino, y de cómo él se proyecta según nociones que generalizan los mecanismos de reconocimiento o las estrategias de intervención.

Los alcances de la investigación en cuanto a rastrear la formación incesante de subjetividades campesinas en esta época *a priori* (1965-1975), nos lleva a repensar la formulación de los enunciados y los puentes posibles que se presentan entre sí, dado el orden en que parecen efectuarse los valores e ideales en el saber que operaba dentro de estos mismos procesos y tratamientos. Parece entonces importante sugerir una nueva lectura a partir de la incidencia que los medios efectúan sobre la comunicación,

pero en especial, donde ciertas nociones y esteticismos en las fotografías del campesinado prescriben el saber.

En la medida en que estas entidades, vengan del Estado o de «organizaciones autónomas», agencian el discurso por medio del trabajo de la representación, adquieren la capacidad de re-significar el mundo a su antojo y abrir consigo un abanico de códigos para quienes, los términos de la comunicación suponen un sistema de valores compartido. Si bien, el grado de efectividad en que tales o tales términos son acogidos, varía según la puesta en escena de ciertas definiciones, la aplicación de los conceptos y hasta la valorización de las palabras. Los procesos de subjetivación en este caso, si fuera posible hacer un balance, son procesos dominados por las fuerzas del enunciado y la escala de valores dentro del cual se incorpora un discurso para ponerse en práctica.

El esclarecimiento de los valores que predominan en la formulación del enunciado según práctica discursiva, nos permite contrastar los principios operantes dentro de los procesos que refieren a la identidad, permeada y construida por los procesos de modernización y movilización social. Solo al brillo de las contradicciones parecen visibilizarse las diferencias realmente edificantes de una cultura campesina, heterogénea y cambiante, ya que las disposiciones que se le imponen resultan problematizar hasta lo más esencial en su *modus vivendi*.

Tabla 3- Valores a partir de los enunciados del discurso

Agentes	Fuentes	Valores clave
Organismos multilateral	CEPAL.	Derecho a la posesión Tecnocracia y alfabetización
	Alianza para el progreso	Cuerpos de paz y control de pobreza Ocupación del campo
Estado	INCORA.	Nueva ciudadanía
Organizaciones autónomas campesinas	Plataforma mínima (ANUC)	Derecho a la posesión Solidaridad y liderazgo Tecnocracia y alfabetización Fuerza productiva y autonomía
	Radio Sutatenza (ACPO)	Sentido de propiedad Tecnocracia y alfabetización Nueva ciudadanía Ocupación del campo Fuerza productiva y autonomía
Medios tradicionales	<i>El Tiempo,</i> <i>El Espectador</i>	Desplazamiento y protesta Víctimas o victimarios
Medios alternativos	<i>Carta Campesina</i> <i>Unidad Indígena</i>	Rebeldía y resistencia Solidaridad y liderazgo Fuerza productiva y autonomía

Fuente: Elaboración, recolección y selección propia. Los discursos de cada entidad fueron obtenidos por diferentes medios como Internet, el museo Nacional, la Fundación de cine documental investigación social, la colección de archivos de sonido de la biblioteca Luis Ángel Arango

Como vemos, las fuentes se encuentran organizadas por las entidades que agencian el discurso, y estas a su vez desglosadas en los valores que promueven. Obtenemos un cuadro comparativo en el cual, ciertos valores se hallan asociados con otras grandes categorías, o bien, marcos históricos que devinieron de manera simultánea en el transcurso de su desenvolvimiento; sintetizadas como «Movilización social»; «Violencia» y «Modernidad» (ver tabla 4). Categorías pensadas aquí a manera de fenómenos integrados a las prácticas discursivas que enfatizan el pronunciamiento del enunciado.

Alcanzamos a notar ahora, que el esquema de valores que funciona para cada fuente del archivo, comparte más intenciones de las que disocian. Por ejemplo, mientras la ACPO y la ANUC, ambas organizaciones autónomas del campesinado,

enfatan con cierta radicalidad, una en la modernización y otra en la resistencia, respectivamente, promueven por igual las vías al progreso por medio del trabajo duro, la recompensa justa por este y la explotación que la tierra necesita con el fin de cumplir las expectativas del crecimiento económico, para las cuales, entidades propias del Estado y organismos multilaterales estarían dispuestas a conciliar y más aún, otorgar una capacidad de agencia mucho mayor a los campesinos en el marco de su oficio.

Encontramos de este modo, pese a la radicalidad mencionada y las flagrantes contradicciones que subyacen a las prácticas discursivas, que los enunciados que a continuación vamos a exponer, carecen de una distinción absolutamente clara. Fijémonos en cómo se diferencian y qué asociaciones podemos trazar según las ideas que abarca, y los valores que allí reposan fuera de cualquier dubitación. La tabla 4 nos sirve así, en la aplicación de una mirada arqueológica al estudio de las representaciones, según las coordenadas que hemos venido conectando.

Desde este punto de vista surgen tres ejes conceptuales que cada entidad asume como compromiso para en adelante proferir su discurso. Vemos relucir la relación entre modernidad y movilización social en la lectura socio-histórica del archivo, y dicha relación nos permite a su vez, formular los enunciados de la siguiente manera, para ver así, de qué manera se ajustan o se desfasan de la realidad socialmente construida del campesinado y las representaciones allí ejerciendo su fuerza enunciativa para el proceso mismo de esta construcción.

Tabla 4 - Los enunciados de la época

	Modernidad	Violencia	Movilización social
Agentes	Enunciados		
Estado	La ley parte de idealizar la modernidad como una vía para la superación de la violencia para menguar los procesos de movilización social		
Organismos multilaterales²³	El establecimiento de la Alianza para el progreso supone expandir la modernidad a los pueblos de América, como una reforma ante la violencia y su expresión en los procesos de movilización social		
Medios tradicionales	Los medios tradicionales comunican que los procesos de movilización social son muestras de violencia , frente a los cuales la modernidad se ve frustrada		
Prácticas discursivas	Enunciados		
Organizaciones autónomas campesinas²⁴	Las emisiones de Radio Sutatenza y parten de idealizar los procesos de movilización social como caminos hacia la modernidad , opción que es truncada por las formas de violencia que contra el campesino se ejercen.		
Medios alternativos²⁵	Los medios alternativos idealizan la movilización social , mecanismos de resistencia, apropiación de nuevos medios y colectivización de las ideas y prácticas; la cohesión social como fuerza eficaz en las maneras de enfrentar la violencia en contra del campesinado que, los voceros suponen, la modernidad acarrea		

²³ La Alianza para el progreso fue el proyecto final escrito por John Kennedy, en de la operación panamericana que había empezado en 1958 gracias a iniciativas previas de parte del presidente de Brasil Juscelino Kubitschek para fortalecer las relaciones de apoyo entre América Latina y Estados Unidos. Basados en los informes de Lleras Camargo, se crea el comité interamericano de la Alianza para el Progreso (1963-1970) CIAP, de cuya fuente hemos tomado el plan de reforma y extraído sus principios, valores y enunciados.

²⁴ Para la exegesis de enunciados que conforman los discursos emitidos por radio Sutatenza, fue preciso escuchar en la sala de audiovisuales de la Biblioteca Luis Ángel Arango sede Bogotá, los siguientes títulos, cuyo tiempo de reproducción promedio era de 2 horas por cinta magnética: “Ciencia al servicio del hombre”, “Nuestra comunidad organizada”, “Progreso social”, “Participación cívica y política”, “Líderes para el cambio”, “Presentación de los campesinos”, “ACPO como sistema”, “Manifestaciones sociales y culturales”, entre otros programas de enseñanza.

²⁵ La abreviación quiere decir Unidad Indígena, ejemplares de periódico que sumamos al archivo, tratándose de una iniciativa de prensa propia de los líderes de las organizaciones, o sea, la de aliarse como pueblos sin importar las diferencias raciales y promover a través de los voceros regionales la solidaridad entre indígenas y campesinos, a tal punto de borrar aunque sea ficticiamente, las fronteras y las categorías que pesan sobre sus identidades y en especial sobre su “ser colectivo”.

Encontramos en el cruce de las prácticas discursivas la circulación social de los enunciados. El fundamento que nos ofrece Foucault en su propuesta por una mirada arqueológica, es pues, que mientras el enunciado actualiza las formas, el ejercicio del discurso y las entidades que lo agencian, definen las condiciones de la función enunciativa. Esto quiere decir que lo más elemental de un discurso, con todos los valores que este puede abarcar, se nos presta bajo la forma del enunciado, una proposición simple o compleja que circula, se transforma y es interferida por diversos tratamientos.

Los registros de la época son el sustrato formal de las fuentes, lugares comunes en el ejercicio de la enunciación. Tales, registros-acontecimientos-representaciones, cobran en cuanto contradictorias, distintas instancias de interpretación. Más allá de un mero principio de semejanza propio del naturalismo, o las técnicas y estilísticas que delimita los modos de producción de estas representaciones, es posible proponer una lectura sobre la configuración de sujetos campesinos, políticos y politizados, dada la repercusión de las representaciones que se hallaban circulando durante este lapso de la historia en los mundos rurales de Colombia. Abordamos las investigaciones de Adorno a propósito del impacto del sujeto social en las representaciones de las que además es objeto, y viceversa.

«La obra de arte busca la identidad consigo misma, esa identidad que en la realidad empírica, al ser el producto violento de una identificación impuesta por el sujeto, no se llega a conseguir (...) Los insolubles antagonismos de la realidad aparecen de nuevo en las obras de arte como problemas inmanentes de su forma» (Adorno, 1970).

El análisis se restringe en especial a las representaciones, y las contradicciones de los enunciados que las distintas entidades formulan a manera de tipos ideales por efectuarse: de parte del establecimiento (Estado, organismos multilaterales, medios tradicionales) y de parte de sectores alternativos (sociedades campesinas auto-organizadas y medios no-tradicionales). Según sean los intereses en juego, al valerse de los medios de comunicación, el discurso se mediatiza de modo tal que al pasar por los filtros de la forma y el medio mismo, suscita tantas connotaciones culturales como interpretaciones adquieren sus significados.

Sin embargo, ¿Cómo capturar los significados en un espectro tan vago y amplio de las relaciones sociales que los están movilizando? ¿De qué manera las representaciones dictan un régimen de sensibilidad sobre los procesos de subjetivación? Tomemos en cuenta la siguiente lectura socio-histórica, tratando de responder a estas preguntas y despejando el camino teórico a partir del cual, la realidad es una construcción social que no se reduce al establecimiento del sistema o las alternativas a este, también depende de las interacciones y biografías, la memoria como fuero constructivo de singularidades y los significados como fuentes de subjetivación.

4. Lectura socio-histórica de las representaciones

4.1. Lucha de representaciones

Reformas agrarias propuestas en la década de los sesentas y mediados de los setenta, estarían por socavar el modo de vida de las poblaciones rurales. En este contexto, la fotografía cobra un poder dentro de la generación de sentido que es nuestro problema desentrañar. La dinámica en que las representaciones se instalan en lo más profundo de una sociedad, aparece ahora velada tras los vestigios de la

memoria que componen en su conjunto un valioso archivo sobre la vida rural y del campesinado en Colombia durante 1965-1975. Será necesario reconstruir brevemente los momentos cruciales de la historia agraria en dicha década, no tanto para traer descripciones o narrativas sobre los acontecimientos de la reforma, como sí para observar el ejercicio simultáneo de discursos contrapuestos alrededor del campesinado.

El trance de una presidencia liberal dispuesta a la redistribución de tierras durante el gobierno de Carlos Lleras (1966-1970), a la presidencia conservadora de Misael Pastrana (1970-1974) que invertiría su poder en inhibir los movimientos campesinos y abrir sin tregua las puertas a una economía agroindustrial, marca el periodo de estudio en el que las fotografías tuvieron lugar. Las fronteras políticas e históricas son nuestras referencias simbólicas para atender la presencia de los signos en el archivo documental recuperado. Sin embargo, los fenómenos históricos no comprometen necesariamente equivalencias entre el signo y su referente. Las fotografías funcionan también como documento de legitimación para proyectar políticas públicas, reprimir la subversión del campo y visibilizar acuerdos entre el campesinado y el Estado.

Se abordaran las fotografías como archivos de identificación, soportes análogos digitalizados suscitando múltiples paradojas a propósito de los mundos rurales. Paradojas que también tienen su manifestación en el complejo de signos de las fotografías seleccionadas, las cuales, a diferencia de otros archivos documentales que provienen del cine o la literatura e implican movimiento a priori, *fijan* terminantemente en su propia naturaleza e inmediatez, la “deseada” realidad.

Esta fijación responde a conceptos del campesino insertos en la fenomenología de las imágenes, visuales o textuales, que sobre ellos operaban a manera de representaciones. Si bien, estas representaciones no siempre resultan análogas o meramente obvias al contexto histórico de la reforma. Son antes acontecimientos del saber subjetivo, en cuanto exteriorizan signos y descripciones acomodadas ya a esquemas de percepción previos que en nuestro estudio son legibles en virtud de los testimonios de los fotógrafos y su correlato etnológico. Ahora, ¿Qué relaciones simbólicas subyacen a la politización de sujetos? ¿Qué prácticas de comunicación edifican y actualizan los procesos de subjetivación?

Dejamos a un lado otros planos donde se ejerce la identidad, tales como el sentir subjetivo de los campesinos o la alteridad a la que pertenecían según saberes y voces hoy difícilmente sintetizadas. Las identidades producidas desde la difusión, y las diferencias discursivas serán entonces consideradas parte constitutiva de las subjetividades políticas, enmarcadas en la lucha de representaciones ante las que reaccionan colectividades e individuos más bien sometidos a las deliberaciones de un gobierno aún caracterizado por el Frente Nacional (1958-1974).

Veamos qué lugar tiene la fotografía en esta lucha de representaciones y a qué se debe su parcial transversalidad al enunciado. En la cumbre de la historia de la fotografía en Colombia encontramos artistas salvados en gracia de procesos de conservación y cuya autoría determinaría también las visiones con las que, desde lo público se piensa la cultura. Luís Benito Ramos imprime en sus imágenes la huella de una teología de la liberación clamada en el real-socialismo y la revolución religiosa que

idealizaba su mirada. Junto a su alumno, Leo Matiz²⁶ elogiado por doquier, serían considerados los pilares en la fotografía social y conceptual. Ambas obras recorrerían galerías y museos influenciando así el trabajo de fotógrafos que en la década de 1960 protagonizarían la escena cultural colombiana.

Al realizar una revisión de la manera en que los fotógrafos se acercaron al tema, pueden encontrarse una serie de estereotipos visuales. El retrato de los niños descalzos, la pareja de compadres, la madre con el hijo en brazos, el retrato en primer plano de los rostros ajados de los esforzados labriegos, el campesino frente al muro descascarado, las aglomeraciones en domingo de misa, las filas de cabezas con sus sombreros de ala corta, la compañía de los animales equinos, son, en resumen, el menú iconográfico que los fotógrafos consumían en sus excursiones a los pueblos y veredas (Rueda Fajardo, 2008).

Entre ellos, encontramos a Abdú Eljaiek (Magdalena, 1933) en cuyo trabajo encontramos cierta neutralidad distintiva en la manera de retratar al campesino, lejos del arquetípico y heroizante contrapicado. Eljaiek fotografía en especial paisajes arquitectónicos o feminidades escultóricas, pero también retrata escritores de la línea de Eduardo Caballero Calderón, pensadores ilustrados como León de Greiff o Camilo Torres, y centra su carrera en fotografiar al campesinado de Villa de Leyva en ángulos de portada o posturas despolitizadas. También, Efraín García (Tuluá, Valle, 1930), más conocido como Egar, quien sería el fotógrafo acompañante de los procesos de titulación de tierras bajo la contratación con el INCORA, interesado en “retratar” las características y las formas de vida de los campesinos del litoral del Caribe, el Altiplano Cundiboyacense, Piedemonte Amazónico, Caquetá, Nariño y Pacífico.

²⁶ El historiador de arte Casimiro Eiger en la emisión radial de 1951 de la radiodifusora nacional, comenta el archivo de Matiz: “*la eliminación casi completa del detalle enojoso, del motivo incidental, pues Matiz no reproduce objetos sino formas; el rechazo a las conquistas técnicas de la fotografía que lo apartan del puro documento; la monumentalización de las formas y el carácter psicológico de sus retratos*” (...) Nos encontramos ante una oleada de artistas que buscaban la América esencial a través de la investigación de sus raíces, el mestizaje y el sincretismo religioso y musical (Fajardo, 2008).

Estas fuentes y anteriores registros rastreados en la historia de la fotografía o en series de fotogramas del cine colombiano, convirtieron pronto en vanguardia de la imagen fotográfica el «registro documental campesino», como si la denominación marcara cierta alteridad entre la población campesina y quien ve la fotografía, incluso si es el campesino quien mira, el despliegue de su imagen refleja antes que toda impresión, un sentido de la alteridad consigo mismo. Las representaciones son fuerzas generadoras de una realidad social e histórica codificada en un saber, expresado en un «archivo». La fotografía documental explora los hechos: una historia visual cuyo sustrato es la memoria, y cuya función parece responder a la mirada propia de los pueblos, y por supuesto, todos aquellos símbolos que modifican o replican con mayor o menor exactitud la vida rural de esta época.

La historia de la representación sobre una historia agraria, es el enfoque de esta investigación dedicada a explorar una época específica 1965-1975, cuando un espectro de contradicciones discursivas forja las vías de constitución del sujeto político. Contradicciones que empiezan a operar en su fulgor por reivindicar la razón social del campesinado respecto a las expectativas de cada una de los agentes que se manifiesta. Signos en la imagen proyectan acontecimientos y narrativas, tipologías que se corresponden a veces como isotropías, otras veces, en absoluta distancia entre el habla, la escritura y la imagen.

La representación que ejercían las fuerzas de la racionalización en el seno de los gobiernos (Estado, CEPAL, PNUD, INCORA, “la alianza para el progreso” heredada de Estados Unidos) era en apariencia radicalmente distinta a la representación que provenía de las organizaciones autónomas decididas a repensar las

condiciones del campesinado (ANUC, Universidad Nacional y Universidad Javeriana, la prensa Nacional, radio Sutatenza). Esta polaridad de las representaciones, el choque de símbolos que tratan de caracterizar al campesino, hacen de este un concepto ambiguo y difícil de categorizar. Sin embargo, no en vano el campesinado se comprendió como elemento clave del progreso económico, y para la cual, el pueblo debía servir y acatar las órdenes en aras del progreso.

El estudio de los mundos rurales comienza alrededor de 1840, bajo la influencia del pensamiento de Marx, quien entendía las relaciones rurales como fuerzas al margen de la conciencia de clase, pues esta depende de un sentimiento colectivo del que, el campesino como productor independiente, carece. Problemático en cuanto resulta una categoría fácilmente reduccionista de la cultura, por cierto, indisociable de las estructuras económicas que no terminan por colmar todas las dimensiones de su estudio.

Eric Wolf considerará al campesino como una clase social en relación a una clase dominante. El campesino es en el sistema un productor agrícola especializado y tiene control sobre la tierra que trabaja. Son *sociedades parciales con culturas parciales*. Posición que comparte Teodor Shanin al afirmar en su obra publicada en 1972 *Peasants and peasant societies* que la subsistencia de la sociedad campesina depende de la mano de obra familiar y su economía tiende o se orienta según la economía de mercado capitalista²⁷. Tras los años 60 y el tema de la dependencia en Latinoamérica, la

²⁷ Tras los cambios económicos sucedidos a la industria, nuevas consideraciones definen al campesino, no solo como dueño y productor de su tierra, sino como quien compra y vende su fuerza de trabajo, según las cosechas o temporadas. El mayor sustento de la familia viene de los miembros asalariados, quienes a su vez, permiten transiciones hacia la reificación del sujeto

implementación de políticas de participación está dirigida hacia la inserción directa de los agentes, especialmente campesinos, a un sistema económico basado en el capitalismo avanzado, en vez de una nueva era moderna y sobre cómo decidir su viabilidad. La incidencia de tales políticas modifica abruptamente las formas de vida rural al convertir su tipología en una combinación de miembros familiares que auto-subsisten y otros asalariados o semi-asalariados con grandes flujos migratorios al centro urbano.

Algunos antropólogos ven en esta tendencia, la cuna de la disolución del campesinado, que pronto se sumará al batallón de proletarios a las puertas de la industria. Pronóstico un tanto catastrófico en el horizonte de los mundos rurales, replanteado pronto a la luz de la teoría de Durkheim, especialmente en su tesis doctoral *La división del trabajo social* (1893); al considerar los mundos rurales organizados bajo el paradigma de la “solidaridad orgánica”, ya que su racionalidad económica responde a su economía doméstica. Esta condición permea con la fuerza del enunciado las futuras proyecciones del campesino como sujeto, igualmente enigmático en el centro de las desigualdades que lo acosan o las contradicciones que lo definen.

A estos aportes planteados por las ciencias humanas, le siguen nuevas reflexiones sobre cómo pensar al campesinado. Pues, si bien, la perspectiva de clase no basta para comprender la cultura del campesinado. La palabra “campesino” está cargada de asociaciones emotivas (...) *no hay otra -palabra- que describa a los habitantes rurales, que carentes de una fuerte identidad tribal siguen marginados del mundo urbano y sin*

campesino y el desarrollo del agro asalariado. Ver, “dependencia y desarrollo en América Latina”, Enzo Faletto Verne (1967).

embargo dependen de él (Ortiz 1979), ante las cuales surge la pregunta sobre las dinámicas internas de las organizaciones campesinas, a qué se debe su persistencia cómo unidad familiar alterna a la lógica capitalista, por qué sus ritmos de producción, cuál su fuerza de subsistencia, costumbres y creencias.

Pronto, la teoría cobra un nuevo giro. Las colectividades campesinas empezaron a comprenderse desde las ciencias sociales a partir de la subjetividad de los campesinos. Perspectiva que cobró fuerza durante 1960-1970. Preguntarse por el plano cognitivo, emocional y personal de las identidades campesinas, es un punto de quiebre en la reformulación de discursos sobre quienes debían ser, o quiénes son los campesinos para cada una de las entidades que los enunciaban bajo sus diferentes representaciones; no precisamente señalando las diferencias culturales, antes que deseando su homogeneización.

La necesidad del campesinado por integrarse al ámbito político y tomar voz por su propia vida, ya caracterizaba comunidades campesinas, cuyo origen tribal y étnico pronto haría simbiosis con los procesos de colonización. Esto significó para el campesinado un despertar de identidades pendientes del reconocimiento político, pero también una búsqueda que se abría dentro de su margen de acción, donde la particularidad de sus conductas llamaba con ahínco una necesidad por recuperar sus raíces culturales. De tal manera, las identidades se realizan en las experiencias personales y conocimientos en la memoria (Cicourel, 1973:p.13). Apariencias y lenguajes generaron un nuevo enfoque para aprender a pensar el campesinado ahora desde sus rasgos distintivos y maneras de relacionarse.

Una vez idealizada la razón social del proceder organizativo, las colectividades se vuelven objetos activos y pasivos de los modos de representación. Proceso que toca su ápice en la *idealización* (Goffman, 1963:p.82), para aludir a los comportamientos de los individuos en el desempeño de sus roles sociales e interacciones. Se trata pues, de identidades colectivas vulnerables a codificaciones ideológicas. Afecciones sesgadas muchas veces por *definiciones* que producen los organismos estatales, contra-movimientos y medios masivos de comunicación.

Los pueblos campesinos actúan en razón de patrones de conducta internos y valores sociales compartidos; son partícipes de relaciones transregionales como de relaciones mercantiles y sin embargo, conservan los límites culturales para seguir identificándose con el mundo rural. Son así sujetos activos de los modos de representación, claramente decididos a reivindicar esta identidad colectiva. La vulnerabilidad del campesinado a codificaciones ideológicas hace del campesino objeto de representaciones políticas, pero no terminan por dotar al campesinado de sus posibilidades de acción política, siendo también capaz de resistirse a las tipologías que sobre él se imponen, o bien, de asimilarlas con cierto grado de exactitud para coexistir con su pasado.

Las resistencias campesinas han sido pensadas en el marco de las representaciones utilizadas por la prensa tradicional colombiana. Estudios al respecto muestran los casos de disturbios, protesta y movilización como síntomas de desobediencia o subordinación, reprimibles y censurados, casos de condena en todo caso, según las declaraciones legales por poner en peligro el orden establecido. Cuando

no son estas las afirmaciones, se trata de víctimas del conflicto armado²⁸ -“una nueva modalidad de lo político”-, al ser reclutados por fuerzas armadas ilícitas o resultar heridos durante los enfrentamientos con el ejército nacional.

Acorde a los prejuicios o intereses particularistas, los campesinos empiezan a ser objeto de alusiones negativas, como el peligro o la rebeldía. En especial, se muestra desde la prensa la aparición de los campesinos como criminales. Un análisis de publicaciones en los periódicos de *El Tiempo*, concluye que no han cambiado los términos de referencia hacia la población campesina, al presentarla como objeto de problemáticas sociales a cuyas alertas el Estado habría de implementar herramientas de coerción más efectivas (Guerrero, 2009: p. 34). La recurrencia de parte de la prensa en los enunciados referentes a los campesinos, puede ser entendida a manera de estrategia de conservación de una élite dominante y una hegemonía política.

Otra fuerza discursiva en contraste con el dictamen leyes o la institucionalización de la reforma agraria, es sin lugar a duda la literatura como género narrativo, o bien, los balances alrededor de las historias que han construido Colombia, sus personajes y paisajes, aquellos tipos ideales que han fijado el lenguaje de la tradición literaria. Los balances históricos ponen de relieve tres lineamientos de la literatura al respecto. El primero es de naturaleza apologética, basada en

²⁸ Algunas consideraciones sobre La Violencia en Colombia, y sus antecedentes a la muerte de Gaitán ponen en duda el carácter noticioso de eventos relacionados a la guerra, pues pese a la fatalidad o catastrófico, el hecho no se aísla de la naturaleza estructural que le da origen. Este fenómeno es abordado por la sociología desde la perspectiva del conflicto. El punto de partida para comprender la violencia no debe ser por ende su actualidad como evento inesperado (como suele mostrarlo la prensa), sino como eje del orden mismo, donde la trasgresión a las normas es el motor de restablecimiento de la normalidad. Desde la perspectiva del conflicto, la lucha de clases se consolida con el sistema fabril, y las rutinas de violencia son su acontecer.

representaciones extremistas sobre cómo ven los partidos a su opuesto, y las miradas que la iglesia y el ejército tienen ante la violencia.

El segundo lineamiento de la literatura al respecto de la violencia en Colombia es de carácter testimonial, que desde las voces de los involucrados directamente, como el guerrillero, el soldado o el sacerdote por ejemplo, construyen la definición de prototipos que luego serían objeto de pugna o confirmación. Un tercer lineamiento hace parte de la Nueva Literatura, fundada en 1963 con la obra de Germán Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna “La Violencia en Colombia” que trataría la historia y el tema de la violencia con datos de primera mano y un análisis hacia los fenómenos de la globalización implicados y abordados por primera vez.

La regionalización del bandolerismo en Colombia en la década de 1960, según las tipologías de *Bandoleros, gamonales y campesinos* y perfiles regionales elaborados por Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, supone resolver algunos dilemas en la identificación de campesinos-registrados-anónimos. Los bandoleros eran o bien, sometidos a dominación vueltos portavoces del descontento campesino, o miembros de la guerrilla revolucionaria, o los temibles “pájaros”²⁹ de la primera etapa de la Violencia o personajes renombrados (Capitán Venganza, Chispas, Efraín González en quien los sacerdotes veían “un fiel soldado de Cristo”; Pedro Brincos, convencido del

²⁹ Se amparan de la impunidad oficial al aterrorizar la población campesina y obligarlos al silencio ante la magnánima crueldad, estimulando su impotencia al convertir la población rural en testigo de atroces hechos al punto de paralizar la tragedia presenciándola cotidianamente. Líderes del bandolerismo, decididos a buscar amparo por el uso de sus propias fuerzas y de los “odios heredados”, justifican romper con la pasividad del campesino para encaminarse hacia la lucha. *Ya no me podía dejar matar como oveja amarrada, sino que como la defensa es permitida, yo no he hecho otra cosa que defenderme y defender a los indefensos, a los menores, a las mujeres y los ancianos...* (Chispas citado por Gómez y Meertens). Los “pájaros” eran verdaderos asalariados del delito, planificaban la violencia desde los directorios políticos.

MOEC en 1960 e inspirado en la revolución cubana y su independencia con los prosoviéticos; Sangrenegra, Capitán Desquite), “agentes del terror contra la lucha organizada de los campesinos”, empeñados con su mayor rudeza en reclamar la tierra.

Los bandoleros eran enemigos del comerciante local, el hacendado o el patrón que quería despedir a sus aparceros. “*Represalias sobre comunidades campesinas enteras estaba condenado a repetirse en muchos momentos de la lucha del ejército contra los grandes jefes bandoleros, ya que su blanco real era un enemigo «invisible»*” (Sánchez & Meertens, 1983:p.180), incluso entre bandoleros, muchas veces como alternativa al desempleo estacional, se tenía noción sobre la invisibilidad como una relación simbólica perpetuada por sus líderes³⁰: «*con tres te veo, con cinco te ato, la sangre te riego y el corazón te parto, Cristo Mírame y líbrame de todo mal...*» (“Oración para hacerse invisible” citada por Gómez y Meertens). La negación al Frente Nacional, era pues, la negación de una “paz armada”. Los gamonales pierden la legitimidad de su poder y el bandolero es marginado de la vida política. La imagen del bandolero revolucionario se hizo mítica en las aulas escolares hasta que el infante veía cuanto hostigamiento el bandolero causaba en la realidad, y el desprecio silenciado a que estaban sometidas las comunidades campesinas.

Otra obra paradigmática de “la nueva literatura” es el estudio de Saucio-Chocontá hecho por Fals Borda en “*Campesinos de los Andes*” en 1961. El registro fotográfico compilado en esta obra enfoca juegos de tejo, tiendas y bares de habitual bebida y fiesta, balanzas romanas para pesar, días de mercado y sábados de iglesia,

³⁰ Cada uno buscaba parecerse lo más que podía a su enemigo, el bandolero vestía uniformes e insignias militares y el soldado mimetizaba el traje del paisano. *En este cruce de falsas identidades, en donde el único signo distintivo eran las huellas del calzado tenis de los bandoleros, la víctima, naturalmente, solía ser el campesino que desconocía quien efectivamente había entrado a su casa* (Gómez y Meertens, 1983:p.90).

hornillas, arados chuzos, imágenes de santos, la Cruz de Mayo –erigida en los campos el primer día de Mayo en honor a la Virgen–, niños que trabajan desde casi los 4 años, terrenos extensos de agricultura y cultivos rodeados de herramientas rústicas, pequeñas “típicas” casas campesinas, retratos del tipo mestizo, vestidos de sombrero y ruana, animales equinos, gallos, vacas y terneros. Fotografías que por lo demás acompañan la escritura del texto y las categorías sociológicas que relacionan la cultura y las personalidades, que por heterogéneas, constituyen sin embargo, una forma de vida campesina, propia y característica de una época histórica. Se trata así de una cultura campesina en la que yace un *modus vivendi* en constante transformación.

El registro fotográfico que aborda *Campesinos de los Andes*, acompañado del análisis y la etnografía hecha en Saucio, vereda de sauces, de los árboles que lloran, ofrece un deslinde sociocultural compuesto de diferencias y tendencias, heterotopías en todo caso que organizan la colectividad campesina en la acción política. En el caso de Saucio el número modal de hijos nacidos por mujer es de seis. Las parteras son la regla y la criatura es llevada en un chal a la espalda “al estilo japonés”, los niños juegan con cualquier cosa y aprenden a trabajar antes de ir a la escuela. Andan sucios, repiten el “Ave María” o el “Ruega por nosotros” casi por inercia y temen al padre, quien subyuga a la mujer y bebe chicha cada noche. *“La muerte congrega a toda la familia en torno al ataúd. Los campesinos llevan a sus muertos por todo el camino desde sus hogares hasta Chocontá para enterrarlos con la asistencia espiritual del cura y en tierra sagrada”* (Fals Borda, 1961: p.210). La mujer se encarga de la casa, los hijos, la alimentación y algunas faenas del campo. Por lo que la esposa ideal debe ser suficientemente fuerte para ayudar en los empeños físicos. La muerte puede suceder en cualquier lugar, cualquier momento.

Campos que paulatinamente se ven militarizados; infundado el sentimiento de la amenaza del que los campesinos descansan cuando se entregan al consumo casi desmesurado de alcohol. Poco a poco, la alternativa de llevar oculto un cuchillo o algún arma de defensa se convierte en la prerrogativa de las interacciones

Según la mirada del etnógrafo, los misteriosos designios de la providencia determinan el bien o el mal de que padecen unos y gozan otros. La agencia del pueblo sobre la escena política, el quehacer en acción popular y la participación en los procesos organizativos es pues la cara opuesta a la pasividad predominante entre las personalidades campesinas, pues, para los campesinos de los Andes que estudia Fals Borda, la lucha puede carecer de sentido, siempre que para ellos existe un poder omnipresente contra el que nadie puede, y por eso merece incesante reverencia.

Es como Fals Borda asocia la fatiga del campesinado, su paradigmática impotencia, su penuria y su miseria con los procesos anestésicos de la religión. Pues, arrojan observaciones etnográficas del estudio, que el pueblo de Saucio en 1961 está comprometido por tradición a la idolatría del hijo de Dios crucificado y agonizante, el mismo Cristo de Monserrate que obedece a la imagen de los españoles que llegaron a Bogotá desde Tánger; no al Cristo resurrecto y victorioso de Raimundo Lulio y el misticismo español. Esta asociación iconológica se basa en los cuadros morales que asumen los campesinos según ciertas ideas e ideologías. La idolatría a un Cristo herido significa en este caso, la búsqueda del cielo por los medios del sacrificio y el dolor; de lo que se infiere que la concepción de vida para el campesinado, está relegada a la mordaz imagen del “bondadoso hombre” llamado Cristo quien modifica con severidad los cuadros morales de la humanidad al representar el duelo del justo y la víctima.

Sin embargo, la religiosidad no era auténticamente cristiana por más que los sincretismos paganos fueran censurados y coartados por la Iglesia católica, por medio de corregimientos de “Indios” y el tratamiento de los sacerdotes a las famosas encarnaciones de satanás. Mientras la miseria acomodaba en la indolencia las comunidades campesinas, la iglesia por su lado, se declaraba salvadora del Estado y el orden. Por consiguiente, quien rinde respeto al clero se mantenía en la inhibición de la rebeldía y la sumisión ante los gamonales (jefes políticos, funcionarios públicos, mayordomos de haciendas, sacerdotes). Al contrario, cuando los campesinos rebeldes se levantan en nombre de sus antepasados y el triunfo de los Comuneros, piden que el “Cristo se vuelva de espaldas”, para cometer así su furor y su venganza.

Mientras la academia estudia los problemas rurales desde un prisma de perspectivas, la prensa señala los campesinos como la causa de los problemas y los culpa de ser ellos los únicos responsables de su condición. Una tensión cultural se hace evidente en el análisis: la marginalidad a que es sometido el campesinado versus la inclusión que esta población manifiesta en razón de los derechos fundamentales, que supuestamente, deberían cobijar la justa distribución de tierras o la inversión en infraestructura en el campo.

A los intentos de inclusión se les considera una expresión de la “ideología de resistencia”, que además de reorganizar representaciones mentales y coordinar las creencias, son intentos en beneficio de los grupos subalternos o marginados, quienes renuncian a ser espectadores pasivos para reflexionar activamente la información que sobre ellos se difunde. Citemos la publicación de febrero 1976, el titular de prensa de la *Carta Campesina*, que dictan los voceros de la ANUC en razón de los valores de la

resistencia: “La lucha campesina (...) en defensa de intereses de los pobres del campo, señaló el poder terrateniente como uno de los enemigos fundamentales del campesinado y demostró el gran poder de masas cuando luchan organizadas y con correcta orientación”. El resultado de estos análisis, que por cierto se han concentrado en estudiar los medios masivos de comunicación y los periódicos con mayor difusión e impacto, conduce a reflexionar la función social de la prensa. Pues, en su transmisión elude el conflicto estructural, reduce las causas del problema a explicaciones voluntaristas, y refuerza así el sistema de dominación.

4.2. Realidad y representación

La realidad como construcción social puede entenderse, desde la perspectiva de Berger y Luckmann, a partir de procesos de subjetivación permanentes: sobre cómo los individuos asumen los significados, siendo estos la fuente de generación de sentido que hace posible un tipo de pacto social ya inmerso en nuestra percepción. Abordamos esta teoría, porque aunque propone sistemas, rescata las relaciones micro-macro sociológicas que justifican la coexistencia de estructuras sociales e instituciones culturales con la mentalidad y la agencia de las subjetividades.

En términos de los autores de la obra *La construcción social de la realidad*, lo que comunica lo micro y lo macro, o bien, la subjetividad y la objetividad, son los universos simbólicos compartidos. Se suponen compartidos en cuanto son a su vez producto de procesos tales como, la tradición y su sedimentación en la memoria: mecanismos esenciales de legitimación de las instituciones, sus directrices y fines. La constitución de subjetividades es, desde este punto de vista, una continua

configuración del ser social, donde el intercambio de significados y la construcción del lenguaje se encuentran en el núcleo de la cultura.

Estos procesos solo pueden ser efectivos en el interior de los individuos. La cuestión reside en la manera en que tales experiencias, las puestas en escena de la práctica social, los mecanismos de legitimación, influyen una biografía según el universo simbólico cuyas coordenadas el individuo está por conocer.

Sin embargo, existe cierta ambivalencia, entre los símbolos y sus modos, siempre que aquello, palabra, signo o acción, se pretenden comunicar bajo un mismo sentido, aunque su actualización varíe según la realidad social donde se expresen. Pues, si los significantes se prestan a varias formas disponibles, la instancia de lo vivido otorga un estatus de anonimato a las experiencias sedimentadas. Más, tendremos cuidado en caer en un relativismo cultural viciado por este tipo de conclusiones. Las experiencias, antes que edificantes de un universo simbólico, son democratizadas en regímenes de sensibilidad, gracias a las cualidades sensibles transmisibles e inteligibles que le son propias. Su forma y condición limitan su entendimiento.

La sociedad como realidad subjetiva implica otros procesos de internalización, en que el mundo se torna significativo. En la medida en que participamos cada uno en el ser del otro, el individuo alberga en su interior los significantes que lo consideran. La sociedad y la identidad se cristalizan en el mismo proceso de internalización, por el uso del lenguaje y la adquisición de saberes.

En términos de esta propuesta sociológica, Luhmann plantea el concepto de *sociedad* como un sistema operativo clausurado y asentado en la comunicación. Fundamento que responde a consensos colectivos donde confluyen identidades

avasalladas. Por regla general, el discurso mediático privilegia la voz de las élites, pero los mecanismos que operan para privilegiar uno u otro discurso exceden su capacidad de control.

La regulación de la norma social está marcada según la relación *médium-forma*. Existe pues un médium específico del sistema, como existen formas referidas a él, “instaladas en el médium”. El espectro de formas posibles que se abren con el médium es la fuente de generación de *sentido* (o bien, significado), el cual se actualiza eventualmente con la comunicación: centro donde residen y se integran las fuerzas de conservación del sistema. Esta dinámica es denominada *autopoiesis*³¹. Para que los métodos de clausura sean efectivos a la manera en que lo son, valiéndose de la comunicación y los límites que sobre ella se infringen, debe existir un sistema simbólico generalizado que se refleja directamente en la moral.

¿En qué se basa propiamente la disposición de aceptar los símbolos de los medios y de adoptar las restricciones correspondientes como premisas de una comunicación ulterior?, ¿Qué es precisamente lo que modela una coordinación de perspectivas morales? Dada la existencia de un mundo “policontextual” en que los patrones morales de los medios de comunicación simbólicamente generalizados, ya no constituyen el fundamento último de la moral común, sino que *una y otra vez aparecen*

³¹ Aunque en el capítulo II de “la sociedad de la sociedad” el concepto de *autopoiesis* se da por entendido, es oportuno hacer una aclaración ulterior. La definición de este concepto proviene de la biología (Humberto Maturana y Francisco Varela son pioneros en el uso de este concepto), aludiendo a la propiedad de los sistemas de producirse a sí mismos. Ahora, en ciencias sociales *autopoiesis* designa la capacidad autorreferencial de los sistemas en cuanto ellos mismos están en constante actualización: “debe existir en el plano del sistema emergente un modo propio de operar (...) una clausura operacional de los sistemas comunicativos” (Luhmann, 2007).

buenas razones morales para rechazar las formas en que la moral se había comprometido (Luhmann, 2007). Existe la individualización de la referencia moral, su aferrarse a una convicción interior.

Al respecto, Pierre Bourdieu aporta con su teoría “identidad y representación”, la idea de que el mercado de bienes culturales y la dominación simbólica sobre la producción, determinan modos de constitución de subjetividad. Porque *una realidad que siendo ante todo representación depende profundamente del conocimiento y reconocimiento (...) los rasgos etnográficos de una sociedad funcionan como signos, emblemas o estigmas. Propiedades simbólicas que rinden intereses materiales y simbólicos del portador* (Bourdieu, 2006). De estos signos resulta una lucha de clasificaciones, que es a su vez, una lucha por la definición de la identidad. Luchas por el monopolio de hacer “ver” y hacer “creer”.

La realidad de la representación se encuentra así codificada por esta lucha, en subvertir la tabla de valores que constituyen la cultura. *“Los agentes activamente comprometidos en la lucha tanto más vueltos hacia lo transregional o transnacional cuanto su capital económico y cultural está más ligado al poder central”*, incluso a riesgo de que la rebelión contra la dominación tome la forma de reivindicaciones regionalistas (Bourdieu, 2006).

Las diferencias están fundamentadas en el reconocimiento de los otros, sea por los medios de estigmatización o en todo caso, categorías que tienen la fuerza de instituir una realidad, usando el poder de la revelación y construcción ejercido por la objetivación del discurso. No habría que medir las representaciones respecto de la realidad, porque estas ya son realidad por eficacia de la evocación. Mejor, trazar el camino de la representación de la realidad a la realidad de la representación.

4.3. Subjetividades políticas desde las representaciones

La construcción social de la realidad nos permite vislumbrar vínculos entre las estructuras sociales y el individuo como un agente dotado de voluntad. Su lugar de encuentro en nuestro caso, yace a primera vista, en el saber de una época que se refleja con varios grados de asimetría, sobre el *archivo* que abarca imaginarios y tipologías en un tiempo de estallidos ideológicos y dinámicas de transformación que preveían consigo la transformación de sujetos.

La formación del saber nos resulta así simultánea a la formación de subjetividades, las cuales sin concluir habrían de agenciar y actualizar a través de diversos medios, los significados que desde sus tan contradictorias perspectivas imperan bajo la forma que define al enunciado. Significaciones que devienen en un vaivén de relaciones posibles a través del enunciado, intersecándose unas y otras en la eternidad de sus fragmentos.

Las fotografías son la fuente principal de análisis en el camino por descubrir qué prácticas coexisten con la significación visual. Su correlato en los universos simbólicos que refieren al campesinado proviene esencialmente de los documentos que incorporan el discurso a una historia de los medios. La iconología al dejarnos escudriñar no solo las relaciones de poder que yacen a los materiales y las condiciones de tenencia del archivo dentro de las instituciones que lo han considerado, sea la prensa, el museo, el gobierno o la anomía, nos permite a su vez, elucidar a través de la vida de los fotógrafos involucrados, un despliegue de signos que se muestran fenoménicamente.

Hemos de entender la constitución de subjetividades políticas, como la configuración y generación procesual de *posibles modos de ser y estar en el mundo*. La subjetividad política como concepto es producto de avances teóricos que han superado al fin la dualidad sujeto-objeto, como instrumentos de estudio de los que se valen las ciencias para servirse de categorías prescritas en el mundo. Sin embargo, la contradicción entre sociedad e individuo obedece a que el sujeto elabora su individualidad según condiciones sociales que, como tales, no agotan sus propias posibilidades. Para alcanzar su desenvolvimiento, el individuo debe negarse como producto social, debe conquistar su libertad en el marco de la historia.

La aparente contradicción individuo-sociedad encuentra su cimiento en la psicología cultural, inspirada durante el orden soviético del real socialismo con pensadores como Vygotsky (1896-1934), Rubinstein (1887-1982) y Stalin (1878-1953), y pronto resuelta en el escenario de los procesos de subjetividad, gracias a los aportes teóricos de Serge Moscovici (1925-2014), Denise Jodelet (Jubilada del Laboratorio de Psicología Social, Instituto Interdisciplinario de Antropología de lo Contemporáneo) y Foucault (1926-1984). Las transformaciones que suceden a la revolución de Octubre en Rusia cuestionan entre tanto las teorías del esencialismo y rompen con la idea de un individuo meramente reificado, porque este ha cobrado nuevas capacidades de acción sobreestimadas en el tiempo de la revolución. Se pasa a una psicología social crítica que tiene como centro los procesos sociales y políticos; la relación sujeto-objeto llega a ofrecer recursos pragmáticos empíricos, planteando en este sentido cómo las dimensiones simbólico-emocionales son irreductibles a lo individual.

Si las expresiones simbólicas y significaciones que definen la cultura son inseparables de las personas y prácticas que la integran, la subjetividad será aquel espacio donde tal solución se hace efectiva. Parecería entonces, que la separación sujeto-objeto es solo una pretensión del naturalismo cientificista, pues, pensar la subjetividad como un proceso constante nos habla de condiciones concretas, antes que de la emergencia de un individuo como reflejo de lo social. Por lo que pronto la psicología crítica habría de replantear el concepto «subjetividades políticas», partiendo de que estas implican la práctica del discurso y la elaboración de sentido, ya que, el sentido se hace subjetivo cuando se expresa en el curso de la acción.

Los procesos de subjetivación política que yacen al saberse militante, pensando y actuando en todo caso sobre la arena política, se mezclan con sentimientos de dolor y angustia por un pasado reciente, por una constante falta de reconocimiento en la actuación, que ahora debe acudir a sus expresiones más álgidas para visibilizar intereses en pugna. El levantamiento colectivo y el grito de emancipación que clama un pueblo campesino despiertan también cierto gozo al descubrir una potencia creadora, la de un despliegue incesante de la subjetividad política como configuración de nuevos modos de ser y estar en el mundo. La representación como vía generadora de sujetos, parte de un hecho, y no de un epifenómeno: el que significaciones, sensibilidades y prácticas discursivas constituyan subjetividades y sean a la vez, la respuesta objetiva de estas.

Las fotografías, sus paradojas y su encadenamiento en la producción de representaciones, parecen tender elementos semánticos que caracterizan procesos de internalización, maneras en que el archivo comporta una constitución de sujetos ahora situados al margen de su interioridad para reaparecer en materiales con otro tipo de

requerimientos para su restauración, preservación y reconocimiento. Producto de intercambios del saber y las contradicciones del ser, los enunciados visuales y textuales son también los soportes de la transformación cultural.

La poética de las imágenes nos lleva a explorar las semejanzas en el archivo según principios de verosimilitud. Es decir, la mimesis que organiza los modos de hacer, de ver y de juzgar. El salto fuera de la mimesis es el momento inaugural que se denomina «realismo», el cual no significa la valorización de la semejanza, sino la destrucción de los marcos en los cuales ella funcionaba. Las simultaneidades actuando en el centro de la poética de las imágenes configuran un espacio casi rítmico, donde la realidad es en verdad una ráfaga de ficciones realizadas, todas cristalizadas en los significados que nos interesan finalmente.

Lo real es siempre objeto de la ficción, es decir, de una construcción del espacio en el que se anudan lo visible, lo decible y lo factible (...) Que el anónimo sea no solamente susceptible de arte, sino portador de una belleza específica, es lo que propiamente caracteriza al régimen estético de las artes (...) la política y el arte, como saberes, construyen ficciones como reagenciamientos materiales de los signos y de las imágenes, de las relaciones entre lo que vemos y lo que decimos, entre lo que hacemos y lo que podemos hacer. Las ficciones del arte y de la política constituyen, en este sentido, más bien heterotopías que utopías (Ranciere, 2009:p.92).

Para identificar los regímenes de sensibilidad en las imágenes, composiciones visuales y textuales, contrastes discursivos y diacronías históricas, hay que encontrar cualidades propias a las representaciones a tal punto ilustrativas para descubrir a una sociedad única en sus detalles incluso más ínfimos. Explicar la superficie por las capas subterráneas y reconstruir mundos a partir de sus ruinas. La aparición de las masas en la historia de las “nuevas imágenes”, nace del deseo por subvertir el valor del referente

y revocar las jerarquías de la tradición representativa. Bajo modos de coerción y segregación, del narcótico de los medios masivos de comunicación y el mercado global de los bienes culturales, la representación responde a una lectura previa que enuncia los signos sobre el cuerpo de las cosas, de los hombres y de las sociedades.

La imagen como ficción se realiza en el seno de los sistemas simbólicos generalizados, códigos culturales compartidos y universos de significación, donde el arte se vuelve político si conmueve los marcos sensibles de la vida colectiva. Cuando no, y por el contrario, carece de eficacia, el arte se halla permeado por el régimen de la indeterminación, que elude cualquier política, y suscita las contradicciones del ser que mira. Aquí radican las paradojas del arte que desplazan la percepción hacia la falsa mimesis de un espacio continuo.

El consenso de los regímenes de sensibilidad que repara la experiencia del disenso, estará ahora determinado por las huellas históricas que actúan en cada enunciado, o sea, la huella que plasma el fotógrafo, las cualidades sensibles que describen la estética y la mirada que aquí se torna ausente, y por tanto, por capricho de esta ausencia se nos pide un aporte, una lectura que podamos iniciar desde la sociología y los conceptos que esta disciplina nos presta; categorías que emprenden una definición de lo que se busca representar, del uso discursivo que se le asigna a los enunciados, de las tendencias visibles y el mito que se descubre a sí mismo.

El archivo comporta naturalmente enunciados que se contradicen en su definición, y que aun así rigen la politización del sujeto «campesino», quien inmerso en un complejo de diferencias culturales, se convierte en objeto de las políticas públicas. Para nuestro análisis es imprescindible salvar tales contradicciones, pues en ellas

encontramos las vías hacia la constitución de sujetos políticos y la politización de sujetos campesinos. Se trata entonces de esquemas culturales, cuyos enunciados hablan de procesos de coerción y emancipación que atraviesa el campesinado, y que a su vez, se imponen como deberes colectivos o falsos realismos que dependen ahora, de las adscripciones mediáticas, los contrastes discursivos, las formas de cohesión entre campesinos o las experiencias en curso frente a la producción agrícola en un nuevo marco de acción

El carácter fenoménico del archivo se halla a primera vista en la significación de la realidad según como esta se nos aparece. Más su aparición, mediada por factores circunstanciales, lleva el debate acerca del método más lejos. Husserl orientó el objeto de estudio de la fenomenología hacia la eidética –se refiere a la esencia-, es necesario que la existencia de aquello que se nos aparece quede fuera de toda dubitación, porque lo que hace al fenómeno es mi percepción intencional hacia el mismo, tenga o no un equivalente en el mundo externo (Husserl, 1936). Si bien la eidética privilegia la esencia de las cosas siempre que el objeto intencional de mi vista conserve las cualidades del objeto que veo, cuya realidad no es más que el sedimento de los momentos de percepción que lo han constituido como tal. Si cada detalle se refiere a la cosa a que pertenece, así los signos pueden sugerir categorías distintas a las suyas, así, motivos, fines y actos son respuesta de las experiencias y la sedimentación de códigos culturales en un tiempo propio.

5. Conclusiones

Las fotografías recogidas, literales, análogas, “objetivas”, documentan la cultura campesina gracias a cruces inéditos entre el fotógrafo y los fotografiados. Aquí, fotografiar parece devenir en una tercera mirada, la del “yo generalizado”: inhibición temporaria donde se visibilizan aspectos sociales en la imagen expresados. Los retratos o paisajes aluden, si bien, a sociedades rurales antes que a singularidades tácitas a los signos que abarca la representación.

La significación se presenta en las fotografías de manera ambigua, abierta siempre a múltiples interpretaciones, al margen de una narración o testimonio, pero asible a través del documento, simple evidencia de un instante que nos atañe en relación con identidades teatralizadas en la escena de la ruralidad. De este modo, las paradojas y ambigüedades inscritas en las representaciones no nos permiten explicar fenómenos como la descentralización o regionalización del poder, o si quiera los fundamentos *a priori* de la reforma agraria, ni cómo el proteccionismo al capital humano adquiere importancia para las políticas de intervención en el campo.

Más, no es este precisamente el campo de las indagaciones que despiertan, tampoco preguntas a las que fragmentos del pasado puedan responder. Al contrario, la condición del archivo y los documentos que lo describen dirime todo intento de holismo o verdad absoluta sobre las identidades que refieren, y se abre intempestivo a usos y tergiversaciones, pues de cualquier modo, su originalidad en tanto fuente

documental lo mantienen immaculado, resguardado y asegurado en razón de sus necesidades como soporte y contenido.

Por otro lado, podemos rastrear signos que se corresponden o acaso insinúan figurativamente los fenómenos sociales que le son pertinentes al estudio de las representaciones. Visuales o textuales, o los discursos orales transmitidos por la radio, memorias del pueblo reunido en las plazas públicas, registros de testimonios de víctimas campesinos, etc., hablan en definitiva de un eje en común que llega a ser problematizado, tanto desde la cosmogonía de las comunidades fotografiadas como desde las miradas que inciden externamente sobre la formulación misma de este discurso ciertamente necesario para los procesos de modernización. La importancia de esta categoría consiste así en medir el progreso a partir del modus de vida del campesinado, que generalmente empobrecido y sin recursos para la explotación justa de la tierra, se convierte en una población falsamente homogénea por el cálculo promedio de sus ingresos económicos y las consecuencias de esta penuria sobre su educación o sus limitaciones al proyectarse a sí mismo.

Los significados en torno al concepto “pobreza” siguen guardando en las representaciones, cierta indudable filiación con la vida rural. Cuando el concepto de “pobreza” termina por regir cualitativamente el entendimiento mismo de las necesidades, el campesinado se vuelve el centro de intervención política, dado que era este el factor principal de atraso y por ende, el campo como lugar ideal de inversión para fomentar el progreso. Mirada que elude la naturaleza implícita de las estructuras económicas avanzadas, su inherente desigualdad mientras las brechas de asimilación al capitalismo en Latinoamérica se desvanecían con mayor rapidez.

Contingente a esta doble cara de las representaciones, es el enarbolar el pueblo, las campañas de nacionalismo y la propaganda al perfil proletario que necesita del Estado³². Todos estos fenómenos resultan así claros mecanismos de homogenización implementados para coartar las fuerzas rebeldes del campesinado que el 9 de abril de 1948 se había levantado y organizado a través de la violencia en guerrillas que marcarían en adelante la historia del país. Campesinado cuyo rumbo en 1965-1975 estaría volcado hacia la inversión agraria y la formalización de tierras para subsanar quizá las afecciones de la Violencia en el campo y en especial, reorientar las proyecciones del campesino hacia labores de escala industrial en virtud de las máquinas, la escuela y las organizaciones campesinas capaces de producir en relación a las demandas de un mercado que se expandía.

Desde la academia, el campesinado como categoría de estudio puede entenderse a partir de criterios tales como el espacio que habitan, las ideologías que subyacen a su orden social y la historia que explica sus condiciones económicas y formas de conducta. Sin embargo, dado que el campesinado se encuentra expuesto a las demandas y cambios de la ciudad, la categoría puede resultar ambigua siempre que los anteriores criterios responden a realidades inestables.

El problema de categorizar al campesinado es admitir una sola de sus definiciones, cuando en la realidad se trataba de una población cambiante y culturalmente diversa. Por lo que la definición del campesinado en adelante es

³² En 1949 se instauran las políticas de “correligionarios” para contratar legalmente a las víctimas de la violencia rural. El mensaje llega incluso al periódico Liberal, a manera de petición para los empresarios para que abrieran en el camino de la proletarización la clase social “exiliada” (Pécaut, 1987)

postulada a partir de la teoría de cultura que se esté usando (Silverman, 1979:p.22). Postura que no niega por cierto las condiciones materiales, y muy al contrario, implica que la tipología «campesino» está a su vez conectada con la categoría de clase, de modo que sea posible entender cómo se integran las diferentes comunidades según su disposición económica (Chayanov,1974: p.285).

La exegesis de los discursos y la decantación de las contradicciones inmersas, nos permitieron así rescatar los símbolos que hacen posibles las diferencias que procesos de homogenización parecen desdibujar. La nostalgia por el mundo rural, el gusto por lo pintoresco, el enigma abierto que guarda la expresión de sus miradas, la necesidad de forjar un contraste respecto a la inmensa ciudad, y claro, imágenes fuertemente intencionadas hacia un deseo de emancipación, propio del campesino que soporta la opresión, quien invoca a Dios porque todo depende de la voluntad divina; o bien, quien se decide a la toma de armas o se revela de otro modo, organizándose políticamente o uniéndose a la insurrección con el fin de resistir a las dinámicas de explotación y despojo. Mientras tanto, en el seno de sus organizaciones nacía el movimiento social del cine y el vídeo indígena, modos de apropiación de nuevas tecnologías para representarse y resistir.

Varias son las contradicciones que cruzan la función del enunciado. El campesino es víctima y subversivo, según la prensa, un criminal o un justo. Vemos en la formación del saber una clara hegemonía de la representación, que parte de nociones acerca del campesinado tan vagas como ambivalentes ante la multiplicidad de definiciones posibles que se tejen durante los procesos de subjetivación. Nociones

cargadas con calificativos que reposan en la pobreza, la explotación, el atraso, la resignación, la ignorancia, la rusticidad, el olvido.

Todas nociones que justifican las diferencias inscritas en el archivo, que guardan fundamento en la búsqueda de patrones y códigos que bien le pueden ser propios a la modernización o los mecanismos que la contrarían como fenómeno. Es en razón de esquemas conceptuales de percepción, que llegan a efectuarse procesos de subjetivación. En la medida en que se presenta una fijación de mundo, surge cierta elaboración de sentido, o bien, significados entrettejidos en el complejo de racionalidades que refieren. Los procesos de subjetivación se ven permeados por dinámicas de homogeneización que someten, por vías de modernización asimétricas, la diversidad cultural a la pragmática de la mayoría.

Por ende, resulta imprescindible salvar las diferencias que constituyen la heterogeneidad del sujeto campesino, ante un ejercicio constante de homogeneización que embroma su imagen tras el velo del campesinado dispuesto a modernizar sin reparo los modos de vida que asume. El trabajo de la representación deja abierto empero un margen de significación que depende de las connotaciones que pueden girar en torno al campesinado, pero también de las transformaciones que se explicitan en alguna fase crucial de la comunicación o el acontecimiento mismo del que es libre el campesino para redefinir su identidad y su potestad sobre cómo quiere ser representado.

Así, los periódicos de mayor difusión ubican al campesinado en una dualidad evidente de quien es víctima o bandolero, pero ignoran que paralelamente a sus

publicaciones se destacan otros periódicos más comprometidos con la cohesión y la organización del campesinado. En un momento coyuntural, es decir, la reforma agraria de 1965-1975, encontramos también publicaciones de parte de los voceros de la ANUC, el CRIC, y el PCC y en general jornaleros del campo y la ciudad que se hallan en crisis especialmente por el sistema de explotación que las comunidades en su despertar político empiezan a descubrir y gracias al cual, encuentran un motivo en común para fortalecer sus luchas. Identificándose por esto, con el otro, que como ellos padece dolencias parecidas. Tales son los periódicos de *Unidad Indígena*, *Carta Campesina*, *Voz Proletaria*, *Ideología*, etc. La mayoría hoy fuera de circulación.

Tras una somera búsqueda en la “Fundación Cine Documental, Investigación social” encabezada actualmente por Marta Rodríguez de Silva, quien desde 1965 ha guardado recortes de prensa y en general un valioso archivo sobre la historia del país que ella ha podido conservar y preservar, desde formatos de película en 16 mm, negativos en 35 mm, sonido análogo, prensa, panfletos y otros, encontramos fortuitamente algunos enunciados e imágenes de prensa, que se muestra en la última matriz anexa de la presente investigación, donde es el campesinado quien habla, para acentuar las razones sociales de su lucha y sus percepciones. Asambleas y principios rectores que cohesionan las comunidades, y sobre todo, buscaban visibilizar al campesinado en procesos de subjetivación política, por ser estos medios producto mismo de sus reuniones, intenciones y prácticas de organización dedicadas a fortalecer los lazos de solidaridad tanto a nivel nacional como internacional para que una vez escuchados, se prolongaran los esfuerzos para continuar recuperando tierras.

Niños que juegan en la noche y trabajan en el día, el duro quehacer de la tierra y el patriarcado al que parecen estar acostumbradas las mujeres y la sociedad campesina en general, son elementos visibles que se han codificado culturalmente en el contexto de la reforma agraria. En las tres diacronías (intervenciones políticas, retratos y vida cotidiana) vemos el hibridismo de razas, poses y huellas, que espontaneas o no, apuntan a identificar al sujeto campesino detrás de un complejo trucaje: una simbiosis entre la maternidad permanente de las mujeres campesinas, la constante ambivalencia que experimentan los pueblos por el arraigo y desarraigo a la tierra, su afirmada identificación con la fuerza de trabajo o la economía familiar, tantas singularidades que nos permiten hablar del campesinado, su tradición ceremonial a la muerte y la vida (Veamos la fotografía *La última etapa* de Egar, 1965).

La lectura que nos ofrece esta matriz visibiliza cualidades, rasgos, signos y textos que denotan las fotografías en distintos sentidos a los que primeramente pueden llegar a comunicar. Pues, aunque obtenemos de las imágenes, un reducto transversal a las luchas organizadas, los retratos, paisajes y eventualidades políticas, así como la vida cotidiana, entablan una idealización del campesinado, vemos también el paralelismo de dos discursos opositores, entre quienes abogan por los intereses de la clase dominante, o quienes lo hacen por los intereses de la clase marginada. Nos referimos a sentidos cargados de significados que en las publicaciones periódicas se vuelven constantes y aluden, en efecto, a un campesinado unido, solidario, resistente a los ataques y la impunidad, resistente a las masacres de sus líderes, convencidos finalmente de lograr, por los mecanismos del cooperativismo y la autonomía cultural una justicia nacional que valore sus tradiciones y sus visiones.

Acogen a través de estos medios impresos ideologías marxistas, leninistas y socialistas, encaminadas a sus fines en torno a la recuperación de tierras y defensa de sus territorios. Curiosamente, los fragmentos recogidos visibilizan también un desdibujar de las fronteras que tratan de aislar a cada organización o grupos étnicos. Pues así como en *Unidad Indígena* los voceros son el consejo regional indígena del Cauca, en la *Carta Campesina* los voceros son los líderes de la ANUC, pero tanto en uno como en otro caso, existe una comunicación o como sea, un sistema de referencia que tiende a la defensa igualitaria de los intereses de la clase marginal. De nuevo, se identifican mutuamente. Los indígenas se refieren a los campesinos como hermanos y viceversa, pero además, su lenguaje de auto referencia en cada caso, alude a las tradiciones del otro como propias, a las luchas de los otros como luchas en las que también se forjan medios de mutua participación.

Pero sobre todo, acogen aquella utopía de la igualdad que parece respaldar empíricamente su búsqueda y sus formas de expresión. De modo que los registros fotográficos junto a notas de prensa impresa aquí considerada, funcionan como lupas que amplían el sentido de cada una de las fotografías. Algunos conceptos abordados por la teoría sociológica en especial, tales como violencia o modernización nos permitirán una aproximación a los significados implícitos dentro de los signos explícitos. Signos todos dentro del archivo, que por extenso que sea en su institucionalidad, es analizado a la luz de una pequeña muestra organizada según criterios que nos ofrece la historia, la filosofía y la arqueología del saber.

Todo para rastrear los modos en que el archivo se despliega a manera de representaciones, enunciados y contradicciones, las cuales a su vez, abren un espectro

de roles que el sujeto campesino asume dentro de los procesos de individuación. Son las representaciones la fuerza motriz en el centro de la constitución de subjetividades. Aquí, la subjetividad como unidad hilemórfica, atravesada por el “sí mismo”, la experiencia y el “ser colectivo” (quien emerge del deseo compartido por resistir a través de sus luchas la eliminación sistematizada de sus culturas o la homogeneización de sus muchas identidades); cobra ahora la dimensión de lo indeterminado, más allá de los estigmas y la idealización que obnubilan la imagen del campesinado, por ser considerado desde afuera, un “sujeto político” que se define por las paradojas del hombre sumiso y rebelde, del hombre trabajador y miserable.

Al principio aparece impetuoso el archivo, encriptado y problematizado en una y varias formas. Todas dispersas en el espacio histórico al que pertenecen, se manifiestan de pronto en complejas relaciones que van edificando en un proceso incesante la constitución del saber, y consigo, la constitución de subjetividades. Allí, donde las prácticas discursivas edifican el saber, el sujeto encuentra la razón de sus acciones, al margen de su idealidad pero gobernado por las representaciones en su derredor. El registro fijo junto al acontecimiento pasajero, se delatan uno al otro dentro de la época que los moviliza, atravesando distintas instancias de interpretación, y así, articulando los enunciados que resaltan los proyectos verbales dictados.

Esta lógica del lenguaje representacional, descrita como hemos visto por las fuentes documentales rastreadas, nos presta herramientas para la comprensión del campesinado. Quien, destinado a fuertes transformaciones sociales se organiza colectivamente para salvar la cultura que los identifica, la cultura de la tierra y la familia. Estas transformaciones las podemos leer en una reconstrucción socio-histórica

de la época, pero no bastaría para reconocer las singularidades o articulaciones de los enunciados donde se dan los procesos de subjetivación.

Ahora, una vez valorizado el archivo, constitutivo del saber que a su vez une continuidades en la materialidad de la comunicación, podemos proceder a la lectura del análisis, sus alcances y conclusiones que arroja a propósito de los procesos de subjetivación. Sin embargo, estos alcances, esperamos sean más entradas o portales a la investigación que nos mantengan “en lo infinito de la tarea”, proponiendo métodos de aproximación a una época, sus especificidades y narrativas, sea a través de la arqueología o la iconología, nos situamos en el pasado agrario de Colombia y los mundos rurales que definían mayoritariamente la estructura social, en cuanto las relaciones humanas giraban fundamentalmente alrededor de las funciones, repartición y dotación de servicios que la agricultura requería, y las vías más plausibles para la industrialización de estas labores.

El lugar que ocupa el campesinado en el marco de estas transformaciones es un lugar inestable, pero registrado en las formas que presenciamos de la palabra y los iconos dominantes cuando no ocultos. Sus cuadros morales y proyecciones funcionan para significar las representaciones, pese a las muchas contradicciones que residen en el interior del archivo. Códigos o símbolos referidos al mundo rural y al campesinado desenmascarado de la verosimilitud del discurso. De ahí, una permanente configuración de los esquemas perceptuales que yacen a la cultura, mientras nos apropiamos de un lenguaje que por una suerte de comunicabilidad, llega incluso a alterar las puestas en escena de contenidos inertes, que bien, se activan y actualizan en el ejercicio de la representación.

6. Bibliografía

Appelbaum, Nancy. 2003. *Muddied Waters: Race, Region, and Local History in Colombia, 1846–1948* Durham, NC, and London: Duke University Press.

Archetti, Eduardo. (1981) *Campesinos y estructuras agrarias en América latina*. Cepales, Quito En: teorías sobre campesinado en América Latina: Una evaluación crítica. Roberto Hernández. *Revista Chilena de Antropología*, N° 12, 1993-1994, 179

Arango, Joaquín (2003). *La explicación teórica de las migraciones: Luz y sombra* En: *Migración y desarrollo* N° 1 zacatecas México.

Ari Jerrems (2012) *Globalización y proliferación de fronteras: una reseña de los estudios críticos de Fronteras*. 173, *Review-essays, Relaciones Internacionales*, núm. 21, octubre. GERI – UAM

Archila Neira, Mauricio (2005). *Idas y venidas. Vueltas y revueltas. Protesta social en Colombia 1958-1990*. Bogotá: ICANH y CINEP

Assael, Héctor (1996). “El pensamiento de la CEPAL: un intento de evaluar algunas críticas a sus ideas principales”. En: *el trimestre económico*, Vol. 63, N°250, abril-junio, México. Pág. 793-808

Bolívar, Ingrid. Ed. 2006. *Identidades culturales y formación del Estado en Colombia: colonización, naturaleza y cultura*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Ciencia Política, CESO, Ediciones Uniandes.

Brass, Tom. 2003. *Latin American Peasants*. London: Routledge.

Bryceson, Deborah. F., C. Kay, y J. Mooji. 2000. *Disappearing Peshantries?: Rural Labour in Africa, Asia and Latin America*. Exeter, UK: Intermediate Technology Publications.

Barthes, Roland. (1980). *Cap. II. “El mito, hoy”*. Madrid, España. Editorial siglo veintiuno editores.

Barthes, Roland (1980). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Madrid, España. Paidós Comunicación.

Barthes, Roland (1982). Cap. I. *La escritura de lo visual*. En: lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces. Ed. Paidós Ibérica, París

Bachelard (1957). *La poética del espacio*. Fondo de cultura económica. Buenos Aires, Argentina

Baudrillard, Jean (1995). *Crítica de la economía política del signo*. Madrid: Siglo XXI

Benjamin, Walter (1989). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. BENJAMIN, Walter *Discursos Interrumpidos I*, Ed. Taurus, Buenos Aires

Berger, Peter & Luckmann Thomas (1968). *La construcción social de la realidad*. Amarrortu Editores. Trad. Silvia Zuleta. Buenos Aires, Argentina

Bielschowsky, Ricardo (1998). “Evolución de las ideas de la CEPAL”. En: revista la CEPAL. N° extraordinario, octubre, Santiago de Chile. Pág. 21-45

Bourdieu, Pierre (2006) “La identidad y la representación: elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región”. En publicación: Ecuador Debate, n° 67. CAAP, centro andino de acción popular, Quito: Ecuador.

Bonvillani, Andrea (2012). *Hacia la construcción de la categoría subjetividad política: una posible caja de herramientas y algunas líneas de significación emergentes*. En: *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*. Piedrahita, Gómez & Vommaro, Compiladores. Biblioteca Latinoamericana de Subjetividades Políticas. Universidad Distrital Francisco José de Caldas, CLACSO

Canales, Alejandro (2007). *La demografía latinoamericana en el marco de la postmodernidad*. En *Revista Latinoamericana de Población*. Centro de Estudios de Población, Universidad de Guadalajara. N° 1 Pp. 17-33

Chaves, Margarita. 1998. *Identidad y representación entre indígenas y colonos de la Amazonia colombiana*. En *Modernidad, identidad y desarrollo*, M.L. Sotomayor, ed. pp.273-286. Bogotá: ICAN.

Chayanov, Alexander (1925). Peasant farm organization. En D. Thorner, R. E. F. Smith y B. Kerblay (Eds) *The Theory of Peasant Economy*, pp 29-278. Richard D. Irwin: Illinois.

Cicourel, Aaron (1973). *Cognitive Sociology*, Penguin Books, London

Colmenares, Germán (1987). *Las Convenciones contra la Cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del S. XIX*. Bogotá: Ed. Tercer Mundo.

Congreso Internacional de Americanistas; 1997: Quito. Editorial Santa Fe de Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

Corrales, Elcy. 2002. Sostenibilidad agropecuaria y sistemas de producción campesinos. Cuadernos Tierra y Justicia no. 5. Bogotá: Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos.

Cayuela, José. (1988), CEPAL: 40 años (1948-1988). Ed. Libros del CEPAL. Chile

Chartier, Roger (1992). *El Mundo como Representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*. Editorial Gedisa, Barcelona.

Chayanov, Alexander (1925). *La organización de la unidad económica campesina*. Ediciones Nueva visión. Buenos Aires. Ediciones Pasado y Presente. 1974. Presentación de Eduardo Archetti. Pp 7-21 PDF

Colombia rural. (2011) *Razones para la esperanza-* informe Nacional de Desarrollo Humano- resumen ejecutivo PNUD- Colombia

Comisión económica para América Latina y el Caribe (1978). “La CEPAL en la realidad económica de América Latina: la CEPAL 1948-1978”. Santiago de Chile

Dondis, D.A. (1976) *La sintaxis de la imagen*. Barcelona: Gustavo Gili

Daucher, Hans (1978). *Visión artística y visión racionalizada*. Barcelona: Gustavo Gili

De Certau, Michel (1993). *La operación historiográfica*. En: *La escritura de la historia*. Paris, Gallimard, 1978. Ed. Universidad Iberoamericana, México

- Derrida, Jaques (1995). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Editorial Trotta. Traducción de Paco Vidarte
- Eco, Umberto (1990). *Obra abierta*. Barcelona: Ariel
- Eco, Umberto (1980). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen
- Eco, Umberto (2000). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen
- Eco, Umberto (1988). *Signo*. Barcelona: Labor
- Eisenstein, Serguéi (1986) *La forma del cine*. Siglo XXI editores
- Espín, Julia Victoria (2002). *El análisis de contenido: una técnica para explorar y sistematizar información*. Revista de Educación, Vol. 4, Pp. 95-105. Universidad de Huelva
- Gonzalo Sánchez & Donny Meertens (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Prólogo de Eric Hobsbawm. El Áncora editores, Bogotá
- Gómez, Sergio. (1990) “Cambios en la cultura campesina 1965-1990” (algunas notas), FLACSO-Chile Serie Estudios Sociales, Chile; No 4.
- Hubert C. de Grammont (2004) *La nueva ruralidad en América Latina* Revista Mexicana de Sociología, Vol. 66, Número especial (Oct.), Pág. 279-300 Universidad Nacional Autónoma de México: <http://www.jstor.org/stable/3541454>
- Fals, Borda. Orlando (1961). *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucío*. Monografía, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Editorial Iqueima.
- Fals, Borda. Orlando (1957). *El hombre y la tierra en Boyacá*. Bogotá: Documentos Colombianos.
- Foster, George (1965). *Peasant Society and the Image of Limited Good*. *American Anthropologist* 67:293-315.
- Foucault, Michelle (1969). *La arqueología del saber*. Siglo 21 editores. México 1978

Fajardo, Darío (2002). Tierra, poder político y reforma agraria y rural. Cuadernos tierra y justicia N° 1 Bogotá

Garay, Luis Jorge y Adriana Rodríguez (2004). Colombia: Diálogo Pendiente. Documentos de política pública para la paz. Bogotá: Planeta Paz.

Giarraca, Norma y Bettina Levy, Comps (2004). Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Guha, Ranajit (1992). Subaltern studies I: Writing ion South Indian History and Society. New Delhi: Oxford University Press.

Guerrero Bustos, Marcela (2009). “Los Campesinos Más Allá de la Victimización, la Criminalización y la Invisibilización: Un Estudio de las Representaciones de los Campesinos en la Prensa” Monografía. Dirigida por Nadia Margarita Rodríguez. Universidad del nuestra Señora del Rosario

Guerrero Bustos, Marcela (2009). “Entre víctimas y subversivos. Un estudio de las representaciones de los campesinos colombianos en dos periódicos entre 1991 y 2008”. Artículo especializado. Dirigido por Leandro Peñaranda. Universidad del nuestra Señora del Rosario

Hall, Stewart (1997) Representation: Cultural Representations and Signifying Practices. London, Sage Publications

Herlinghauss, Hermann (1994). Narración e imaginarios identitarios. Paradojas y pistas de reflexión. Berlin: Langer Verlag

Hobsbawm, Eric (1959) Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of social Movements in the 19th and 20th Centuries. New York: W. W. Norton & Company.

Hobsbawn, Eric (1960) “Pobreza”. En: la enciclopedia internacional de las ciencias sociales. Volumen 8, Pp. 289-293

Hoffman, Odile. (1998) “Estudios. Políticas agrarias, reformas del Estado y adscripciones identitarias: Colombia y México”. *En Análisis Político, Nro.34*. IEPRI, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. UN, Universidad Nacional de Colombia, Santafe de Bogotá.

Hubert C. de Grammont (2004) La nueva ruralidad en América Latina Revista Mexicana de Sociología. Jstor, Vol. 66, Número especial (Oct.), Pág. 279-300 Universidad Nacional Autónoma de México

Janvry, Alain et all (1991). *Campesinos y desarrollo en América Latina*. Tercer Mundo Editores, Bogotá.

Kalmanovitz, Salomon (1978). Desarrollo de la agricultura en Colombia. Editorial la Carreta

Kalmanovitz, S y López, E (2006). *La agricultura Colombiana en el siglo XX*. Banco de la Republica – Fondo de Cultura económica. Bogotá.

Kearney, Michael (1996) Reconceptualizing the peasantry. Anthropology in global perspective. Oxford: Westview Press.

Le Grand, Catherine (1988) Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950 Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Lezama Lima, José (1976). Imagen y posibilidad. Selección y prólogo de Ciro Bianchi Ross. Editorial. Letras cubanas. Habana, Cuba

Lyotard, Jean-François (1979). Discurso, figura. Barcelona: Gustavo Gili

Luhmann Niklas (2007). Medios de comunicación. En: “La sociedad de la sociedad”. Herder México.

Mallon, Florencia (1995). Peasant and the Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru. Berkeley: The University of California Press.

Mayer, Enrique (2001). The articulated peasant. Boulder Co.: Westview Press.

Machado, Absalón. (2009). Cap. 2. “Un pacto social-productivo” En: *La reforma rural, una deuda social y política*. Universidad Nacional de Colombia

Mukarovsky, Jan (2000). “El arte como hecho sígnico”, “La denominación poética y la función estética del lenguaje”. En Emil Volek. Signo, función y valor. Bogotá: Plaza & Janes

Mateus Mora, Ángela (2013). El indígena en el cine y el audiovisual colombiano: imágenes y conflictos. La carreta editores E.U

Mora, Pablo (2015) Poéticas de la resistencia. El vídeo indígena en Colombia. Cinemateca distrital. Idartes, convocatoria de artes. Investigación sobre la imagen en movimiento en Colombia

Morris, Charles (2003). Signos, lenguaje y conducta. Buenos Aires: Losada

Novella, Enric J. (2013), "Introducción: las ciencias de la mente y la historia de la subjetividad", *Asclepio* 65 (2): p012: <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2013.33>

Panofsky, Erwin (1998). El significado de las artes visuales. Editorial Alianza

Parsons, Talcott (1951). Cap. 9. Los símbolos expresivos y el sistema social: la comunicación del afecto. En: "Sistema social". Alianza, Madrid

Pécaut, Daniel (1987). Orden y violencia, evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953. Grupo Editorial Norma, Bogotá, Pág. 558

Pérez La Rotta, Guillermo (2013) Cine Colombiano: estética, modernidad y cultura. Popayán, Editorial Universidad del Cauca

Pérez Carreño Francisca (1988). Los placeres del parecido. Madrid: Visor

Pross, Harry (1989). La violencia de los símbolos sociales. Barcelona: Anthropos

Puig, Arnau (1979). Sociología de las formas. Barcelona, Gustavo Gili

Ortega Olivares, Mario (2009) Metodología de la Sociología visual y su correlato etnológico. México, D.F. Argumentos. N° 59, Pág. 165-183

Ortiz-Osés, A. (2000). La razón afectiva. Arte, religión y cultura. Ed. Salamanca

Ortiz, Sutti (1989). Reflexiones sobre el concepto de la cultura campesina y los sistemas cognoscitivos campesinos. Campesinos y sociedades campesinas. México: fondo de cultura económica

Rancière, Jaques (2010). La noche de los proletarios. Buenos Aires: Tinta Limón.

Rancière, Jaques (2010). El espectador emancipado. Castellón: Ellago ediciones

Rancière, Jaques (2005). El inconsciente estético. Buenos Aires: Del estante.

Rancière, Jaques (2009). El reparto de lo sensible. Santiago de Chile, LOM ed.

Rodríguez, Marta (2013). Hacia un cine indígena como metáfora de la memoria de un pueblo y su resistencia. Revista chilena de antropología visual, 21.

Schiwy, Freya (2006). (Des) colonialidad del ser y del saber: vídeos indígenas y los límites coloniales de la izquierda en Bolivia. Buenos Aires: Ediciones del signo, Globalization and the Humanities Project

Sánchez, Gonzalo; Peñaranda Ricardo (2007) Los estudios sobre la violencia: balance y perspectivas. Pasado y presente de la violencia en Colombia. La Carreta ediciones, E.U.

Scott, James (1985). Weapons of the weak: Everyday Forms of Peasant Resistance. Haven, Yale University Press.

Scott, James (1990). Domination and the Arts of Resistance. New Haven:Yale University Press.

Segato, Laura Rita (2007). Raza, Etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad. En: "La Nación y sus otros". Ed. Prometeo Libros. Ciudad autónoma de Buenos Aires

Shanin, Theodore (1971). Peasants and peasant societies. Ed. Blackwell Publishers

Silva Cantillo, Nurys (2012). Jóvenes y oficio en zona rural. Análisis de formación de ciudadanías, progreso y cambio sociocultural entre los campesinos del Valle de Tenza. Tesis de maestría en Antropología, Universidad Nacional, Bogotá

Silverman, Sydel (1979). The peasant concept in anthropology. *The journal of peasant's studies*. Vol. 17, N° 1

Simondon, Gilbert (1964). Cap. II. Lo colectivo como condición de significación IV. Los fundamentos de lo transindividual y la individuación colectiva En: *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*. Editorial Cactus, Buenos Aires, 2015

Sontag, Susan (1974). On Photography. "In Plato's Cave", "The Heroism of vision". Ed. Picador, New York

Sotomayor, María Lucía. (1996) *Modernidad, identidad y desarrollo: construcción de sociedad y re-creación cultural en contextos de modernización*. Bogotá, Ed. ICANH

Spivak, Gayatri (1988). Can the subaltern speak? En *Marxism and the interpretation of Culture*, C. Nelson y L. Grossberg, ed. Chicago: University of Illinois Press.

Strauss, Anselm y Corbet, Juliet (2002). Cap. 8. Codificación abierta. Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada. Contus, editorial Universidad de Antioquia

Tocancipá, Jairo (2005). El retorno de los campesinos: una revisión sobre los esencialismos y heterogeneidades en antropología. *Revista Colombiana de Antropología*, 41: 7-41.

Rueda, Fajardo Santiago (2008). "La mala hora. La fotografía campesina en Colombia en los años setenta". En: *ensayos. Historia y teoría del arte*.

Vega Cantor, Renan (2002). Cap. 1. Enclaves, transportes y protestas obreras. En: *Gente muy rebelde, protesta popular y modernización capitalista en Colombia (1909-1929)* Ediciones pensamiento crítico.

Vásquez, Luis Ospina (1974). *Industria y proteccionismo en Colombia 1810-1930*. Medellín, Editorial la oveja negra

Valderrama Chaparro, Hugo (2015) Marta Rodríguez. *La historia a través de una cámara*. Alcaldía mayor de Bogotá. Colección vida y obra

Wood, D.M.J. (2012) *Cine y vídeo indígena: del descubrimiento al autodescubrimiento*. Cuadernos de cine colombiano-Nueva época.

Wade, Peter (1997). *Gente negra, nación mestiza: las dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogota: Siglo del Hombre Editores

Werner Rösener (1993) Cap. 6, *Revueltas y resistencias campesinas*; Cap. 7, *El dualismo agrario en la edad moderna: señorío en el oeste y Gutsherrschaft en el Este de Europa*. En: "Los campesinos en la historia europea". Editorial Crítica. Grijalbo Mondadori, Barcelona

Wolf, Eric R. (1966). *Peasants*, Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Wolf, Eric R (1982). *Europe and the People without History*. Los Angeles/Berkeley: University of California Press

Zamosc, León (1992) *Transformaciones agrarias y luchas campesinas en Colombia: un balance retrospectivo (1950-1990)*. Análisis político No. 15 enero-abril, 1992. Instituto de estudios políticos y relaciones internacionales (IEPRI). Universidad Nacional de Colombia